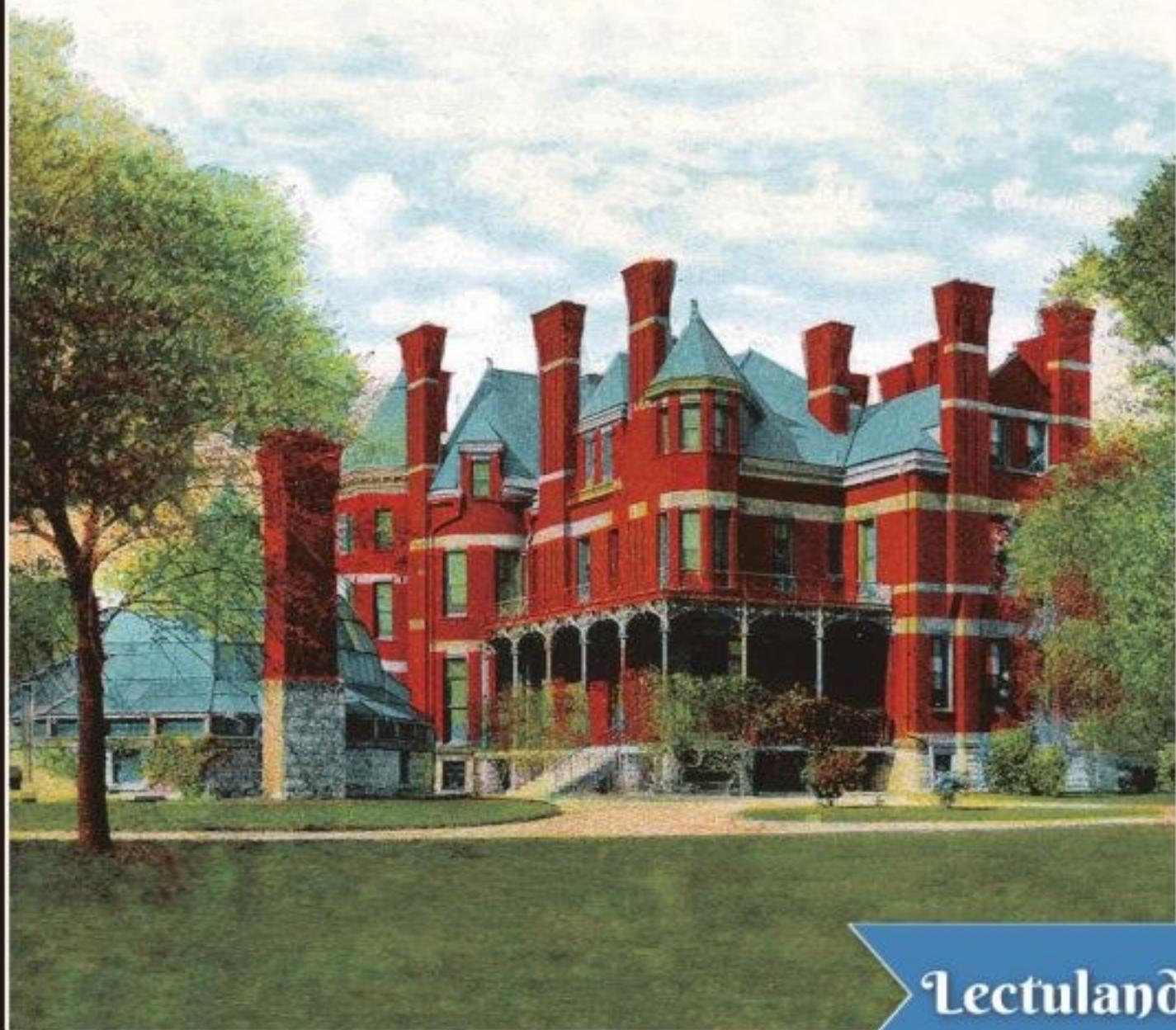


se

MARTINE DESJARDINS

La cámara verde

Traducción de Luisa Lucuix Venegas



Lectulandia

Todas las casas tienen sus pequeños secretos, pero algunas los protegen con más ahínco que otras. Durante años, los engaños y vilezas de la familia Delorme han sido celosamente custodiados por las robustas paredes de su hogar, una mansión gótica situada en Mont-Royal, a las afueras de Montreal. Tras sus sesenta y siete cerraduras, el edificio ha ocultado las historias más perturbadoras de sus habitantes. Sin embargo, todas ellas saldrán a la luz con la irrupción de la intrigante y hermosa Penny Sterling. Con su llegada se desvelarán los pecados de los Delorme, incluyendo los cometidos en la habitación abovedada conocida como «la cámara verde», donde se esconde el espeluznante cuerpo de una mujer momificada que sujeta entre los dientes un ladrillo con una moneda de plata.

Solteronas que se emborrachan con licor de vainilla, huérfanos que buscan venganza por la herencia que les fue robada, y casas que satisfacen los impulsos asesinos de sus moradores. Con un inagotable humor caústico, *La cámara verde*, galardonada con el prestigioso Premio Jacques-Brossard, narra la crónica gozosamente gótica de una saga familiar caracterizada por la avaricia y para la que el dinero es el gran ídolo al que adorar.

Lectulandia

Martine Desjardins

La cámara verde

ePub r1.0

Titivillus 06.12.2018

Título original: *La chambre verte*
Martine Desjardins, 2016
Traducción: Luisa Lucuix Venegas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La cámara verde

Prólogo

I. Planta Baja

II. Planta de arriba

III. Sótano

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Para Lucie, Louis, Élise, Michèle y Mireille,
en recuerdo de nuestros padres.

«El que tenga oídos, que oiga.»

MATEO 11, 15

PRÓLOGO

Estaba segura de que terminarían encontrando el cadáver. Después de todo, son concienzudos ujieres. ¿Acaso no les ha valido su minuciosidad, llevada hasta el ensañamiento, la reputación de ser los más temibles de su profesión? Aunque en un principio albergué mis dudas, estas se disiparon en el momento en que los vi adentrarse por la senda tortuosa que lleva a mi escalinata. Muy pocos se atreven a aventurarse por el laberinto de callejones sin salida, glorietas y urbanizaciones en semicírculo que surcan nuestra ciudad dormitorio y que protegen nuestros secretos de las intrusiones del *vulgum pecus* mucho mejor que el cercado que nos rodea. Menos aún son los que consiguen abrirse camino hasta mi ubicación sin tener que preguntarles a los vecinos que pasean a sus perros, quienes, por cierto, prefieren hacerse los locos antes que embarcarse en una serie de indicaciones confusas e interminables.

Nuestra avenida, lo reconozco, no es la más fácil de encontrar, porque es la más corta del Enclave^[1], y mide en su totalidad lo que una sola manzana de casas. Debe esta imperfección al descabellado plano de nuestra ciudad, que un diligente urbanista, en un delirio monárquico, trazó sobre las líneas entrecruzadas de la bandera del Reino Unido. Para llegar a ella, hay que encontrar primero uno de los dos bulevares que la atraviesan en diagonal y alcanzar el centro sin perderse, girar a la izquierda tras la oficina de correos, cruzar el puente que franquea la vía del tren, pasar por delante de la estación, seguir la rosaleda, rodear el gran parque hasta llegar a la ferretería, girar a la derecha tras la pastelería y, cuando se alcanza la bifurcación, doblar finalmente en la primera esquina de la calle para tomar un camino sombreado por los arcos. Me erijo al final de esa avenida, en el lado sur, en una parcela colindante con una de las seis sucursales bancarias del Enclave, con las que, debido a mi particular arquitectura, a menudo se me confunde.

Igual que algunos hombres sienten una curiosidad inexplicable por las vías del tren o los puentes, Louis-Dollard Delorme, mi venerable fundador, tuvo siempre una devoción sin límites por los bancos. Su más anhelado deseo era que su residencia privada rivalizase en opulencia con las construcciones de las grandes instituciones de la Place d'Armes y, para conseguirlo, le dio al arquitecto encargado de realizar los planos de su casa una lista detallada de sus especificaciones: en la fachada, quería dos historiadas puertas de bronce, seis columnas corintias y un tímpano que enarbolara los escudos de la familia; en el centro de la vivienda, un atrio de mármol coronado por una cúpula acristalada; haciendo las veces de recibidor y a modo de patio de operaciones, un gran vestíbulo con techo artesonado; sin olvidar una cámara acorazada, blindada a prueba de robos. El exorbitado presupuesto, sin embargo, se impuso rápidamente a sus ambiciones, obligándole a renunciar a la cúpula, al mármol y al bronce, así como al artesonado. De su proyecto inicial solo conservo cuatro columnas sin capiteles en la escalinata, un amago de frontispicio decorado con un castor esculpido en madera, dos ventanillas de metal dorado en la entrada, un

modesto mostrador de depósitos y, por supuesto, la cámara acorazada que se agazapa en el espesor de mis cimientos.

Los ujieres no se dejaron intimidar por tan poca cosa. Tendrían que haber visto con qué sangre fría tomaron posesión del lugar tras destrozarme la puerta. Primero expulsaron a las tres hermanas Delorme, que se habían parapetado en sus dormitorios. Como estas se resistían entre bramidos y amenazas inútiles, las inmovilizaron y las arrastraron fuera; una tarea más que sencilla para ellos, puesto que las solteras llevaban meses alimentándose exclusivamente a base de té y biscotes Melba. Y, en cuanto mis suelos se libraron de aquella molesta presencia, procedieron a inspeccionarme para constatar que ya se me había despojado de casi todos mis muebles. Sin que les retrasaran lo más mínimo las sesenta y siete cerraduras que acerojan mis puertas, mis armarios, mis cajones, mis baúles y mis compartimentos, apenas tardaron unas horas en elaborar el metódico inventario de los vestigios de mi pasado, valerosos objetos que ahora luchan solos contra el eco de las habitaciones desiertas: el frasco de Postum vacío sobre el manto de la chimenea, el programa del hipódromo Blue Bonnets perdido entre las páginas de la guía telefónica, la calculadora Olivetti, el horario de trenes disimulado bajo el forro de un sombrero, el trozo de jabón Cuticura aplastado en el fondo del cesto de la ropa sucia, el maletín de pesca verde metálico, la estola de piel de ratón apolillada, los guantes de fregar de caucho amarillo abandonados sobre el borde del fregadero, el frasco de vainilla escondido bajo un colchón, la vieja mesa de picnic herrumbrosa, los huesos de gato calcinados en el incinerador de basura, el trozo de rosbif reseco tras el calorífero, las gomas elásticas de cartero enrolladas en los pomos de las puertas... No se les escapó ningún detalle.

Al no haber encontrado nada de valor ni en la planta de arriba ni en la planta baja, cuando descendieron al sótano se hallaban en un estado febril. Como lobos de caza al final de un largo invierno, me removieron las entrañas sin miramientos, saltaron los arcos de los candados a golpes de martillo, rebuscaron hasta en mi vieja carbonera. Así fue como encontraron, disimulada tras el depósito de fueloil, la puerta de la cámara acorazada. Esta puerta de acero blindado, de ocho centímetros de espesor, no tiene ni pomo ni cerradura ni bisagras a la vista. Ni una palanqueta habría podido forzarla. Les eché una mano accionando el mecanismo de apertura, cuyo secreto solo yo conozco, haciendo que la puerta girara sobre sus goznes mal engrasados al primer empuje. La cámara exhalaba un acre olor a humo mezclado con los vapores etílicos de los billetes nuevos. Los ujieres se precipitaron al interior, seguros de haber encontrado por fin el famoso escondrijo en el que, según los rumores, los Delorme ocultaban su fortuna.

Aunque es cierto que aquí era donde antes se guardaba el dinero, de este, claro está, no quedaba rastro alguno. La estancia de paredes verdosas estaba tan desnuda como la celda de una prisión, excepto por una masa informe, aunque humana, desplomada sobre el manto de cenizas que recubría el suelo. Creía que los ujieres

vomitaban el almuerzo sobre la marcha, pero subestimé enormemente la resistencia gástrica de aquellas dos rapaces. A pesar de que, según llegarían a confesar, jamás habían hecho un descubrimiento tan macabro a lo largo de sus numerosos años de experiencia, no mostraron señal alguna de espanto. Se limitaron a sacar su cuadernillo y a añadir el dato siguiente al final del inventario:

CADÁVER DE MUJER, de uno sesenta de altura, edad indeterminada, ataviada con vestido de lunares blancos sobre fondo azul de punto de seda y calzada con zapatos de cordones de cuero azul marino. El cuerpo parece momificado. Sin duda ha estado preservado de la descomposición por el perfecto aislamiento de la puerta de acero. La piel presenta el mismo aspecto negro y burilado que el suavizador de un barbero. Los cabellos, despeinados, son de color ceniza. Bajo los párpados entreabiertos, observamos que los ojos se han vuelto opacos. Tiene los labios callosos y, entre los dientes, aprieta fuertemente un ladrillo de arcilla roja, de factura artesanal, roído por algunos sitios. Tres de sus incisivos están rotos, y los caninos, fracturados.

Si se hubieran tomado la molestia de liberar el ladrillo del aprisionamiento de las mandíbulas y lo hubieran fundido, habrían encontrado en el interior una moneda de plata deslustrada, muy antigua, con la efigie de la reina Victoria desgastada de tanto frotarla. Es el único tesoro digno de ese nombre aquí. Y el mismo que, hace más de ochenta años, sembró en el corazón de los Delorme el germen de su propia destrucción.

I
PLANTA BAJA

El dedo enguantado de blanco se acerca y, antes incluso de que me roce, me pongo a tocar a rebato como un bombero. Mi carrillón estridente perfora el tímpano de mi vestíbulo y hace que vibre toda la caja de mi escalera. Evidentemente, me desgañito en vano. Detrás de las puertas cerradas de sus habitaciones aisladas del resto del mundo, los Delorme continúan dedicándose a sus actividades con la mayor tranquilidad. No creen que haya ninguna razón para preocuparse. ¿Por qué habrían de tener el más leve presentimiento de que ese timbre acaba de señalar el principio de su lento declive? Hasta el momento presente, nada ha obstaculizado la rigurosa progresión de su ascenso financiero: ni el crack ni la guerra ni los sobresaltos de la inflación. Durante cinco décadas de incertidumbre económica han labrado su fortuna a base de retorcidas especulaciones inmobiliarias, y hoy son los avaros propietarios de un bloque de apartamentos con vistas al parque que les asegura unos sustanciosos ingresos cada primero de mes. Lo que entra en sus arcas no sale nunca para ser empleado en gastos inútiles. Aquí se cuenta cada centavo. Y se vuelve a contar. Ese es, por cierto, su pasatiempo preferido. Todas las noches después de cenar, sobre el tapete verde de una mesa de juego, Louis-Dollard y Estelle recrean el famoso cuadro del pintor flamenco Quentin Massys, *El cambista y su mujer*, apilando dinero contante y sonante en los platillos de una pequeña balanza de astil, mientras que Mórula, Gástrula y Blástula, tocadas con viseras de celuloide, completan por turnos las columnas del Libro Mayor General. Si, al final de la velada, el total del Haber es superior al del Debe, se permiten la recompensa de una taza de agua caliente y una diversión adicional. En unos talones de depósito birlados al banco, escriben sus nombres, un número de cuenta inventado y, en el espacio reservado para indicar el importe, una lista de cifras, según lo que les dicte la inspiración del momento. Las alinean con primor, se esmeran perfilándolas, añaden rabitos a los extremos. Finalmente, firman el talón como es debido y, a poco que la suma de las cifras supere el millón, se dejan llevar por una risita socarrona que termina por hacer que se les salten las lágrimas.

Haría falta una deflagración para perturbar la tranquilidad de un hogar parecido, y la joven que espera en la escalinata de mi entrada tan solo se podría comparar con una chispa (mas una chispa muy perturbadora). Sin preocuparse siquiera de que la puedan estar observando, se inclina sobre el buzón de mi puerta y, levantando el opérculo de latón pulido en el que se refleja por un momento la punta de su nariz pecosa, acerca el ojo a la ranura. Entre dos sedosos parpadeos, inspecciona el barómetro sobre la consola del recibidor, el perchero y el ramillete seco de siemprevivas.

Nunca recibimos visitas, aparte de las inquilinas de nuestros apartamentos, solteronas inglesas de cabellos grisáceos, adeptas a la falda de franela y al tacón bajo. Estelle es quien se encarga de cribarlas y, como buen cancerbero, se asegura de que no pasen más allá del mostrador de la entrada, donde Louis-Dollard, agazapado detrás de la rejilla dorada, les entrega un recibo a cambio del dinero del alquiler.

Como los inquilinos solo vienen cada primero de mes, los Delorme no le abren la puerta a nadie el resto del tiempo, por miedo a encontrarse en la escalinata a vendedores ambulantes, mendigos necesitados o damas de caridad pidiendo, con la mano abierta, unas monedas para sus obras de beneficencia. Yo debería observar esta consigna, pero la recién llegada despierta tanto mi curiosidad y mi simpatía que no puedo evitar entreabrirle la puerta con un chirrido acogedor.

La joven entra en el vestíbulo y se dirige al despacho. Al pasar, y con cierta indulgencia que le agradezco sinceramente, se fija en el pomo de imitación de mármol que remata mi escalera, en la alfombra de factura industrial, en mis revestimientos de roble de mala calidad. Es indudable que tiene buen ojo y no se deja engañar por mi falsa opulencia. Y yo, que rara vez había sido expuesta a la mirada de un extraño hasta ahora, experimento una vergüenza indescriptible. Estoy tan mortificada por la pésima calidad de mis muebles y materiales que mi caldera entra en ebullición; el agua hirviendo discurre por mis venas de acero galvanizado y afluye por los caloríferos como si me ardiera la sangre. Por mucho que aflojo las válvulas o abro por completo la trampilla de mi chimenea, enrojezco hasta las cornisas. Si la tierra pudiese abrirse bajo mis cimientos, con gusto dejaría que me tragase. Desgraciadamente, el suelo de arcilla en el que he sido plantada tiene la estabilidad del patrón oro, y mi humillación no ha hecho más que empezar.

—Para el apartamento que se alquila..., ¿es aquí?

La joven visitante ha entrado en el despacho sin llamar y ha sorprendido a Louis-Dollard en mangas de camisa, con la nariz hundida en el calendario del hipódromo Blue Bonnets. Desde que abrieran la nueva pista de tierra batida, hace ya cinco años, mi venerable fundador tiene siempre algún nombre de caballo trotándole por la cabeza. Se imagina con sombrero de copa en el palco de honor, siguiendo la carrera lisa a través de unos prismáticos y apretando en la mano con fuerza su billete al devolverle el ganador veinte veces lo jugado gracias a las ventajas de la apuesta múltiple. Si a Estelle le llegara el rumor de estas veleidades aleatorias, probablemente le retorcería el pescuezo. Por eso el primer reflejo de Louis-Dollard es esconder el calendario que tiene desplegado ante sí. Pero la desconocida, con un rápido gesto, se lo arranca de las manos.

—Ha rodeado el número del favorito —señala echando un ojo al programa del próximo encuentro—. Pero Cream Soda tiene la tercera falange inflamada... ¡Espero que no esté pensando apostar por él!

Irritado por esta intrusión tan poco comedida, Louis-Dollard saca las uñas y recupera el calendario de mal humor. Se dispone a echar de allí a la mujer, pero, ante su juventud, su belleza y su elegancia (¡ese vestido de seda estampado!, ¡esas tres vueltas de su collar de perlas!, ¡ese bolso de paja trenzada!, ¡esos guantes blancos de cabritilla!), cambia de opinión:

—Parece que sabe usted de caballos...

—No se engañe —responde ella—, apenas si soy capaz de distinguir un semental de una potranca. Es solo que tengo un amigo *jockey* que me pasa unos soplos excelentes y está convencido de que Royal Maple ganará el derbi del sábado que viene.

—¿Royal Maple? ¡Si no es más que un jamelgo!

—Pero ha heredado la resistencia excepcional de su padre, el gran campeón Flying Diadem. Cuando se trata de un kilómetro y medio de distancia, eso cuenta...

No hace falta más para engatusar a Louis-Dollard, que enseguida se coloca bien las gafas y vuelve a ponerse la chaqueta. Con una galantería un poco tosca, porque nunca le enseñaron buenos modales, acerca la menos coja de las dos sillas desparejadas de invitados y le hace un gesto a la joven para que se siente. Tiene incluso la delicadeza de alejar de ella el cenicero de pie, del que emana un olor rancio a cenizas frías. Luego vuelve a su sillón giratorio y rodea tres veces el nombre del purasangre en el calendario. La mano le tiembla un poco al pensar que por fin va a poder realizar una apuesta sin arriesgarse a perder su dinero (y también porque se pregunta si es razonable confiar en una perfecta desconocida). Con un sano recelo, se vuelve hacia ella y dice, con su voz más melosa:

—No me he quedado con su nombre, señorita...

—Pénélope Sterling. Pero todo el mundo me llama Penny.

—Y, bien, ¿en qué puedo servirle?

—Estoy buscando un apartamento, y el que ustedes alquilan me parece bastante adecuado para mí.

—¡Adecuado! —exclama ofuscado Louis-Dollard mientras levanta una ceja hasta la mitad de la frente—. El apartamento en cuestión es el más espacioso y soleado del edificio. ¡Desde las ventanas de la habitación se ven la torre de la universidad y la cúpula de la capilla! El salón cuenta con una chimenea decorativa, el cuarto de baño está alicatado con azulejos de cerámica esmaltada, las paredes han sido pintadas recientemente y, por descontado, el precio del alquiler va en consonancia con lo que ofrece.

Los Delorme no tienen por costumbre alquilar un apartamento al primero que llega. Antes de firmar un contrato exigen referencias, garantías, incluso aunque el candidato parezca solvente. Por eso Louis-Dollard no se pierde en atenciones y pregunta sin miramientos:

—¿Dónde trabaja usted, señorita Sterling? El resto de nuestras inquilinas goza de muy buena posición. Las hermanas Simon, por ejemplo, son telefonistas de Belle Téléphone. La señorita MacLoon es traductora de Air Canada. La señorita Kenny es profesora de parvulario del colegio Carlyle y la señorita Cressey es secretaria del Departamento de Finanzas de la compañía de seguros Sun Life. Todas las mañanas se las ve salir del edificio con traje de chaqueta gris, periódico en ristre, para coger el tren que las lleva al centro.

—Si por trabajar se refiere a percibir un salario, siento decepcionarle —responde la señorita Sterling—. Jamás en mi vida he trabajado por un salario.

—Pues es demasiado joven para ser viuda... Seguro que recibe dinero de su familia, ¿no es así?

—¡Ay, Señor...! Todavía menos. Soy huérfana, y le aseguro que provengo de un entorno de lo más modesto. Pero soy mayor de edad, si es eso lo que le preocupa. Estoy plenamente capacitada para firmar un contrato.

A Louis-Dollard, como a todo hombre de negocios que se precie, le horroriza que le hagan perder el tiempo. Dirige a la señorita Sterling su mirada más severa y aumenta un punto el tono de su voz.

—En nuestra casa exigimos que los alquileres sean pagados al contado cada primero de mes. Si no está en condiciones de cumplir con esta obligación, prefiero volver a mis actividades.

Y, para demostrar hasta qué punto está ocupado, comienza a pulsar las teclas de la calculadora electromecánica Olivetti Divisumma, que se estremece con un tremendo escándalo cada vez que escupe un resultado. Aun así, la señorita Sterling no se deja apabullar. Rebusca en su bolso de paja trenzada y saca un cuadernito que desliza sobre el escritorio con su mano enguantada. En cuanto Louis-Dollard reconoce la encuadernación azul con letras color plata de la libreta de banco, para inmediatamente de teclear.

—Abra por la última página, se lo ruego —le pide la señorita Sterling.

Sin preguntarse siquiera si una indiscreción semejante no será inadecuada, Louis-Dollard no se hace de rogar. Mientras pasa las páginas de la libreta, se da cuenta de que la columna del Debe está casi vacía, mientras que la del Haber, con la caligrafía de distintos cajeros, presenta una serie de sumas sustanciosas que tienen todo el aspecto de tratarse de ingresos regulares. A punto está de dejar caer las gafas cuando su mirada se detiene sobre las cifras que informan del saldo actual: ¡un tres seguido de cuatro ceros!

—Como ve —dice la señorita Sterling—, tengo de sobra para pagar doce meses de alquiler. Y eso es solo una parte de mis bienes... El resto está depositado en una caja de seguridad.

Louis-Dollard, sin embargo, no termina de convencerse. Si la señorita Sterling es una mantenida, las demás inquilinas, que frecuentan religiosamente alguna de nuestras cinco iglesias, protestarán con indignación. ¡Se armará un gran revuelo en el gallinero!

—Una suma de esa envergadura no se amasa en tan poco tiempo, a menos que uno se entregue a actividades de dudosa índole...

La señorita Sterling recupera su libreta meneando la cabeza.

—Soy una persona discreta, señor Delorme, al menos en lo que concierne a cuestiones de dinero. Sin embargo, no me gustaría alentarle en el error, todavía más

cuando le juzgo digno de confianza. Le revelaré, pues, el origen de mi fortuna. Dígame, ¿ha oído usted hablar del juego de la Caja Fuerte?

Puede que Louis-Dollard esté un poco desfasado, pero no hasta el punto de ignorar que la Caja Fuerte es el nuevo juego de mesa de moda. Resulta imposible ir a correos o a la barbería sin que alguien lo mencione con gran entusiasmo. Se juega solo o con otros jugadores, y las reglas son muy sencillas. Tirando los dados, uno hace avanzar su peón por un tablero que representa el plano de un banco. Después de atravesar el vestíbulo principal, el patio de operaciones, el despacho del director y la sala de las cajas de seguridad, se llega a la cámara acorazada, en la que se encuentra una caja fuerte en miniatura. Si, por el camino, se cae en una casilla roja, se dispara la alarma y se pierde un turno. Si se cae en una amarilla, se obtiene una llave. El juego contiene diez llaves en total, pero solo una permite abrir la cerradura de la caja fuerte. El primer jugador que llega a la cámara acorazada puede probar suerte. Si utiliza la llave correcta, gana la partida. Si se equivoca, debe volver a la casilla de salida. Louis-Dollard está al corriente de todos esos detalles. También ha oído decir que algunas personas, para darle emoción al juego, no dudan en apostar considerables sumas de dinero. Este se deposita entonces en el interior de la caja fuerte, y el ganador se lleva el bote. En ese momento, se pregunta cuántas partidas ha debido de jugar la señorita Sterling para recaudar treinta mil dólares...

—No me parece —alega— muy apropiado alquilarle un apartamento a una jugadora empedernida.

—Sepa que no he apostado jamás. ¡Si este juego me ha dado mucho dinero, es porque lo he inventado yo!

Ante la insistencia de Louis-Dollard, que la fríe a preguntas, cuenta que la idea se le ocurrió dos años atrás, cuando leyó en el periódico que una banda de ladrones había aprovechado la fiesta del Dominio^[2] para cavar un túnel bajo el Banco de Nueva Escocia. Consiguieron penetrar en la cámara acorazada sin que saltara la alarma y se marcharon con millones de dinero en efectivo.

—Ese día comprendí que ninguna caja fuerte era inviolable y comencé a soñar con atracos.

Empezó redactando las reglas del juego. Luego dibujó el tablero, las llaves y los peones. Ella misma diseñó a continuación los mecanismos de la alarma y de la cerradura. Por último, registró la patente y presentó la Caja Fuerte a una importante firma de juegos de Massachusetts, que enseguida publicó una primera versión en lengua inglesa con el nombre de Safe.

—Me cuesta creer que un objeto tan fútil pueda ser así de lucrativo, al fin y al cabo.

—Le concedí al dueño una licencia, pero no los derechos. Percibo el dos por ciento de las ventas —explica la señorita Sterling—. A día de hoy, hemos vendido más de trescientas mil unidades del juego, y los pedidos siguen llegando...

Con un estremecimiento de júbilo, Louis-Dollard se decide por fin a abrir el cajón del despacho y saca de este dos formularios del contrato de arrendamiento. Rellena los huecos en blanco, firma en la parte de abajo de cada ejemplar y tiende su pluma a la nueva inquilina para que haga lo mismo. Luego se dirige al armario y abre las puertas de par en par. Tengo la esperanza de que, por una vez, me ahorre su vieja broma de Barba Azul, pero, como siempre, no es capaz de resistirse:

—¡Aquí es —declara— donde guardo las llaves de todas mis mujeres!

Dicho esto, entrega a la señorita Sterling un manojo de cinco llaves: una para la entrada del edificio, otra para la puerta del apartamento, otra más para el buzón, una para la lavandería y la quinta para el trastero. La invita a mudarse cuando lo desee.

—Antes de que se marche —dice—, permítame que le haga una última pregunta. Si de verdad cree usted que atracar un banco es tan fácil, entonces, ¿por qué ha depositado su dinero en uno?

—Para no caer en la tentación de gastármelo.

—Su sensatez, considerando lo joven que es, la honra.

—En todo caso, no se preocupe. No tengo ninguna intención de dejar que mi botín descansa ahí eternamente. Albergo la esperanza de casarme algún día, y esos treinta mil dólares constituyen, en cierto modo, la dote que aportaré al matrimonio.

—Jamás dudaría de las facultades del sexo débil en materia de finanzas (mi propia esposa podría darle lecciones al mismísimo ministro de Hacienda), pero una joven ha de mostrarse prudente, todavía más si es huérfana. En este mundo sin escrúpulos, muchos son los hombres que no encontrarán reparos en abusar de su confianza. Si alguna vez necesita consejo y desea aprovechar mi gran experiencia, sepa que mi puerta siempre estará abierta. Espero incluso que llegue a verme como a un amigo que solo desea lo mejor para usted.

El sentido subyacente de estas últimas palabras no se le ha escapado a la señorita Sterling, y su mirada se vuelve esquiva de repente. Tiende la mano a su nuevo casero con gesto algo brusco, sin quitarse el guante.

—Gracias por su amabilidad, señor Delorme. No dejaré de hacerlo.

Y como este se levanta con la intención de acompañarla, añade:

—No se moleste, se lo ruego. Conozco el camino. Tenga la bondad de transmitirle mis saludos a la señora Delorme. Si su famosa Estelle es tan juiciosa como dice, espero tener la ocasión de conocerla pronto.

Su partida me deja pensativa. Hay algo en concreto que me chirría: ¿cómo conoce Penny Sterling el nombre de nuestra matriarca si Louis-Dollard no lo ha mencionado ni una sola vez durante la conversación? Lo ha pronunciado, además, con una inflexión maliciosa que a mi venerable fundador le habría debido dejar con la mosca detrás de la oreja... Pero este ya tiene la nariz hundida de nuevo en el calendario del hipódromo y se lanza a una serie de complicados cálculos con la intención de evaluar los rendimientos que podría obtener si ganara una apuesta.

El tiempo pasa puntuado por el zumbido de la calculadora electromecánica. Cuando dan las cinco, Louis-Dollard se apresura a esconder el calendario entre las páginas del listín telefónico.

—Un apartamento alquilado, un contrato firmado, una buena inquilina... ¡Y no una cualquiera, no, la amiga de un *jockey*, seguro que con otros soplos que darme! Como que me llamo Delorme, no estoy en absoluto insatisfecho de mi jornada.

Silbando una animada melodía, se dirige al salón, donde Estelle lo espera cada tarde con su bien merecida taza de agua caliente.

Un coche frena en la esquina de la calle. Se trata de un Rambler Ambassador con embellecedores cromados que se detiene para dejar pasar a un puñado de señores recién bajados del tren, apurados por llegar a casa para la cena. En el extremo opuesto de la calle, dos niños en bicicleta tiran de la correa de un Spaniel que va ladrándoles a las ardillas. Desde su puesto de observación, hábilmente disimulada tras las láminas entreabiertas del estor veneciano, Estelle espía sus movimientos a la vez que escucha el informe cotidiano de su marido (quien se cuida de omitir en su crónica cualquier referencia al hipódromo). La luz del día, que no se apiada de sus cincuenta y cuatro años, resalta la flaccidez de sus carnes. La parte baja de su rostro, recargado con una espesa borra adiposa, le cuelga del cuello y tiembla como la papada de un pavo a la menor deglución. Sus cabellos tienen el color del estropajo de acero. Sus ojos taciturnos no son sino una ranura transversal entre sus párpados abotargados, y solo se iluminan cuando Louis-Dollard hace referencia a la situación financiera de la nueva inquilina. Entonces, con un cloqueo de satisfacción, tira con un golpe seco del cordel que cierra el estor y se digna volverse hacia su marido.

—¡Vaya! —exclama—. Creo que este feliz acontecimiento merece una celebración en toda regla.

Elije la llave más pequeña del gran manajo enganchado al llavero de su cinturón y se dirige al secreter de caoba contrachapada que dormita en un rincón de mi salón. Al igual que los sillones de cuero color sangre de toro, el velador y las lámparas de pie de bronce con tulipa acanalada, este feo mueble sin estilo fue comprado a la viuda del alcalde Darling cuando aquella, viéndose falta de dinero, vendió todas sus pertenencias. El secreter esconde un compartimento oculto que Louis-Dollard encargó instalar a su ebanista de confianza. La cerradura está camuflada detrás de un adorno. Basta con una vuelta de llave para accionar el mecanismo que abre el panel lateral mostrando el hueco secreto. ¡Tantas precauciones para guardar un miserable frasco de Postum!

Desde que acabó la guerra, ¿quién sigue bebiendo todavía ese pésimo sustituto del café soluble cuyos ingredientes principales son el germen de trigo tostado y la dextrina de maíz? Casi nadie, aparte de los mormones y los adventistas del séptimo día, que han elevado su consumo al grado de precepto moral. La receta del Postum

fue elaborada en 1895 por el futuro magnate de los cereales Charles William Post, que, tras pasar una temporada en el famoso santuario del doctor Kellogg, regresó convencido de los efectos nefastos de la cafeína. Sin embargo, los Delorme no han hecho de esta su bebida de las grandes ocasiones por razones de salud, sino por pura economía. Y es que un solo frasco de cuarto de kilo, que equivale a setenta y cinco cucharaditas colmadas de polvo, da para unas trescientas tazas de sucedáneo de café si se usa con moderación extrema. Por eso el frasco de los Delorme, comprado hace doce años, sigue todavía medio lleno. Por supuesto, el Postum que contiene está ligeramente pasado, pero ni Louis-Dollard ni Estelle se dan cuenta de eso, porque le añaden melaza para edulcorarlo; siempre melaza residual, nunca ligera. De hecho, le dan mucha menos importancia al gusto de la bebida que a la ceremonia que acompaña su preparación. Como cabeza de familia, Louis-Dollard preside el acto de pie, delante del velador. Calcula los ingredientes mientras pronuncia una fórmula ritual de su invención que con los años se ha convertido en un diálogo litúrgico casi sagrado:

¿Qué hora es?

La hora del Postum.

¿Quién lo prepara?

Padre Delorme.

¿Cuál es su secreto?

Seis vueltas a la derecha, tres a la izquierda, cinco a la derecha, dos en sentido contrario.

¿Quién lo conoce?

Cuatro bolas de oro.

¿Quién lo beberá?

El heredero del Tesoro.

Remueve la mezcla siguiendo el sentido prescrito por el ritual. Estelle tiende las manos para recibir su taza y baja la cabeza un instante. Cuando cambia de posición para beber, el cuero de los cojines chirría bajo su peso. No solo ha conservado su cintura de soltera, sino que la ha doblado. La alianza le estrangula el anular, la fina correa de su reloj de pulsera se le clava en las carnes de la muñeca. Sus hombros caídos hacen que el pecho le descienda hasta las rodillas, y los tobillos se le desparraman como unas medias caídas sobre sus zapatos, severamente acordonados. Sin embargo, cuando se yergue para tomar la palabra, lo hace con todo el aplomo de un general ante su Estado Mayor.

—Dices que esta señorita Sterling dispone de una fortuna de por lo menos treinta mil dólares que sigue aumentando. ¿Sabes en qué piensa invertirla?

—No es ningún secreto —responde Louis-Dollard, hipnotizado por las volutas de melaza que se despliegan en el fondo de su taza—. Su capital constituirá la dote que

entregue a su futuro esposo.

Al escuchar esas palabras, Estelle se pone tan nerviosa que el sorbo de Postum se le va por otro lado y a punto está de ahogarse.

—Esto cambia todos nuestros planes —dice retomando el aliento.

—¿Qué planes?

—No hagas como si te hubieras caído de un guindo. Me refiero a la boda de Vincent, por supuesto.

Vincent. Su hijo único de veinticuatro años. El heredero legítimo de nuestro patrimonio. El mismo que ha sido prometido a Géraldine Knox, hija mayor de Charles Knox, el propietario de los cuatro edificios situados al otro lado del parque. *A match made in heaven*, como se suele decir: el matrimonio ideal. Solo que los esposales, en este caso, han sido convenidos en un sótano húmedo, alrededor de una petaca de aguardiente, por dos padres que sueñan desde hace mucho tiempo con unir sus fortunas y crear una corona patrimonial en el centro del Enclave. Louis-Dollard no ve por qué habrían de modificar unos planes tan excelentes, pero Estelle, cegada por el número treinta mil, que bailotea desde hace unos instantes ante sus ojos, le recuerda que nada es más valioso que el dinero en efectivo, ni siquiera los bienes inmuebles. Porque los edificios, incluso los más rentables, cuesta una fortuna mantenerlos. Siempre hay habitaciones que pintar, tuberías que soldar, fusibles que cambiar, tejados que alquitranar, juntas que rellenar, césped que cortar y azulejos que reemplazar, por no hablar de la contribución territorial y demás impuestos...

—Venga, Louis-Dollard, piensa un poco en los gastos que deben de generar las viviendas de Charles Knox, que son más viejas aún que las nuestras. Si estas pasan a la familia, no volveremos a pegar ojo. Mientras que si nuestro hijo se casa con Pénélope Sterling, el problema más importante con el que nos toparemos será el de recaudar su capital y sus ingresos. Créeme, no encontraremos nunca un partido mejor para él.

—Pero Vincent no puede llegar y anunciarle de pronto a Géraldine que simplemente ha cambiado de idea. ¡Podrían denunciarnos por incumplimiento de contrato matrimonial y condenarnos a pagarle una indemnización!

La dichosa Estelle ya se ha preparado para esta posibilidad.

—No saques las cosas de quicio. Solo ha de fingir que ha cogido paperas y que, por lo tanto, ya no está en condiciones de asegurar descendencia alguna. Charles Knox no querrá saber nada de un yerno estéril, y se alegrará de quitárselo de encima tan fácilmente.

Louis-Dollard no es de los que discuten con su mujer, sobre todo cuando esta emplea su tono perentorio. Además, sabe bien cuál será el precio que acabará pagando si no le demuestra una total sumisión. De repente, su gran sueño inmobiliario se desmorona ante sus ojos e, incapaz de renunciar a él, trata de ganar tiempo.

—De todas formas —señala—, es demasiado pronto para pensar en eso, puesto que Vincent estará en el campamento *scout* hasta final de verano.

Ya me imagino la impresión que le causará a Penny Sterling nuestro valiente jefe de tropa de los Castores Niquelados cuando vuelva de su gran *jamboree* de Tamaracouta mal afeitado, curtido por el sol, ostentando sobre una camisa sucia su insignia de madera, sus condecoraciones de primeros auxilios, su medalla de la promesa, así como su pañoleta amarilla y azul, sujeta por un nudo de cabeza de turco... Louis-Dollard también debe de estar imaginándose, porque se aventura tímidamente a opinar que quizá tendrían que tomar en consideración los sentimientos de Penny.

—Al contrario que Géraldine Knox, ella todavía no ha llegado a la edad canónica de las solteras y, con esa fortuna, no deben de faltarle pretendientes. ¿Por qué iba a caer en los brazos de nuestro hijo, que, dicho sea de paso, no tiene nada de gigoló?

Este es un detalle en el que Estelle no se detiene. Desplaza las tazas por el velador como si fueran los peones de un tablero de ajedrez y expone a su marido las grandes líneas de su estrategia.

—No necesitamos a Vincent para cortejarla. Yo puedo hacerlo muy bien en su lugar. Organizaré una recepción en honor de la señorita Sterling y le hablaré de nuestro hijo en términos tan elogiosos que se enamorará de él antes incluso de haberlo visto.

¿Invitar a Pénélope Sterling? ¿Aquí? No creo lo que oyen los oídos de mis paredes. Hasta donde recuerdo, ningún inquilino ha sido invitado nunca a nuestra mesa, y eso que tengo buena memoria. Estelle carece de la más mínima noción de lo que significa la palabra «recibir». Como mucho, una vaga idea de que existe, en otra parte, en casa de la gente, una cosa que se llama sociedad. ¿Cómo pretende impresionar a una joven cuya sofisticación supera su entendimiento? ¿Con una taza de Postum con melaza? ¿Y de verdad piensa que la divertirá dándole talones bancarios para que los rellene de mentirijilla?

Louis-Dollard, que a veces se permite el lujo de leer las páginas de sociedad del periódico, se imagina enseguida una gran recepción con chóferes con librea y ramos de hortensias, *mousse de foie gras* y gelatina de huevo, champán helado y canapés glaseados, cestas de peladillas y pirámides de profiteroles caramelizados, orquesta de baile y una tómbola con premios. Con el corazón en un puño, se pone a caminar de un lado a otro agitando los brazos.

—¡Por la mismísima Isabel II, todo eso nos va a costar un ojo de la cara!

—¡Tranquilízate! —le ordena su mujer—. ¿No ves que estás gastando la alfombra? Y deja de invocar el nombre de Su Majestad en vano. Antes de ponernos a gastar como locos te mandaremos a su casa de avanzadilla. Tus tres hermanas tendrán la misión de sondear los gustos de la señorita Sterling. Así no compraremos rosas inútilmente si lo que prefiere son las flores del campo...

Louis-Dollard se sienta delante de la chimenea, resignado pero en absoluto tranquilo.

—Así sea —dice—. Espero que no nos arrepintamos. Y ¿en cuánto calculas los estragos de esta importante empresa de seducción?

—En cien dólares más o menos. Lo sé, es una cantidad indecente, pero la habremos recuperado de aquí al año que viene. Y, además, ¡piensa en el rendimiento que obtendremos en comparación con nuestra inversión inicial!

—La caja menor no bastará —dice Louis-Dollard con una voz que se pierde en un murmullo silbante—. Tendremos que saquear el Tesoro...

Bajo mi techo nadie pronuncia la palabra «Tesoro» sin tener la impresión de romper un tabú. Es un secreto tan bien guardado que hasta yo me olvido a veces de que soy la depositaria oficial del mismo. El Tesoro está oculto desde siempre en lo más profundo de mi interior, un agujero al que nunca ha llegado la luz, que revelaría su verdadera naturaleza. Con los años he llegado a pensar que, cuando emite sus apagados reflejos en la oscuridad, es mi propio corazón el que está latiendo. Un corazón de oro, no hace falta decirlo, igual que el silencio. Un corazón cerrado, aletargado en el olvido, desgastado por años de negligencia, que ha de estar continuamente conteniendo sus emociones. Porque son muchas las desilusiones y frustraciones que he ido encajando y acumulando. Acumulo rencor a espaldas contra esos Delorme, que me tienen vestida con harapos cuando una ínfima porción de su Tesoro bastaría para repararme...

Estelle ha de superar su reticencia antes de asentir con la cabeza en señal de aprobación. Mi venerable fundador se levanta entonces y camina con paso pesado hasta el manto de la chimenea, donde reina, solitario, un reloj de péndulo de torsión, el único recuerdo que conservamos de Óscar Delorme, el hermano relojero de Louis-Dollard. Se trata de una de esas maravillas alemanas con campana de cristal conocidas como «reloj aniversario» porque solo se les da cuerda una vez al año; en lugar de oscilar, se acciona por medio de un resorte de torsión que hace girar muy despacio, y con una pérdida de energía mínima, un volante ligero con cuatro bolas doradas. No es exactamente el movimiento perpetuo, pero casi. Debemos la invención a un tal Anton Harder, que se inspiró en la rotación de una lámpara de araña tras el impulso de una corriente de aire. Con un mecanismo para darle cuerda bastante complicado, sujeto a desajustes si no se coloca sobre una base perfectamente inmóvil, el péndulo de torsión tampoco es lo que se dice exacto, pues el mínimo cambio de temperatura modifica la elasticidad del resorte y hace que se adelante o se retrase.

Nuestro péndulo, que cuenta con la particularidad de ostentar la divisa «El tiempo es oro» en su esfera, está parado desde hace mucho tiempo. Esto no le impide a Louis-Dollard levantar la campana de cristal y girar las bolas doradas del volante: seis vueltas a la derecha, tres a la izquierda, cinco a la derecha, dos en sentido contrario. Cuando termina, Estelle va a su encuentro, junto a la chimenea.

—Estamos a punto de cometer un gran pecado —dice ella con compunción—. Debemos confesarnos cuanto antes. Ve a buscar a tus hermanas. Bajaremos todos a la cámara verde a pedir la absolución de Su Majestad.

Llegaron como unos ladrones en medio de la noche. Cuarenta hombres de la Canadian Northern Railway Company vestidos de negro, desde el sombrero fedora hasta las botas de charol, todos sujetando bajo el brazo unos portafolios idénticos de cartón gris. Sus relojes estaban sincronizados casi al segundo y, en cuanto dieron las ocho, llamaron simultáneamente a las puertas de las cuarenta granjas hortícolas diseminadas por la zona de Saint-Laurent, al norte del monte Royal. Los granjeros todavía no se habían acostado, pero su desconfianza, ¡ay!, ya estaba dormida. Embaucados por la cuidada indumentaria y el aspecto respetable de los forasteros, los dejaron entrar y pusieron agua a hervir para el té.

Antes siquiera de que tuvieran tiempo de rellenar sus pipas, los agentes ya se habían lanzado a exponerles el motivo de su visita. Hablando a la velocidad de una locomotora y en los términos más oscuros, les anunciaron el fin del mundo rural tal como ellos lo conocían. Gracias a los nuevos abonos químicos que decuplicaban la fertilidad de los campos y a las poderosas máquinas con las que la recolecta se efectuaba sin esfuerzo, las grandes explotaciones agrícolas eran capaces ahora de alimentar a toda una ciudad con el rendimiento de una sola granja. Provistas de camiones gigantes para transportar este maná alimentario, pronto inundarían los mercados de Montreal, ofreciendo sus productos a un precio irrisorio con el que los pequeños comerciantes jamás podrían competir. De aquí a un año, el valor de las tierras que rodeaban la metrópolis quedaría reducido a cero. Debían venderlas antes de que fuera demasiado tarde.

Los granjeros se quedaron destrozados; sus mujeres y sus hijos se echaron a llorar. Los agentes eligieron aquel preciso instante para sacar de sus portafolios unas grandes hojas de papel repletas de letra pequeña. Por suerte para ellos, les explicaron, la Canadian Northern proyectaba casualmente trazar una línea de ferrocarril en los alrededores. Si las familias se comprometían a dejar sus granjas antes de la llegada de la primavera, la compañía estaba dispuesta a pagarles diez dólares por hectárea; un precio más que justo, dadas las circunstancias. Tenían sin embargo que decidirse sin demora, puesto que, para impedir el ascenso de una especulación desenfrenada, esta oferta excepcional expiraba a media noche y ya no se volvería a repetir. Alarmados ante la idea de ser los únicos de toda la vecindad abandonados a su suerte, treinta y nueve granjeros firmaron el contrato de venta en el acto. El cuadragésimo, zorro astuto, permaneció cruzado de brazos.

Con su kilómetro y medio de tierras cultivables, Prosper Delorme era el propietario más importante de los alrededores, aunque no lo aparentara en absoluto. Llevaba la misma camisa vieja remendada desde que su esposa muriera en un parto tres años atrás, dejándole a cargo de dos niños y tres niñas de corta edad. Tenía las suelas de los botines agujereadas. No había vuelto a pintar la casa desde entonces, y había sellado las ventanas con burletes fabricados a base de andrajos y papel de periódico.

El engorroso viejo tampoco era conocido por su hospitalidad. Dejó que el agente de la Canadian Northern se congelara en el umbral de la puerta antes de decidirse a abrirle y, aunque al final le permitió entrar, no le invitó a sentarse ni le ofreció, por supuesto, ninguna taza de té.

A excepción del débil halo de luz que emanaba de la llama vacilante de una lámpara de petróleo, la casa se encontraba inmersa en la oscuridad. El agente apenas pudo distinguir el rostro de los niños que lo observaban con ojos desconfiados y la cabeza encajada entre los balaústres de la escalera, como cinco pájaros en una jaula. Prosper esperó a que soltara su perorata hasta el final para responderle con un sonoro: «¡No oigo nada!».

Es cierto que era un poco duro de oído, pero se complacía pícaramente exagerando su sordera para confundir a sus adversarios o desembarazarse de los visitantes inoportunos. El agente terminó comprendiendo que era inútil desgañitarse y tuvo que encontrar otra manera de hacerse entender. En su desesperación, desplegó sobre la mesa un documento que, sin embargo, sus superiores le habían ordenado no desvelar a los propietarios bajo ningún pretexto. El viudo era ladino: al primer vistazo comprendió con exactitud la amplitud del proyecto que se extendía ante sus ojos.

No era una simple vía de tren lo que muy pronto iban a construir allí, sino una ciudad entera. Bautizada inicialmente bajo el nombre de Model City, había sido concebida y diseñada por Frederick Gage Todd, prestigioso arquitecto paisajista, siguiendo el modelo de las ciudades jardín de la periferia de Nueva York, Pittsburgh o Boston. Los fundadores de la Canadian Northern habían querido que el plano, dominado por dos diagonales, recordara a la Union Jack británica. Sin embargo, los anillos concéntricos de líneas quebradas trazados sobre dichas diagonales recordaban más bien a una tela de araña por la que, a modo de gotas de rocío, se hubieran diseminado treinta y seis parques de forma oval o circular. En el plano se habían reproducido asimismo todos los elementos esenciales de esta ciudad: un ayuntamiento, un puesto de policía, una estación de bomberos, una oficina de correos, una biblioteca para adultos y otra para niños, un centro cultural, una piscina descubierta, dos pistas cubiertas de *hockey* y *curling*, clubs de golf, de tenis y de bolo césped, campos de béisbol, iglesias de distintos cultos, escuelas, bancos, una zona comercial y una central eléctrica, sin olvidar, cómo no, una estación de tren destinada a ser el punto focal del conjunto.

Prosper Delorme bien podía frotarse las manos al ver aquello, pues ¡el emplazamiento de la futura estación coincidía precisamente con el de su melonar! Sin su firma en el contrato, todo el proyecto se venía abajo. Ahora bien, de dicho proyecto inmobiliario dependía también el futuro de la compañía de ferrocarril. En efecto, en aquella época la Canadian Northern no era sino una tímida aspirante en la lucha por el control del transporte ferroviario transcontinental. Aunque su red se extendiese de Regina a Quebec, no tenían cómo conectarla con el centro de Montreal, porque todos los accesos habían sido ocupados por las vías de sus poderosas rivales,

la Canadien Pacifique y la Grand Tronc. La única posibilidad consistía en hacerlo por el norte, pero se interponía el monte Royal, un obstáculo considerable, de pendientes demasiado abruptas para la instalación de raíles.

Ansioso por asegurar el futuro de su compañía, su fundador, sir Donald Mann, dejó el problema en manos de su hombre de confianza, el ingeniero jefe Henry Wicksteed. Este le propuso una solución que en un primer momento le pareció descabellada: la excavación de un túnel de casi cinco kilómetros bajo el monte Royal. No era tanto la amplitud de la obra lo que le inquietaba (en los Alpes se construían de hecho túneles cuatro veces más largos), sino el coste, que estimaba por lo menos en tres millones de dólares.

El ingeniero Wicksteed había sacado entonces la mejor carta de su gran proyecto, una combinación financiera que permitiría recuperar la inversión inicial en menos de tres años. Bastaba con adquirir a precio de saldo las tierras agrícolas situadas en la ladera norte del monte Royal, hacer de ellas una gran zona residencial y volverlas a vender cuando la proximidad de la vía del tren hubiera aumentado el valor del suelo, obteniendo así sustanciales beneficios. En lo que respecta a los costes de explotación de la línea, serían totalmente financiados por los nuevos vecinos de la zona, que, cada día, tendrían que comprar sus billetes para ir al centro de Montreal. La transacción, que englobaría diecinueve kilómetros cuadrados de tierra, sería sin duda la más espectacular de toda la historia inmobiliaria de la región, y solo le costaría a la Canadian Northern la módica suma de cuarenta y ocho mil dólares.

Pero no habían contado con la astucia de Prosper Delorme. Este le advirtió al agente de la compañía que no aceptaría nada por debajo de doscientos dólares la hectárea. Como además amenazaba con ir a ofrecerle sus tierras a la Canadien Pacifique, sir Donald Mann tuvo que inmiscuirse en el asunto personalmente. El magnate, que había construido ya ferrocarriles hasta en Brasil y en China, se presentó de buena mañana en casa del viudo confiando plenamente en su capacidad de persuasión. Pero este último lo esperaba con pie firme. Seguía haciéndose el sordo y negándose a entrar en razón. Al cabo de largas horas de negociación, no había reculado más que un cinco por ciento y además había obtenido una importante concesión: seguiría siendo propietario de su casa y del terreno en el que esta estaba construida.

Antes de perder la poca dignidad que le quedaba, sir Donald Mann firmó la promesa de venta. Una transacción que habría debido representar cuatro mil dólares acababa de costarle setenta y dos mil más. En el momento de partir se dirigió a los niños (Louis-Dollard, Óscar, Mórula, Gástrula y Blástula), que aguardaban en el porche en fila india:

—Tenéis un padre duro de pelar —les dijo—. Yo que vosotros lo tomaría como ejemplo. Y no olvidéis nunca en vuestras oraciones este bendito día en el que vuestra familia se hizo rica.

Era evidente que Prosper no podía esconder un botín semejante en el silo subterráneo de las verduras, donde había mantenido ocultos sus ahorros hasta la fecha. En cuanto tuvo su cheque en la mano, se apresuró a abrir una cuenta en la sede principal del banco más importante del país. Como medida educativa, ordenó a Louis-Dollard que se vistiera con la ropa de los domingos y lo llevó con él.

El banco estaba situado en un edificio monumental que dominaba la Place d'Armes, coronado con una cúpula que evocaba el Panteón romano. Impresionado por las seis columnas corintias del pórtico, Louis-Dollard dio un paso atrás para admirar el frontón decorado con un historiado tímpano en el que el escudo de armas, sujeto por un cuerno de la abundancia, aparecía flanqueado por dos indios y distintos símbolos del comercio y de la industria.

—En un banco se entra como se entraría en una iglesia —le susurró su padre mientras un ordenanza con sombrero de copa y abrigo con galones les abría las puertas de bronce—. Sígueme y no abras la boca.

Apenas había franqueado el umbral cuando una ráfaga de viento, tan violenta que le hizo perder el equilibrio, empujó a Prosper hacia el interior. Después de cruzar el vestíbulo principal, y a medida que se acercaba al gran patio de operaciones, percibió un cambio en el ruido de sus pasos sobre las losetas de mármol, que atribuyó primero a la altura vertiginosa del techo artesonado y luego al silencio reverencial que reinaba en aquel lugar, roto de vez en cuando por el crujido de los billetes entre los rápidos dedos que los contaban. Se hallaba a ciencia cierta en una catedral; una catedral donde el olor del dinero había reemplazado al del incienso y donde las ventanillas hacían las veces de confesionarios. No había en este templo ninguna estatua de la Virgen, pero sí la de una Madre Patria de mirada plácida. No había altar, sino un mostrador de depósitos. Y tampoco había crucifijo, tan solo un retrato a tamaño natural del buen rey Jorge V. Prosper se aproximó al cuadro con respeto y, cuando se detuvo ante él, una especie de corriente magnética le recorrió el cuerpo. La onda irreprimible hizo vibrar en el fondo de su bolsillo una moneda muy antigua de la que nunca se separaba y cuyo tintineo reverberó con eco bajo la cúpula.

Prosper contuvo el aliento. No le cabía duda de que se hallaba en presencia de una fuerza desconocida, capaz de atraer el dinero hasta ella y de controlar la fortuna de los hombres. Empezaba a sospechar incluso que Su Majestad era objeto de un culto secreto, cuyos adeptos más devotos (banqueros, financieros, magnates de la industria) se beneficiaban de su protección y sus dádivas. Le parecía inconcebible que hubiera ignorado hasta aquel día la existencia de ese Ser supremo, y se habría descalzado como Moisés ante la zarza ardiente para demostrarle su respeto. Tras un instante de recogimiento, juró que le levantaría un santuario para que viviera entre los suyos. Y si, como decía el Evangelio, no se podía servir al mismo tiempo a Dios y al

becerro de oro, pues bien, vendería el alma a Su Majestad y no volvería a poner los pies en ninguna iglesia. Los años del diezmo y la colecta eran agua pasada.

De pie tras su rejilla color oro, un empleado les hizo un gesto para que avanzaran, mientras miraba a Louis-Dollard de arriba abajo.

—Nunca es demasiado pronto para inculcar a nuestros hijos el sentido del ahorro —observó el hombre ajustándose sus quevedos—. ¿Le abrimos una cuenta al niño también?

Animado por su padre, Louis-Dollard declamó su nombre y su dirección. A cambio, recibió una libreta de tapa azul en la que figuraban su número de cuenta y el total de su fortuna. Esta se elevaba por el momento a un centavo, pero aquel centavo se multiplicaría por cien, como todo lo que aquí depositara, según le había asegurado el empleado. Louis-Dollard no creía lo que estaba oyendo. Quedó tan encantado con su visita que, al salir, declaró:

—¡Yo también tendré un banco cuando sea mayor!

De vuelta a casa, Prosper corrió a comprobar sus lazos. Había atrapado cinco conejos. Los desolló y dejó las pieles macerando toda la noche en una solución de cal. Luego las coció a fuego lento hasta que se hicieron trizas. De la marmita extrajo una cola espesa con la que embadurnó todo el techo del silo de las verduras. Después fue a buscar a la estantería los frascos repletos de calderilla que había disimulado entre los tarros de confitura. Seleccionó cuidadosamente las monedas de cobre más brillantes y se puso manos a la obra. Puede que no tuviera el talento de los maestros del mosaico bizantino que habían cubierto de oro las cúpulas de Constantinopla, Venecia y Rávena, pero su trabajo era minucioso y perseverante, tanto que, al cabo de unas semanas, el techo del silo estuvo tapizado de rutilantes teselas sobre las que se atomizaba la luz de la lámpara, igual que sobre el ojo compuesto de una mosca. Todas las monedas habían sido pegadas por el reverso, en honor a Su Majestad.

En cuanto hubo terminado su creación, sacó de la cama a sus hijos, Louis-Dollard y Óscar, así como a sus hijas, Mórula, Gástrula y Blástula, y los hizo bajar al silo para que pudieran admirar el resultado. Los niños, que todavía estaban en pijama, se maravillaron tanto ante semejante constelación de monedas cobrizas que cayeron de rodillas sobre el húmedo suelo entrelazando sus dedos regordetes.

—A partir de ahora, aquí es donde vendremos a rezar, comulgar, confesar nuestros pecados y practicar nuestras devociones —anunció Prosper—. Este será el lugar sagrado de nuestra nueva religión.

Sacó entonces de su faltriquera cinco monedas que bendijo «en el nombre del Capital, de los Intereses y de la Santa Economía», trazando en el aire, en lugar de la señal de la cruz, el símbolo monetario del dólar canadiense: una gran S atravesada por dos líneas verticales paralelas. A continuación depositó las monedas sobre la

lengua de los niños a modo de hostias, advirtiéndoles de que, sobre todo, no se las tragan. Para Louis-Dollard fue demasiado tarde, pues ya la tenía en el gznate.

—Aseguraos de darle las gracias a Su Majestad —indicó el padre a sus hijos varones—. Gracias a esa moneda nunca tendréis que trabajar la tierra y os convertiréis en ricos comerciantes.

—¿Y nosotras?, ¿y nosotras? —preguntaron las hijas—. ¿Seremos ricas algún día?

Prosper las miró, rebosando conmisericordia.

—¿Vosotras? Seréis los corderos del sacrificio.

Las obras de la nueva ciudad modelo no tardaron en comenzar, y Prosper Delorme se encontraba en primera fila para seguir de cerca su evolución. Todas las mañanas empezaba su recorrido al pie del monte Royal, donde una legión de obreros italianos armada únicamente con picos y palas se afanaba en horadar el túnel. Estos inmigrantes recién llegados se habían pasado años extrayendo mármol de las canteras de Toscana y de Liguria, y un poco de roca sedimentaria no iba a detenerlos. Divididos en dos equipos apostados a ambos extremos del túnel, avanzaban uno hacia el otro a razón de ciento veintiocho metros al mes. Al principio utilizaron caballos para evacuar los volquetes repletos de esquirlas de gabro y de diorita, pero, cuando fueron instalados los primeros raíles, empezaron a emplear locomotoras de gasolina, a pesar de sus emanaciones asfixiantes. Los equipos se encontraron finalmente en diciembre de 1913 (o sea, dieciocho meses después del comienzo de la obra), a ciento ochenta y ocho metros bajo tierra. Los cálculos del ingeniero Wicksteed habían sido tan precisos que el error en el cale fue tan solo de dos centímetros y medio en el alineamiento y de medio centímetro en vertical.

Por desgracia, este hermoso comienzo resultó abruptamente interrumpido por la entrada del país en la guerra, y, durante los cuatro años que siguieron, Prosper Delorme se vio privado de cualquier espectáculo. Como el ejército requisó todas las materias primas, el hormigonado del túnel, que incrementó el gasto de la obra a cinco millones de dólares, no se terminó hasta diciembre de 1916. De las aproximadamente siete mil parcelas residenciales puestas a la venta para financiar el ferrocarril, solamente una veintena encontró comprador. Ahogada por las deudas, la Canadian Northern hubo de suspender la instalación de las vías y de la catenaria hasta nueva orden. Se formó entonces una comisión de investigación que recomendó al Gobierno la adquisición del capital de la compañía con el fin de combinar las actividades de la empresa con las de su propia compañía ferroviaria para crear un sistema de transporte que prestara servicio a los puertos de ambas costas del país. Así fue como el fiasco de nuestra ciudad dormitorio dio origen a la nacionalización del ferrocarril transcontinental.

La mañana del 21 de octubre de 1918, el primer tren de seis vagones dejó la Estación Central y atravesó el túnel en dirección a Model City. Si no salía ningún vapor de la locomotora número 6711 es porque se trataba del modelo Z-1-a de la General Electric, el mismo tipo de máquina que las utilizadas en las minas de diamante de África del Sur. La inauguración de una joya ferroviaria de esta envergadura bien habría merecido un discurso, una fanfarria o, al menos, una ceremonia en la que se cortase un lazo, pero aquel año estaban prohibidas las aglomeraciones de cualquier tipo a causa de la epidemia de gripe española. Esto no disuadió a Prosper de llevar a sus cinco hijos al andén del Enclave para asistir a la llegada del tren. A los dos niños les habría encantado montarse pero, claro, aquello no habría sido nada razonable.

—¿Para qué queréis desplazaros? —les dijo tomándoles de la mano—. A partir de ahora, será el dinero el que venga hasta nosotros.

A penas le da tiempo a Louis-Dollard de quitarse el sombrero cuando Estelle se lo arranca de las manos y lo cuelga en el perchero de la entrada. A continuación arrastra a su marido hasta el comedor, donde ya está puesto el plato sobre el hule imitación de ganchillo, y cierra las puertas correderas tras ellos.

—¿Y bien? —le pregunta, cuchicheando tan bajo que he de leerle los labios para enterarme de lo que dice—. ¿Has averiguado algo?

Es su momento favorito del día: cuando su marido, después de su ronda cotidiana por el bloque de apartamentos, la informa de los chismes del descansillo, de las habladurías del portero y, sobre todo, del fruto de sus pequeñas investigaciones personales. Porque no bromeaba del todo cuando le contó a Penny Sterling que las llaves de los apartamentos eran las de todas sus mujeres... Sus inquilinas no tienen secretos para él. No siente, en efecto, ningún escrúpulo por entrar en sus casas cuando no están, ni por rebuscar en sus cajones, en sus armarios e incluso en sus botiquines. Pone mucha atención en volver a colocar las cosas tal cual las encontró, y ellas no sospechan nada.

Así es como ha descubierto en sus domicilios algunas manías bastante ridículas, ciertas idiosincrasias a veces escabrosas, con cuyo relato ameniza la comida de su familia, procurándole horas de verdadera diversión. Béatrice Cressey, por ejemplo, nunca se pone los mismos guantes dos días seguidos; posee por lo menos cien pares de distintos colores, que ocupan una cómoda entera y que reemplaza rápidamente a la primera señal de desgaste. Las hermanas Harris fuman como chimeneas, y tienen las paredes cubiertas de una capa de nicotina que chorrea por algunas partes formando largos regueros amarillentos. Jeanne MacLoon lleva tejiendo la misma bufanda ochenta y tres meses, y todavía no parece que vaya a terminarla, porque avanza al ritmo de una vuelta a la semana. Florence Hill se ha traído de Sevilla un peinecillo de carey y una mantilla, y se los pone cada vez que prepara paella. La vieja señora Sainte-Marie tiene tanto miedo de que salga ardiendo el transistor que lo guarda en el congelador en cuanto termina de escuchar la ópera del sábado por la tarde que emiten en directo desde el Metropolitan. Liliane Hannah, que es de origen libanés, ha cubierto las paredes de espejos de marcos dorados y ha escrito encima con esmalte de uñas: «Con mi reflejo nunca estoy sola». Mona Partridge se pasa horas hablando por teléfono y, mientras tanto, dibuja falos en un cuadernito de tapa blanda; tienen formas disparatadas y muy poco conformes a la naturaleza, lo cual se explica quizá por el hecho de que la artista es una virgen redomada. Mervine Lennard, que se niega a divulgar de dónde viene, está abonada a un periódico alemán impreso en letras góticas y afirma haber matado ella misma a la cebra cuya piel decora el suelo del salón. La señora Agababa importa de Turquía cajas de *lokums* de rosa y pistachos que sirve a sus invitados diciendo que los ha hecho con sus propias manos. Sheila Kenny tiene una colección de muñecas en cuyos sombreros y vestiditos se gasta una auténtica fortuna, y si una de ellas se ensucia, le afeita la cabeza para castigarla. Con los años, Louis-Dollard ha sabido sacar ciertas conclusiones de lo que observa. Según

él, las mujeres de ojos azules no tienen nada en la despensa; las morenas hacen la cama todas las mañanas pero friegan poco el suelo; las viudas no pueden vivir sin un ramo de flores de plástico que, por despiste, a veces terminan regando; las que llevan gafas pierden con frecuencia las llaves...

Hoy acaba de sumarse una nueva inquilina a los trofeos de caza de Louis-Dollard, Penny Sterling, y Estelle siente por ella una curiosidad tan voraz que la voz se le agrava y la mirada se le vuelve cavernosa. Su marido, sin embargo, se toma el tiempo de acomodarse tranquilamente a un extremo de la mesa y de peinarse con la palma de la mano los pocos cabellos que le hacen las veces de tupé. Despliega su servilleta y se la anuda alrededor del cuello. Sus movimientos son más lentos de lo necesario, pues aún no ha digerido el hecho de que se le hayan puesto trabas a su alianza con el señor Knox y, evidentemente, disfruta teniendo a su mujer en ascuas. Llevan casados veintiséis años y, aunque las bases de su asociación sigan siendo igual de sólidas, también es cierto que han ido acumulando, cada uno por su lado, ligeros resentimientos, minúsculos rencores que vuelven a salir a la superficie en momentos como este, exigiendo un rápido desquite.

Estelle se da cuenta de que Louis-Dollard no hablará hasta que no se le haya servido la comida. Resignada, toca la campana del almuerzo todavía con más énfasis porque sabe que sus cuñadas jamás se dan prisa por venir a comer. Mórula es la primera en presentarse. Sube de la lavandería, donde, entre el lavado, la plancha, la costura, los dobladillos por coser, el remendado de los trapos de cocina y los hilos enganchados de las toallas de rizo que hay que volver a rizar, saca tiempo para leer novelitas rosas a escondidas. Tras las lentes empañadas de sus gafas, aún tiene los ojos rojos de haber estado llorando. Luego llega Blástula, vestida con su pantalón *fuseau* negro de siempre y su camiseta de cuello vuelto de algodón blanco. Gracias a sus zapatos de suelas de caucho, camina sin hacer ningún ruido. De hecho, si los listones de mis parqués no crujiesen deliberadamente bajo sus pies, no se la oiría acercarse nunca. Ha pasado la mañana desinfectando los grifos del cuarto de baño y la lejía le ha corroído los dedos casi por completo. Finalmente, Gástrula trae la cena. Ha vuelto a adelgazar, y sus cabellos, cortados a lo *garçon* con las tijeras de uñas, no cubren precisamente de gloria su rostro descarnado. Aunque esté encargada de la cocina, la comida no es una de sus prioridades. Si pudiera, prescindiría con gusto de ella y subsistiría a base de alimentos entubados, como el cosmonauta Yuri Gagarin en su nave *Vostok*.

Las tres rondan los cincuenta, y el tiempo ha actuado sobre ellas como sobre las hojas muertas, desecando el poco frescor que les quedaba de sus años mozos. Sus labios están tan reseco que se les agrietarían con el mínimo asomo de una sonrisa (lo cual, por otro lado, no corre el riesgo de producirse). Hace ya más de veinticinco años que se las trata como a unos parientes pobres, trabajando bajo la férula de su cuñada, respetando al dedillo sus innumerables reglamentos. ¿Por qué habrían de alegrarse de haber sido enroladas a la fuerza en el último de sus proyectos? No esperan nada del

matrimonio de su sobrino Vincent con una extraña, aunque esta sea rica a reventar, y todavía menos de la llegada con el tiempo de un heredero, que no representaría para ellas sino un paso atrás en el orden de sucesión, determinado en casa de los Delorme por la primogenitura masculina. De manera que se cruzan de brazos con su mueca más huraña cuando Estelle vuelve a sacarle a su marido el tema de la nueva inquilina.

—Dime al menos si el interior de la vivienda es tan elegante como sus atuendos hacen pensar.

Louis-Dollard no tiene ganas de darse prisa. Se anuda la servilleta y espera a que Gástrula termine de servir la sopa de fideos antes de contestar.

—Parece que el hábito no hace al monje, querida mía, porque Pénélope Sterling vive en la más completa austeridad. El mobiliario de su casa se limita a lo estrictamente necesario: nada más que una cama, una cómoda, una mesa, una silla y un sillón.

—¿Cómo está decorado el apartamento?

—Sin cuadros en las paredes, ni alfombras en el suelo ni cortinas en las ventanas. Y sin ninguna de esas baratijas femeninas que no hacen más que acumular polvo.

Desmigaja tres galletas saladas en la sopa y se apresura a tragárselo todo antes de que se le enfríe.

—¿Qué había en la despensa?

—Los alimentos básicos... Mermelada, nuez moscada, tapioca, esencia de vainilla, varios bloques de azúcar de arce...

—¿Y en el armario del cuarto de baño?

—Nada que destacar, salvo un frasco de aspirinas.

Estelle asiente con la cabeza. Hay tres farmacias en el centro del Enclave, y no entiende por qué la gente de aquí se arruina comprando medicinas mientras que en su casa viven tan bien sin ellas. Si les duele la garganta o se les infecta una herida, frente a un dolor de muelas o a una quemadura, se curan con el mismo remedio supremo: una cucharada de sal gorda disuelta en una taza de agua caliente. Eso siempre les sienta bien.

—¿Rebuscaste en sus cajones?

—Por supuesto. Encontré poca ropa, pero toda de una calidad irreprochable. Había saquitos perfumados entre las medias de seda. Y camisones de gran modestia —añadió mientras tosía para camuflar su bochorno—. ¡Ejem, ejem! ¿No decías que había té?

—¿Nada más? —exclamó Estelle desconcertada.

—Me tomaría también medio plátano regado con sirope de maíz —respondió Louis-Dollard.

—Deja de hacerte el inocente, ¿quieres? ¡No me digas que has pasado dos horas en el apartamento de la señorita Sterling sin encontrar el cebo que la atraerá hasta nuestras redes!

Sabe perfectamente que su marido todavía esconde una carta en la manga y, como está claro que este va a querer sacarle el máximo partido, no tiene más remedio que capitular. Mordiéndose la lengua, ordena a Gástrula servir el postre. Louis-Dollard finge entonces que reflexiona, calcula su efecto y declara en tono acusador, como si hablara del cuerpo de un delito:

—¡Había una raqueta de tenis en el armario de la entrada!

Las solteronas ya han oído bastante. Haciendo una mueca de desdén, se levantan de la mesa, pero Estelle les ordena con un gesto que se vuelvan a sentar. Ha puesto su cara de operaciones importantes, la misma que cuando les asigna a cada una sus tareas semanales. ¿Qué estará maquinando?

—¡Tengo un plan! —anuncia dirigiéndose a Mórula—. Tú, que siempre has soñado con jugar al tenis, ¡he aquí tu oportunidad! Irás a inscribirte mañana mismo al club privado del Enclave. Invitarás a Pénélope Sterling y, entre un set y otro, le tirarás de la lengua.

Es cierto que la mayor de las tres hermanas ha desarrollado un fuerte interés por el tenis. Incluso se ha confeccionado, con viejos sacos de azúcar, una falda plisada, tomando como modelo la que llevaba la joven campeona Margaret Smith cuando ganó el año pasado los Internacionales de Francia, Australia y Estados Unidos. Vestida toda de blanco, como marca la política sobre indumentaria en vigor, se abre camino a través del parque Connaught hasta las pistas. Pero, al contrario de lo que Estelle cree, practicar este deporte no le apetece en absoluto; ni siquiera observar como espectadora los golpes que se intercambian de un lado a otro de la red.

Yo sí que sé por qué le gusta merodear cerca del club de tenis. Nuestra Mórula, a pesar de su edad, no ha perdido nada de su naturaleza romántica e impresionable: espera encontrar un hombre. Pero no un hombre cualquiera. Los bronceados entrenadores y los jugadores en calzones que beben té helado en la terraza la dejan indiferente. Tras sus gafas de culo de vaso y montura de plástico negro, solo tiene ojos para el escuadrón de jardineros italianos dedicado a tallar los setos de cedro, regar los arbustos de rosas y cortar el césped. Le fascina el sudor que brilla sobre su piel oscura; sus músculos, que abomban las mangas de sus camisetas empapadas; y, sobre todo, sus uñas, negras de mantillo. Se imagina esas uñas hundiéndose en la carne de sus muslos y se aturde solo de pensarlo.

Desde el bosquecillo de la rosaleta, Mórula observa a los jardineros a su antojo. A veces arranca algunos pétalos a su paso, los muerde lo justo para marcarlos con la huella irregular de sus incisivos y luego los esparce por los senderos, donde los hombres probablemente los pisen con sus botas fangosas. Al final del día, se planta delante de las canchas del campo de bolo césped con la esperanza de que la vean. Pero los jardineros tienen demasiada prisa por coger el tranvía que los llevará de nuevo a sus mujeres y a sus niños, en los barrios populares donde viven los inmigrantes. Así que Mórula vuelve al redil arrastrando sus zapatillas de deporte, no

sin antes decapitar con el borde de la mano algunas de las rosas que tienen la mala fortuna de encontrarse en su camino.

Hacerse socio de un club es una cosa; practicar un deporte del que no se conocen ni las reglas ni los rudimentos es otra bien distinta. Falta de elasticidad, de fuerza y de equilibrio, Mórula nunca ha mostrado aptitud por actividad física alguna. De pequeña no conseguía hacer las volteretas hacia atrás y se enredaba los pies saltando a la comba. Cuando le lanzaban la pelota, le daba tanto miedo recibir un balonazo que cerraba los ojos y se quedaba plantada en el sitio en lugar de cogerla. Aprendió a montar en bici mucho más tarde que sus hermanas pequeñas, y no quiso nunca que la enseñaran a nadar. Dado que jamás ha puesto los pies en una pista de tenis, me extrañaría mucho que, de la noche a la mañana, sea capaz de manejar el revés o el golpe con la derecha.

Como a Mórula le preocupa su actuación, Estelle trata de tranquilizarla:

—Te las apañarás muy bien. Darle a una pelota no debe de ser más difícil que sacudir una alfombra.

—¡Pero si ni siquiera tengo raqueta!

—Louis-Dollard te dará el dinero necesario e irás a comprarte una en Modelectric. Nos viene que ni pintado, porque esta semana toda la mercancía está rebajada un treinta por ciento.

Modelectric es el nombre de la ferretería del barrio. Además de pintura, herramientas y artículos de cuchillería, venden material de deporte, televisores, objetos de decoración navideña y pequeños electrodomésticos. Los Delorme son fieles clientes de dicho comercio desde su apertura en 1953, año en el que expusieron en el escaparate un retrato de Su Majestad Isabel II rodeado de una guirnalda de rosas para celebrar la coronación de la nueva reina. Esta semana, la ferretería procede a una gran liquidación porque se prepara para mudarse al centro comercial que pronto abrirá sus puertas al otro lado de las vías del tren.

Si Mórula regatea el precio de la raqueta, quizá le quede dinero suficiente para entregarse a su vicio secreto. No sería la primera vez que incurre en la malversación. Y seguramente tampoco será la última. Como suele decirse, no hay nada más caro que una mala costumbre.

Hace ya una semana que Mórula se entrena con la pelota, lanzándola contra la puerta del garaje, provocando un escándalo infernal cada vez que golpea una de las placas de chapa que refuerzan la madera carcomida. Hoy, afortunadamente, el ejercicio no dura mucho tiempo. Tras apenas diez minutos, Mórula mira a ambos lados para asegurarse de que nadie la ve y, antes de que la sorprendan en flagrante delito, se introduce subrepticamente en el garaje.

En cuanto se le acostumbran los ojos a la penumbra y la nariz al repugnante olor a aceite para motor del que está saturado el aire, se escurre entre la pared de cemento y

los alerones embarrados del coche, con mucho cuidado de no mancharse su falda blanca. Se detiene a mirarse un momento en el retrovisor. Esboza un mohín. No puedo culparla: tiene muy mala cara, las facciones cansadas, la tez enfermiza... Sin embargo, hoy se estrena en el club de tenis y, como es natural, querría estar lo mejor posible.

Avanza hasta el fondo del garaje, donde Louis-Dollard ha instalado su banco de trabajo. La mesa de madera de tuya está pulida por el desgaste, marcada por los mordiscos de las herramientas. Detrás cuelgan machos de terraja, serruchos, martillos, cepillos y taladros, dispuestos en panoplia sobre un panel de aglomerado, como una colección de armas. Mórula se acerca a la estantería en la que están alineadas las latas de pintura y de decapante, separa los tarros de tuercas y tornillos cuidadosamente clasificados y localiza un viejo frasco de conserva lleno de chatarra. Rebusca dentro, lo agita con impaciencia, termina vertiendo todo el contenido sobre el banco. Hasta que por fin encuentra lo que estaba buscando: un grueso perno con una costra de óxido. Lo sujeta con la mordaza del torno y lo lima con una lija hasta que el hierro comienza a brillar.

No comprendo inmediatamente lo que trata de llevar a cabo, pero empiezo a darme cuenta cuando la veo recoger con precaución la limalla de óxido en la palma de la mano y añadirle una gota de lubricante para bisagras. Mojando el dedo índice en el preparado, se maquilla primero los pómulos con amplios movimientos circulares y luego se unta los labios con una capa espesa.

—Parezco una verdadera muñeca —le dice satisfecha a su reflejo en el retrovisor.

¿Por qué detenerse ahora que va por tan buen camino? Se tizna los párpados con una pizca de hollín para darse un aire misterioso y les imprime a sus pestañas algo parecido a una curva sirviéndose de unos alicates de punta plana. Desentierra de la estantería un resto de tinte para madera color caoba y se pinta con ella las uñas. Solo le falta el toque final: unas gotas de trementina detrás de las orejas y en el pulso de las muñecas, lo justo para envolverse en un aura alcanforada. Mórula por fin está lista. Son las once, y Penny Sterling la espera en el club de tenis.

Una multitud de curiosos se ha agolpado alrededor de la pista en la que Penny y Mórula acaban de hacer su entrada. Los nuevos socios del club siempre son acogidos con gran ceremonia; oigo resonar los aplausos desde aquí. Penny se pone inmediatamente en posición de espera tras la línea de fondo. Mórula, por su parte, va a pegar el ojo a la reja. Mientras manosea el dobladillo de su falda plisada, escruta a uno de los jardineros que están regando los arriates. El hombre se ha quitado la camisa y se la ha atado a la cintura. Es cuadrado de espaldas y de mandíbula; un bigote negro y espeso le cae sobre los labios escondiéndole parcialmente la boca, a cuya dentadura le falta un diente. No sé si el agujero negro repugna a Mórula o la

fascina, pero aplaude estúpidamente al jardinero cuando este escupe por el intersticio un salivazo tan fuerte como el chorro que sale de la manguera.

Por fin empieza la primera manga y, desde mi puesto, sigo atentamente su transcurso a través del follaje de los enormes olmos. Desde el principio, Penny demuestra su cortesía. Posee un buen servicio pero se contiene para no imprimirle toda su potencia. Y, de hecho, menos mal, ya que por mucho que lance la pelota en dirección a Mórula, esta no consigue devolverla jamás (quizá porque, en lugar de seguir el proyectil con la mirada, se dedica a tratar de llamar la atención del jardinero, que se obstina en regar las flores dándole la espalda). Es incapaz de dar un golpe de revés, y todavía menos de lanzar una volea. En cuanto a su servicio, la verdad, mejor no hablar. Los intercambios, por consiguiente, no duran mucho y, antes de diez minutos, el partido ha terminado.

Tras la aplastante derrota, Mórula tiene tanta prisa por salir de la pista que se olvida de felicitar a su adversaria por la victoria. Envalentonada por su maquillaje, solo piensa en acercarse al jardinero, que ahora está ocupado escardando un macizo de peonías en el parque. Quiere sorprenderlo, y se acerca a él por detrás, de puntillas. Como era de esperar, se produce un desgraciado incidente: en el instante preciso en el que llega a su altura, el hombre se gira y lanza un escupitajo que Mórula recibe en pleno ojo. La flema espumosa se le queda suspendida un momento del borde de las pestañas antes de trazar por su mejilla un surco por el que son arrastradas partículas de hollín y de óxido. El jardinero, un poco rudo, farfulla una disculpa en su dialecto incomprensible y se aleja haciéndose el arrogante.

Mórula nunca se ha sentido tan humillada en toda su vida. Intenta limpiarse con la manga, pero lo único que consigue es que el churrete se le extienda todavía más. A su alrededor, la hilaridad es general; los niños la señalan con el dedo, y ni siquiera yo consigo mantenerme serio ante su rostro grotesco. Solo Penny se compadece de ella como para acudir volando a su rescate. Le tiende su pañuelo, que ha humedecido en la fuente, y la ayuda a limpiarse con una dulzura que Mórula, en su sufrimiento, no está en condiciones de apreciar.

—Ya está, señorita Delorme. Todo arreglado. No tiene de qué preocuparse. Ha sido muy amable al invitarme hoy, y espero que me permita devolverle el cumplido. ¿Querría acompañarme el sábado que viene a la inauguración del centro comercial? Las *boutiques* femeninas de *prêt-à-porter* organizan un gran desfile para presentar la moda de verano y me han pedido que participe como modelo. Habrá también un tióvivo para los niños y se sortearán premios entre todos los presentes. Incluso podríamos aprovechar para almorzar juntas en el restaurante, si le apetece...

Mórula le devuelve el pañuelo con aire desconfiado. Desarmada por el atisbo de amistad, al que no está acostumbrada, se pregunta si Penny no estará burlándose de ella.

—Déjeme unos días para pensármelo —contesta cuidándose de no comprometerse, pero sabiendo muy bien que jamás una invitación la ha tentado tanto.

Mórula se encuentra en cuclillas en el rincón más oscuro de su habitación. Sirviéndose de sus uñas manchadas de tinte, levanta uno de los listones de mi parque. El hueco secreto es lo suficientemente grande para contener un frasco de cristal ambarino de sesenta mililitros, sobre el cual está pegada una etiqueta desgastada en la que aún pueden descifrarse las palabras *Extracto puro de vainilla, la esencia de lo económico*. Fabricada en Boston, Massachusetts, esta esencia de vainilla, producto de la destilación de las vainas de una orquídea, contiene un treinta y cinco por ciento de alcohol blanco, conforme a la receta original de Joseph Burnette, un farmacéutico que se hizo famoso como proveedor del éter de la primera anestesia dental y que, en 1847, a petición de una clienta francesa, inventó un procedimiento para extraer en forma líquida el perfume de la vainilla. Más tarde, aplicaría ese mismo proceso a más de veinticinco especias, entre ellas la nuez moscada, el apio, el plátano y la violeta. Cualquiera que la beba siente una euforia etílica, una sensación de vértigo y de exaltación que, muy fácilmente, puede provocar dependencia física.

Mórula, que trata de disfrutar de la vainilla con moderación, reserva un traguito exclusivamente para las grandes ocasiones. Hoy, sin embargo, tira del tapón de corcho, se lleva el gollete a los labios y, echando la cabeza hacia atrás tanto como se lo permiten las vértebras cervicales, se bebe el contenido de un tirón. La esencia alcoholizada le quema la lengua, la garganta y el pecho. El calor se irradia lentamente por todo su cuerpo con la promesa de sosiego. Mórula cierra los ojos y espera a que el corazón entumecido deje de torturarla..., sin pensar un segundo en la puerta, que ha olvidado cerrar con llave.

Estelle, que la ha oído llegar y está ansiosa por saber cómo le ha ido, elige ese preciso instante para irrumpir en la habitación. Hace mucho tiempo que Mórula no deja entrar a nadie en su cuarto y su cuñada se escandaliza cuando constata el desorden reinante. Hay novelitas rosas apiladas sobre el suelo por todas partes, el estor veneciano está subido por un solo lado, la lámpara se ha caído y la cama se encuentra toda revuelta. Estelle observa tantas infracciones del *Libro de las normas* de la casa Delorme que, llegado un determinado momento, para de contarlas.

—Esta habitación huele raro —dice—, y no me refiero al olor a cerrado...

A pesar de las pastosas protestas de Mórula, la nariz experimentada de Estelle ha reconocido un aroma alojado bien lejos en su memoria que ha dejado un rastro indeleble. Huele a los efluvios de la vainilla, está segura, y consigue seguir el rastro hasta la cómoda. Abre uno a uno los cajones causando un gran estrépito con los frascos vacíos, que chocan entre sí. ¡Debe de haber por lo menos trescientos ahí dentro!

—Si me fío del precio de ochenta y nueve dólares que marcan las etiquetas —calcula Estelle—, la suma que has dilapidado para saciar tu vicio representa como

mínimo doscientos sesenta y siete dólares. No querrás que me crea que te has pagado eso con tus pequeños ahorros...

La suma es tan colosal que desconcierta también a la propia Mórula. Termina por confesar, mostrando sus dientes ennegrecidos por la vainilla:

—He sisado de los gastos de mercería.

¿Cuál será el castigo apropiado para un crimen de tan extrema gravedad? Una simple multa no bastaría ni impediría las recaídas. No, se necesita una pena ejemplar.

—Te condeno a la reclusión —declara Estelle—. No saldrás más de tu cuarto de aquí hasta el final del verano.

—¡Pero Penny me ha invitado a la inauguración del centro comercial la semana que viene! ¡Tengo que ir como sea!

En su desesperación, la voz se le quiebra, pero esto no conmueve a Estelle, que sale y la encierra con llave para luego anunciarle a través de la puerta:

—Que esto te sirva de lección. —Y, para hundir más el dedo en la llaga, añade—: Enviaré a Blástula en tu lugar. Seguro que se lo pasa de maravilla.

Un riesgo calculado... Así podría resumirse la vida de Louis Dollard hasta que el destino puso a Estelle en su camino. Desde su más tierna infancia, demostró siempre una prudencia de actuario, intentando prever las consecuencias de sus decisiones, por mínimas que fueran, para maximizar la esperanza de ganancias y limitar el riesgo de pérdidas. Estas mismas consideraciones guiaron su ambición de convertirse un día en un importante propietario de bienes inmuebles. Pues, según él, el ladrillo es una inversión de rendimientos casi infalibles.

Todo el tiempo que pasó observando las obras del Enclave le llevó a la conclusión de que la profesión de contratista no requería un talento particular, salvo el de mantener firmemente apretado el cinturón. Cuando, con veinticinco años, recibió de su padre una coqueta suma de dinero para lanzarse a los negocios, se puede decir que su plan ya estaba trazado. Solo tuvo que esperar la ocasión de oro.

Esta no tardó en presentarse. Nuestro buen alcalde Darling, preocupado por aumentar las ganancias del Enclave en aquellos tiempos de crisis, se había comprometido, en efecto, a doblar la población. Hay que decir que, en diez años de existencia, nuestra ciudad solo había conseguido atraer a mil ochocientos habitantes hasta sus coquetos pareados y sus casas piloto, con garaje, jardincito y porche. Y esto, a pesar de la ventaja de contar con dos escuelas, tres iglesias, diversos pequeños comercios y un banco en las proximidades. El alcalde concibió entonces un proyecto de desarrollo que preveía la construcción de una docena de bloques de apartamentos en el centro de la ciudad, todo alrededor de un gran parque en forma de campana, bautizado con el nombre de parque Connaught en honor a Su Alteza Real el príncipe Arturo, duque de Connaught y de Strathearn, tercer hijo y favorito de la reina Victoria, que ocupaba el cargo de gobernador general en el momento de la fundación de nuestra gloriosa periferia.

El día en el que se subastaron las parcelas del proyecto y se cedieron al mejor postor, Louis-Dollard se encontraba en primera fila para aprovechar la ganga. Había puesto el ojo en una en concreto que disfrutaba de una situación excepcional, ya que se encontraba junto al banco, y la obtuvo a un precio simbólico.

—Habrán restricciones —advirtió el alcalde—. El ayuntamiento se reserva el derecho de inspección de los planos, y los gastos de construcción deberán situarse por encima del mínimo de los cinco mil dólares.

Louis-Dollard no tenía ninguna intención de sobrepasar innecesariamente aquel umbral de gastos obligatorios. Preparó él mismo, pues, el anteproyecto y las estimaciones preliminares, y solo contrató a un arquitecto cuando hubo que sacar los planos definitivos. Tuvo la buena fortuna de dirigirse a un tal Émile Monet, al que no le hizo falta que Louis-Dollard le hiciera un dibujo para comprender sus necesidades. El arquitecto, además, le recomendó distintos proveedores, entre ellos su hermano, que había sido cerrajero.

—Murió el año pasado, pero la familia se ha hecho cargo de su taller —le explicó a Louis-Dollard—. Si le dice a Estelle que va de mi parte, le hará un descuento

sustancial sobre el precio de los materiales.

—¿Es la viuda?

—No, la hija mayor. Pero, se lo advierto, ni se le ocurra tratar de enredarla. Tiene un don increíble para los negocios.

El taller de cerrajería estaba situado en la calle Ontario, esquina con la avenida Morgan. La fachada no tenía buena pinta, y en el escaparate solo se exponían tres candados. Una vez dentro, el espacio era tan exiguo que Louis-Dollard no tuvo ningún problema en dar con la Estelle en cuestión. No le pareció fea, aunque distaba de ser una belleza. En realidad, su principal atractivo radicaba en su juventud, aunque era cuatro años mayor que él. Se hallaba encorvada sobre un pequeño banco de trabajo, ocupada en fabricar una llave.

—¿En qué puedo servirle? —dijo ella sin levantar la nariz de lo que estaba haciendo.

Louis-Dollard le entregó su lista de la compra, que ella leyó en voz alta tras recolocarse las gafas, puntuando cada artículo con un asentimiento de cabeza.

—Tengo existencias de todo —dijo por fin—, pero necesitaré más de una hora para preparar el pedido.

—No me corre prisa —respondió Louis-Dollard, contento ya de poder prolongar su visita.

—Sin embargo, he de pedirle que me lo pague hoy. No fiamos a nadie.

—Me envía su tío, el arquitecto Monet —le hizo saber Louis-Dollard—. Me hallo fundando los cimientos de un edificio y, si me hace un buen precio, tengo intención de convertirme en cliente habitual de su taller.

Estelle lo miró fijamente a los ojos.

—Le concedo una rebaja del cinco por ciento.

Louis-Dollard dio un paso hacia ella y, apoyándose en el mostrador, murmuró:

—¿Por qué no del diez?

Con un suspiro de resignación, la joven preparó la factura.

—Tengo para un rato —dijo ella—. No me dirija la palabra mientras espera y, sobre todo, no toque nada.

Louis-Dollard fue a sentarse. Reclinándose en el banco, se dedicó a observar mejor a Estelle mientras esta reunía el pedido, abriendo y cerrando los cajones donde se guardaban las cerraduras, los cerrojos, los candados y los pestillos que él le había encargado. Sus gestos eran de una gran precisión y de una economía todavía más maravillosa.

Cuando al fin terminó y llegó el momento de pagar, Louis-Dollard no pudo evitar expresarle lo admirado que estaba por su eficiencia. Ella contó primero el dinero con veneración, alisando los billetes con un cuidado de planchadora y disponiendo las

monedas en sus compartimentos como si fueran de cristal. Una vez hubo cerrado la caja registradora, se levantó las gafas y le respondió:

—Me he criado entre cerraduras, me conozco al dedillo todos los engranajes...

Louis-Dollard volvió a casa a paso ligero y con la cabeza rebotando de alegría. No fue hasta por la noche, una vez desvestido, cuando examinó la factura que la joven le había hecho. ¡No solo no había aplicado el descuento prometido, sino que había aumentado todos los precios en un diez por ciento!

—¿Estelle? ¿De verdad? —preguntó extrañado el arquitecto Monet cuando Louis-Dollard le anunció, a la mañana siguiente, que por fin había encontrado la horma de su zapato y que quería casarse con ella cuanto antes.

—Jamás en mi vida he estado tan seguro de algo.

—Si yo fuera usted, me lo pensaría dos veces. Estelle tiene un temperamento difícil, y, además, prefiero advertírselo: no destaca precisamente por su sensibilidad.

Le contó entonces que, cuando era pequeña, Estelle le mendigaba a veces a su padre veinticinco centavos para arrancarse un diente: quince para la operación y diez para el gas de la risa. Pues bien, luego le rogaba al dentista que la operase en frío y se quedaba con los diez centavos de la anestesia.

—Tenga cuidado, señor Delorme. Mi sobrina nunca le querrá tanto como ama el dinero.

Aquellas palabras no hicieron sino ratificar la decisión de Louis-Dollard, que salió del estudio del arquitecto todavía más decidido a pedir la mano de Estelle.

—¡Al diablo con la prudencia! —se dijo—. Estoy dispuesto a quedármela por mi cuenta y riesgo.

El sábado siguiente se plantó en casa de la viuda Monet provisto de una carta de presentación firmada por el arquitecto y pidió la mano de Estelle, prometiendo al mismo tiempo encontrar a alguien que la reemplazara en la cerrajería. La madre, cuya tez sombría y extrema delgadez traicionaban ya la proximidad de la muerte, previno a Louis-Dollard de que no se esperase otra dote aparte del modesto ajuar que su hija había confeccionado.

—De todas formas, salgo ganando —respondió el pretendiente—, puesto que una mujer con un don para los negocios vale su peso en oro.

En cuanto Estelle hubo dado su consentimiento, se oficializaron los esponsales y se publicaron las amonestaciones en la parroquia de Hochelaga. La boda, a la que solo asistieron los testigos, se celebró en la pequeña capilla contigua a la iglesia de la Natividad. Estelle iba muy sencilla, con su vestido de los domingos y su velo de comunión. Ella misma había compuesto su ramo de novia, con dientes de león recolectados de los bordillos de las aceras.

Como no había ningún banquete previsto después de la ceremonia, los recién casados partieron sin demora de luna de miel. En la terminal Harbour montaron a bordo de un tranvía de la línea 49. Louis-Dollard había planeado un itinerario que les haría tomar todas las líneas del circuito sin pasar dos veces por la misma estación. El método que había seguido para montar aquel rompecabezas era digno del concebido por Euler para resolver el problema de los siete puentes de Königsberg. Estelle, que nunca había puesto los pies más allá de la calle Berri, insistió en sentarse en la primera fila del coche motor, donde se disfrutaba de una mejor vista que desde el remolque.

Así, consiguieron atravesar Montreal con un solo enlace. De hecho, no descendieron hasta llegar al final de la línea, en la calle Inspector. Una vez allí, dirigieron sus pasos hacia una pequeña casucha aislada justo en el centro de un terreno baldío. Nada dejaba adivinar que aquel edículo de madera con techo inclinado fuera una estación. Sin marquesina ni vestíbulo, no disponía de un quiosco de prensa ni de reloj en la pared, no había consigna para las maletas ni zona de embarque, solo tres escaleras que bajaban hacia el mismo número de andenes, repartidos entre cinco vías, que convergían en un túnel señalizado con un cartel en el que habían sido escritas de prisa y corriendo las palabras *South Portal*.

Louis-Dollard compró en la taquilla dos billetes de ida hasta la estación del Enclave. El revisor los picó y un mozo se encargó del equipaje. A Estelle no le hizo mucha gracia encontrarse totalmente a oscuras cuando el tren franqueó la entrada sur del túnel, y las lámparas, accionadas por dinamo, tardaron en encenderse. ¿Por qué pagar veinticinco centavos por el billete si allí no se veía absolutamente nada? Louis-Dollard estuvo de acuerdo en que se trataba de un despilfarro redomado, pero aun así se pasó todo el trayecto con la nariz pegada a la ventanilla del vagón, maravillado por aquella galería subterránea excavada por la mano del hombre en el corazón rocoso del monte Royal.

Lo primero que vio Estelle del Enclave fue el andén, construido en el fondo de una amplia zanja, y la vista no la cautivó. Cambió rápidamente de parecer en cuanto subió por la escalera que llevaba a la estación y el pintoresco panorama de nuestra pequeña ciudad se ofreció ante su mirada en todo su esplendor. Las granjas hortícolas entre las que había crecido Louis-Dollard habían desaparecido hacía mucho tiempo, pero, a ojos de una joven que venía de la avenida Morgan, aquella zona residencial era casi como el campo. Esa primera impresión no la abandonaría nunca, y no dejaría de repetir, a lo largo de toda su vida y siempre con el mismo fervor: «En el Enclave, el aire es más puro que en ningún otro sitio».

Los recién casados fueron recibidos en la casa familiar por Prosper Delorme y Óscar, el benjamín. A Estelle le bastó un rápido vistazo para formarse una primera impresión de cada uno de ellos. Su suegro era un viejo aborrecible, pero le inspiraba simpatía, e

imaginó que sería fácilmente domesticable. Su cuñado Óscar, al contrario, le desagradó por instinto; con su sonrisa demasiado amable y sus modales demasiado dulces, era el prototipo de hijo pródigo que malgasta su energía en actividades frívolas. Su pasión, en efecto, era la relojería, y se podía pasar horas desmontando y volviendo a montar el mecanismo de un viejo reloj con una complacencia descarada que Estelle no podía menos que desaprobare.

Mórula, Gástrula y Blástula ya no formaban parte del hogar. Habían sido despachadas recientemente al noviciado de las hermanas de Sainte-Anne para aligerar a la familia de su carga. Como su habitación se había quedado libre, la joven pareja se instaló en ella. Louis-Dollard propuso juntar dos de las camas individuales para hacer un lecho nupcial, pero a Estelle no le atraía la idea y cortó por lo sano.

—Con la obra del edificio que tienes que vigilar —subrayó—, necesitarás todas tus horas de sueño. En cuanto a mí, tengo trabajo para rato, porque pretendo volverme indispensable en esta casa. Nadie podrá acusarme de ser una boca más que alimentar.

No tenía ningún motivo para preocuparse. Prosper y Óscar, que habían tenido que apañárselas solos tras la marcha de las hijas, le cedieron más que encantados las riendas de la vida doméstica. El suegro llegó a plegarse de buena voluntad a las numerosas reglas que empezó a instaurar su nuera. Si bien al principio no fue demasiado amable con ella, no tardó mucho en dejarse engatusar por su sentido infalible de la economía. ¡No solo dosificaba los recursos, sino que además generaba ingresos! Ciertamente, ya antes del alba se la podía encontrar en los fogones, cocinando a fuego lento una sopa a base de peladuras de patatas y hojas de rábanos que luego vendía a los trabajadores de la obra a cinco centavos la escudilla (un precio más que razonable, teniendo en cuenta que les pedía el doble por utilizar el retrete del fondo del jardín).

No había duda, Estelle era digna de ser iniciada sin demora en el culto a Su Majestad. Así pues, una bella mañana y con gran misterio, Prosper la condujo hasta la capilla familiar. El que fuera el silo de las verduras había cambiado mucho en veinte años. Los antiguos cajones de hortalizas y las estanterías sobre las que en otro tiempo se alineaban los tarros de mermelada habían sido desmontados, y la madera se había reutilizado para fabricar un confesionario en el que, el primer viernes de cada mes, los Delorme pedían perdón por sus pequeños gastos. Pero era el techo el que había sufrido la transformación más espectacular: Prosper había embadurnado las monedas que tapizaban la bóveda con orín de yegua preñada, ante cuyo contacto, el cobre había adquirido una hermosa pátina cardenillo que convertía el lugar en una suerte de sepulcro decrepito. Ante este mosaico en el que el rostro de Su Majestad parecía multiplicarse al infinito, a Estelle le dio un soponcio y cayó de rodillas.

Prosper se dispuso a evangelizar a su nuera en el acto, pero no tardó en darse cuenta de que regaba sobre mojado. Mejor aún: Estelle se perfilaba como la más piadosa de los fieles por su ejemplar devoción al dinero. Y como, algún día, sería ella

la que transmitiera la fe verdadera y la palabra a sus herederos, el patriarca no dudó en convertirla en la depositaria de un secreto personal, íntimo incluso, que jamás había revelado a nadie.

Contaba entonces once años. Tras una larga jornada cosechando en el vergel, se había sentado sobre la cerca para descansar un poco antes de volver a casa. El aire era tan crudo como la carne de la manzana que se encontraba mordisqueando, y el sol poniente tenía aquella deslumbrante intensidad que lo caracteriza en el equinoccio. Al final del camino, se acercaba velozmente una carriola conducida por un hombre vestido de negro, a la moda de la ciudad. Era el doctor Simon, el nuevo médico de la parroquia. Lo esperaban desde el día antes en casa de los Deslauriers para que le amputara la pierna al pequeño Charles, aquejado de gangrena tras un accidente en la granja. Se había retrasado por un parto y ahora temía perderse por los embarullados caminos rurales y llegar demasiado tarde para salvar a su paciente.

El médico frenó bruscamente a la altura de Prosper y, sin rodeos, le pidió que le indicara el camino. El muchacho permaneció imperturbable ante aquella impaciencia un poco imperiosa y no se afanó en responder. Lo retenía una sensación familiar, una reticencia instintiva y casi irreprimible a compartir lo que le pertenecía, aunque fuera una simple información.

—¿Estas mudo? —le apremió el doctor con un nerviosismo creciente.

No había ninguna otra alma en el horizonte, Prosper era allí el único recurso. Probablemente podría sacar provecho de una situación parecida.

—Seguro que toda información tiene un precio —le dijo al médico mientras roía el corazón de su manzana.

El doctor Simon se ajustó los quevedos e inspiró profundamente. En cualquier otro momento se habría bajado de su carriola para tirarle de las orejas a aquel descarado. Pero, como cada segundo era de vital importancia, le lanzó la única moneda que encontró en el bolsillo de su chaleco y, con un chasquido del látigo, puso de nuevo a su caballo al galope en la dirección indicada por Prosper.

El chico se cuidó mucho de enseñar a sus padres el producto de su extorsión. Esperó a la noche para examinar, en la intimidad de su habitación y a la débil luz de una vela, la primera moneda que ganaba en su vida. Había sido acuñada en 1880, era de plata maciza y de un valor facial de veinticinco centavos canadienses; el anverso llevaba grabada la efigie de perfil de la reina Victoria con su diadema de gala, y el reverso una corona de hojas de arce. Prosper no había tenido jamás en sus manos algo tan valioso, y el hecho de haberse prestado a un vil tejemaneje para conseguirlo no le producía el menor remordimiento.

No tardaría en felicitarse, en cuanto la moneda comenzara a derramar sobre él la lluvia de la abundancia. Al día siguiente, efectivamente, recibió dos centavos del sacristán por ayudarlo a encontrar el cesto de las ofrendas; y, dos días más tarde, una

viuda le daría cinco más por haberle devuelto el sombrero que el viento acababa de arrebatarle. Al siguiente sábado obtuvo un precio mayor del esperado por seis pollos que fue a vender al mercado y su padre le permitió quedarse con algunos centavos de las ganancias. Y ¿qué decir de la moneda que le habían dado de más con la vuelta en el almacén general y que se embolsó sin escrúpulo alguno?

Aquel brusco viraje de la fortuna no era fortuito, fantaseaba Prosper cuando, llegada la noche, desplegaba su tesoro sobre la lona de su jergón. Colocaba entonces la gruesa moneda de plata en pleno centro, como una gallina fecunda rodeada de su pollada. El resto del tiempo la llevaba encima, a resguardo con él, y la frotaba con los dedos cada dos por tres, tanto por superstición como para asegurarse de que todavía seguía teniéndola. Así, terminó atribuyéndole el valor de un talismán, y nunca, durante medio siglo, se separó de ella, aun cuando, en las nuevas emisiones de moneda, se sucedieran otros tres soberanos.

Esta antigua moneda, con un relieve tan gastado que apenas se distinguía en ella la corona de hojas de arce y todavía menos el rostro de la reina, oscilaba ahora como un péndulo en la mano de Prosper ante los ojos de Estelle.

—Es la Pieza Madre —le dijo con solemnidad—, responsable del origen de nuestra fortuna. Genera riqueza, y al que la posea nunca le faltará dinero. Cuando yo muera, pasará al primero de mis herederos.

Aquella misma noche instaba Estelle a Louis-Dollard a propósito del deber conyugal y se sometía a él con la febril esperanza de tener un hijo; un varón, a ser posible. El acto fue rápidamente consumado. Para obtener un rendimiento óptimo con una inversión mínima de energía, Estelle llevaba la cuenta de los movimientos mientras que Louis-Dollard se ejecutaba como un revólver, con seis pequeños tiros. Este método de copulación debía de ser de una eficacia formidable, porque los recién casados pronto pudieron anunciar a Prosper que su linaje estaba asegurado.

Estelle aprovechó su estado para ralentizar sus actividades y remolonear en la cama. Al llegar el verano, adoptó la costumbre de pasar la sobremesa tumbada en el porche, con el pretexto de que el calor la indisponía. Hacia las cuatro, cuando sonaba la campanilla del vendedor de los helados, el antojo la consumía y corría al encuentro del carrito para comprarse un cucurucho napolitano (vainilla, fresa y chocolate) a cambio de cinco centavos. Lo saboreaba meciéndose, y cuando la bola comenzaba a reblandecerse, la empujaba con la lengua hacia el fondo del cono. Luego, echando la cabeza atrás, mordía la punta del cucurucho y aspiraba el helado derretido por el agujero. Como se sentía culpable de gastar un dinero ganado con tanto esfuerzo, decidió calcular cuánto iba a terminar costándole al año aquel pequeño placer. La suma final de dieciocho dólares y veinticinco centavos estuvo a punto de provocarle náuseas... Solo necesitó una pequeña extrapolación para darse cuenta de que, si seguía así hasta el día de su muerte, ¡los vendedores ambulantes serían mil dólares

más ricos gracias a ella! Renunció a los cucuruchos en el acto. A partir de ese instante, se contentaría chupando monedas.

Fue, pues, con la conciencia tranquila y el espíritu sereno como dio a luz a un niño, para gran alegría de su suegro. Ella misma le fabricó un moisés al recién nacido en el cajón de una cómoda y le confeccionó unos pañales con papel de periódico que sujetaba con pinzas de la ropa. Le daba el pecho hasta atiborrarlo de leche que el niño regurgitaba, para enseñarle el horror del desperdicio desde su más tierna infancia. Comenzó a beber esa cerveza con mucho lúpulo que llaman *porter* para estimular las glándulas mamarias. Alimentaba la esperanza de que la lactancia durase por lo menos sus cuatro buenos años para retrasar así el momento de comprar Pablum, la nueva harina milagrosa que se les daba a todos los bebés.

A los tres meses, el retoño todavía seguía sin nombre, aunque para Prosper era importante que fuera bautizado. Un hermoso domingo, mientras todos los buenos cristianos del Enclave estaban en la iglesia, el patriarca fue a buscar a los jóvenes padres y les avisó de que el ritual iba a comenzar. Estelle le respondió que el niño se encontraba listo desde el alba y bajaron todos juntos al sótano, donde Óscar les estaba esperando. La puerta de la capilla se había dejado abierta de par en par y habían encendido un cirio de sebo.

Prosper, vestido para la ocasión con su traje negro y sus botines embetunados, tomó a la criatura de los brazos de Estelle y frotó vigorosamente la punta de cada uno de los regordetes dedos del niño con la Pieza Madre, salmodiando como si fuera un conjuro:

—Por el poder de Su Majestad el rey Jorge VI, yo te bautizo con el nombre de Vincent. Que todo lo que toques, a partir de ahora, se multiplique por veinte y por cien^[3].

Estaba a punto de proceder a la bendición cuando fue interrumpido por un murmullo de voces femeninas en el porche, seguido del ruido de puertas y pasos apresurados. Levantó la cabeza justo a tiempo para ver a Mórula, Gástrula y Blástula irrumpir en la capilla. Con sus esclavinas mojadas y sus neceseres de piel de cerdo, parecían las tres brujas de *Macbeth* errando en zuecos por las landas de Forres.

—¡Nos han echado del convento! —anunció Mórula no sin un cierto orgullo.

—¡Apartadas! ¡Excomulgadas! —añadió Gástrula—. Todo porque nos hemos negado a hacer voto de pobreza y a renunciar a las obras de Su Majestad.

—Incluso la hermana tenedora nos ha tratado de herejes —dijo Blástula—. Hemos escapado por los pelos del exorcismo.

Las tres se acercaron y, con algo de insolencia, se presentaron a Estelle.

—¿Es el heredero Delorme? —preguntó Mórula inclinándose sobre Vincent.

—El único e irrepetible —respondió Estelle con un tono que dejaba muy claro que no habría ninguno más.

—No nos gustaría que un día se diluyera el patrimonio —añadió Louis-Dollard a modo de explicación.

—Tendrá los ojos del mismo verde que los billetes de banco —predijo Blástula.

—Se pondrá a la cabeza de nuestro imperio —asintió Gástrula.

—¡Será millonario! —les hizo eco Mórula.

En ese instante, una moneda de cobre se despegó del techo y cayó sobre la frente del recién nacido, que de inmediato se puso a llorar a pleno pulmón en señal de protesta. Estelle prefirió interpretar aquellos gritos de otra manera:

—¡Ya desaprueba el despilfarro! —exclamó—. ¡Qué maravilloso presagio!

El consejo de familia se reunió para decidir lo que se haría con las tres hermanas, cuyo regreso inopinado resultaba bastante engorroso para el hogar. Estelle propuso tomarlas bajo su gobierno y supervisar su trabajo. Su plan ya estaba totalmente trazado:

—Blástula se encargará de la limpieza; Mórula, de la colada y de la costura; y Gástrula, de las compras y de la cocina.

—Me parece muy bien —dijo Prosper—, pero ¿dónde van a dormir?

Entonces Óscar dio un paso al frente hacia el centro de la asamblea.

—Pueden quedarse mi habitación —le dijo a su padre—, porque yo me marchó. Creo que ya es hora de que abandone el nido. Dame solamente algo de dinero para establecerme. No pido más de lo que recibí Louis-Dollard.

—Así sea —concedió Prosper—. Ve y multiplica tus talentos.

Al día siguiente, decía adiós a su hijo pequeño. Aquella sería la última vez que se vieran, vivos o muertos.

Todas las mañanas una horda de jóvenes charlatanes, algunos en bicicleta, otros tirando de un pequeño carrito, toma nuestra calle por asalto y lanza sobre la escalinata de cada casa un ejemplar del *Star*, de *La Patrie* o de *La Gazette*. Sin embargo, pasan directamente delante de mí sin detenerse nunca, pues ¿por qué iban los Delorme a desembolsar diez centavos por unas noticias que al día siguiente habrán caducado? Cuando Louis-Dollard quiere consultar los resultados de las carreras, se levanta al amanecer y va a merodear de puntillas por los descansillos de su inmueble, donde espulga gratuitamente los ejemplares de sus inquilinas. Esta mañana, Penny Sterling lo ha pillado en flagrante delito delante de su puerta, con la nariz hundida en la sección de deportes de *La Presse*.

—Entregaron su periódico en nuestra casa por error —dijo este para salvar el tipo—. He venido a traérselo.

—Es usted muy amable —respondió Penny recibiendo el amasijo de hojas arrugadas—. Si quiere puedo darle las páginas de la sección de deportes. Yo nunca las leo. Y, ya puestos, tome también el *Weekly Post*, que lo he acabado.

Todos los vecinos del Enclave leen el *Weekly Post*, nuestro semanario local. Así se mantienen informados de los proyectos de nuestro buen alcalde, de los nuevos reglamentos municipales, de los robos que han sido perpetrados en casas particulares, de las actividades del centro recreativo y de las últimas adquisiciones de la biblioteca. La publicación está abundantemente ilustrada con fotos de celebraciones de bodas, de las victorias de nuestros equipos deportivos, de la llegada de la duquesa del carnaval al estadio, del desfile de verano por el parque Connaught, de la ceremonia del Armisticio en el cenotafio... También publica la lista de las casas que nuestros agentes inmobiliarios sacan al mercado, y numerosos anuncios.

Hoy, un reclamo a toda página anuncia la gran inauguración del nuevo centro comercial que han construido allí donde, hasta hace muy poco, se levantaba el pabellón de nuestro añorado club de golf. Desde mi tejado he asistido a la obra con interés. He visto a los trabajadores abatir sauces centenarios, excavar fosas enormes y hundir en ellas los cimientos de unas paredes revestidas de ladrillos barnizados de un hermoso azul de ultramar, sobre los que, finalmente, se han colgado las insignias de los treinta y siete comercios que han venido a instalarse en el edificio. Tiendas de ropa, de lencería o de zapatos, joyerías, mercerías, peluquerías, restaurantes, panaderías, chocolaterías, floristerías, estancos, ferreterías, librerías, farmacias, bancos, tiendas de juguetes, de música o de artículos de deporte, una sala de culturismo... El periódico da una lista detallada, así como el horario de las actividades del día.

Cuando Louis-Dollard vuelve a casa, va directo al comedor y se apresura a enseñarle la página del anuncio a su mujer, que se ha demorado en la mesa del desayuno recogiendo del mantel las migas de los biscotes con las pinzas del azucarero; migas que se guardan meticulosamente en un bote de metal y que servirán, en cuanto haya una cantidad suficiente, como pan rallado o para un pudín.

—El centro comercial abre sus puertas dentro de un rato. ¿Está lista mi hermana? La señorita Sterling la ha citado a las doce en punto delante de las fuentes.

—Ya la he mandado a vestirse —responde Estelle—. No te olvides de darle algo de dinero por si van a un restaurante.

—Entre tú y yo, ¿crees que Blástula será una buena espía?

Sin soltar las pinzas del azúcar, Estelle lo tranquiliza:

—Lo que es seguro es que no puede ser peor que Mórula.

Sobre este punto yo no estaría tan segura.

La mugre que muestra el microscopio de Blástula esta mañana al aumentar cuatrocientas veces los roídos bordes de sus uñas se asemeja a horribles insectos negros, tan relucientes como peludos, congelados en contorsiones obscenas. Es la suciedad que probablemente se le pegó hace un rato, mientras contaba las monedas de su monedero. No hay nada más mugriento que el dinero, ella lo sabe muy bien. Lo peor son las monedas perdidas que recoge de las aceras, de la cuneta, de los bancos de los parques o de las cazoletas de las cabinas telefónicas, y que guarda con la esperanza de comprarse algún día un microscopio todavía más potente, capaz de revelarle en todo su horror estreptococos, estafilococos, neumococos, bacilos, treponemas, espirilos, aspergillus y otros tipos de mohos.

Sin embargo, se ha lavado las manos meticulosamente con jabón Cuticura justo después de tocar el dinero. Este famoso antiséptico, fabricado por la casa Potter, contiene dos ingredientes medicamentosos, el triclocarbán y el azul de Prusia, que eliminan el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de los hongos y las bacterias. Una plétora de gérmenes patógenos se ha escapado probablemente a la tentativa de esterilización, y estos, aliados de la onicofagia, corren el riesgo de provocarle aftas, panadizo, micosis y psoriasis ungular. Porque Blástula alimenta, desde su infancia, la detestable costumbre de la que nunca ha conseguido zafarse de llevarse las manos a la boca sin cesar. Se come las uñas hasta la pulpa, se roe las cutículas, se mordisquea el pliegue interdigital del pulgar y del índice, y le gustaría poder hacerlo de manera segura.

De toda la familia, nadie es tan quisquilloso como ella en materia de higiene corporal. Tampoco nadie cuida menos su aspecto físico. Se viste cada día con el mismo atuendo estafalario: un pantalón *fuseau* negro y un jersey de cuello vuelto blanco que provienen de la colección de chicos de un catálogo de venta por correspondencia, al igual que sus zapatos de suela de goma. No tiene joyas, ni pañuelos ni ningún otro complemento. Nunca se ha maquillado. Lleva el pelo recogido. Que haya sido ella, de las tres hermanas, la elegida por Estelle para asistir al desfile de moda en el que participará Penny Sterling desafía cualquier entendimiento, porque Blástula es, sin lugar a dudas, la más improbable y la menos

adecuada de las candidatas para esta misión altamente femenina. Resumiendo, habría sido más apropiado enviarla a que se entrenara a la sala de culturismo Vic Tanny.

Al verla hoy con las manos enfundadas en unos guantes blancos, se estaría tentado de creer que se trata de una importante concesión a la elegancia. Pero nada más alejado de la realidad: los guantes son para preservarle las manos en caso de que detecte, de camino al centro comercial, el brillo cobrizo de un centavo extraviado. Camina, pues, lentamente, y se entretiene en el paso a nivel, ahí donde los jóvenes delincuentes del Enclave acuden a tirar petardos por la noche. Rebusca entre la maleza pero solo encuentra envoltorios de goma de mascar, pañuelos sucios, tiritas usadas, palitos de polos y chapas herrumbrosas de botella.

De repente, las notas discordantes de una fanfarria la llaman al orden. El cielo, que por la mañana estaba nublado, se ha despejado, y bajo su bóveda se escapa un vuelo de globos rojos y azules. En el centro, las festividades acaban de empezar, y Blástula aprieta el paso.

Cuando alcanza la entrada, el aparcamiento está atestado de gente y los curiosos se apelotonan en torno a las puertas giratorias del centro comercial Morgan. Mientras que los niños en sus carros reclaman a voz en grito que los lleven a ver los juguetes a Fernley o al gran tobogán que ha montado el vendedor de zapatos Brown, los hombres corren a refugiarse en el estanco y en DeSerres, la tienda de deportes, o se quedan hipnotizados delante de los escaparates de la corsetería Brière. Una elegante multitud se apiña bajo las arcadas del patio central, donde se ha levantado una gran pasarela para el desfile de moda que está a punto a comenzar. Dos damas muy distinguidas han venido desde muy lejos, de Roxboro^[4], para asistir al evento. Después de probar el micro, la presentadora pide silencio y señala que los vestidos que van a desfilan han sido desinteresadamente prestados por las *boutiques* Dobridge y Lindor. Los altavoces empiezan entonces a escupir una música con tintes de jazz y, sin más preámbulos, aparecen las primeras modelos. Caminan apoyando la punta del pie antes que el talón, con la cabeza erguida y la mirada perdida. Algunas llevan trajes sastre ajustados, de azafatas de vuelo; otras, vestiditos de verano tocados con boleros. Los guantes de cabritilla les suben hasta los codos y sus pamelas son tan anchas que podrían servirles de paraguas. Ninguna de ellas suscita tantos aplausos, sin embargo, como Penny Sterling, vestida con un pantalón capri de vichí y una camisa anudada bajo el pecho.

—Este modelo es un poco demasiado revelador para mi gusto —declara una de las damas de Roxboro—. Pero a la modelo que lo lleva le sienta de ensueño.

—Tiene una silueta ideal —asiente su madre—. Cualquiera cosa le cae de maravilla con semejante percha.

Blástula ya ha visto y oído suficiente. Elige este momento para escaquearse deslizándose entre el gentío hasta llegar a las fuentes, donde los curiosos se han acercado a tirar monedas por superstición. Hay ya tantas monedas negras en las pilas que casi no se distinguen los mosaicos del fondo. Blástula se acerca al brocal sin

importarle que la salpiquen los grandes chorros de agua, e intenta calcular la cifra de esta escandalosa prodigalidad. Sus ojos se detienen bruscamente sobre un reflejo brillante; un reflejo, no ya de cobre, ni siquiera de níquel, ¡sino de plata! Inmediatamente le afluye a la boca un oleaje de saliva tan abundante que no es capaz de tragar.

Suenan las doce en los campanarios de las dos iglesias católicas del Enclave. Sobre la pasarela, la presentadora acaba de anunciar el final del desfile, y la multitud comienza a dispersarse. Blástula no tiene un segundo que perder. Echa un rápido vistazo a su alrededor y, una vez segura de que nadie la observa, sumerge la mano enguantada en el agua de la fuente con una mueca de disgusto ante la idea de la fauna bacteriana que debe de proliferar allí. Trata de atrapar la pieza de diez centavos lo más discretamente que puede, pero el guante limita su destreza, y la moneda, cual pez plateado, colea y se le escurre entre los dedos. Blástula se inclina sobre el brocal, aun a riesgo de caerse al agua contaminada. Ya casi está, casi la tiene...

Es en ese momento cuando una voz la interpela y le hace dar un respingo.

—¿Se le ha perdido algo?

Gracias a Dios que no es un vigilante, sino únicamente la señorita Sterling, que se disculpa por llegar con algo de retraso a su cita. Le ha dado tiempo de cambiarse y de ponerse una falda acampanada con una blusa blanca con escote, pero no de desmaquillarse. Sus pestañas están orladas de máscara, sus labios son de un rojo apetitoso. Lleva la tupida cabellera castaña sujeta por unas lentes ahumadas. Avergonzada por haber sido pillada con la mano en el agua, Blástula se quita el guante y trata de escurrirlo como puede.

—Venga, vayamos a comer —propone Penny cuando la otra se pone a agitar el guante a los cuatro vientos para que se seque—. Debe de estar muerta de hambre.

En lugar de ir a sentarse a la barra de la tienda Woolworth con el resto del populacho, entran, por insistencia de Penny, en el restaurante superchic Les Cascades, cuyos grandes ventanales quedan justo sobre las fuentes. El lugar está ya atiborrado, y el *maître*, con un gran despliegue de saludos obsequiosos, las conduce a la última mesa que queda libre, justo delante de un fresco mural decorado con purpurina de tonos acuáticos. En el ambiente flota el pesado perfume de freón que emana de los aparatos de aire acondicionado. Blástula, que nunca ha puesto los pies en un restaurante, no entiende la mitad de los términos de la carta; los precios le parecen exorbitados y le preocupa no tener suficiente dinero para pagar la cuenta. Por fortuna, su compañera elige el menú degustación a dos dólares con sesenta, y ella se apresura a pedir lo mismo. La camarera no tarda en traerles una taza de caldo de almejas acompañada de dos galletitas saladas envueltas individualmente en papel celofán, seguida de un filete empanado de eglefino con salsa tártara y, de postre, una porción de tarta de coco recubierta de merengue.

Después de la comida, mientras Blástula sorbe su té (*orange pekoe*, marca Salada, de primera calidad), Penny se inclina sobre ella y le dice, en tono de confianza:

—Espero que no encuentre mi observación fuera de lugar, pero me parece que tiene las manos muy rojas e irritadas.

—No hay nada que hacer... Me paso el día con ellas metidas en lejía y solo las saco para fregar el suelo con Old Dutch.

—¡Pero ese polvo es muy abrasivo! ¡Está hecho con piedra pómez extraída del desierto de Mojave, en California!

—Cuando termino de limpiar todavía tengo que frotarme las manos con Cuticura para desinfectarlas.

—Seguro que tiene dermatitis. Era un problema bastante frecuente entre las enfermeras que trabajaban en quirófano. Todas tenían la epidermis roída por los antisépticos.

»El gran cirujano Halsted —cuenta Penny—, del hospital Johns Hopkins de Baltimore, inventó para ellas los guantes de caucho. Encargó su producción a Goodyear, que vulcanizaba el látex con azufre, un proceso que garantiza una perfecta impermeabilidad contra cualquier tipo de contaminación.

»Se alegrará de saber, señorita Delorme, que la marca Playtex acaba de sacar al mercado unos guantes de caucho especialmente concebidos para limpiar y fregar, y que incluso permiten atrapar una moneda de diez centavos. ¡Si nos fiamos de lo que dice la publicidad, claro!

—¿Y dónde los venden?

—En Woolworth, y solo cuestan un dólar treinta y nueve el par.

A Blástula se le iluminan los ojos de la codicia y se levanta de un salto.

—Pues no sigamos perdiendo el tiempo aquí.

Tiene tanta prisa que deja a Penny al cuidado de la cuenta. A modo de propina, abandona sobre el mantel su empapado guante de algodón blanco.

Quince minutos más tarde, Blástula sale de Woolworth luciendo unos guantes de un amarillo canario resplandeciente; más contenta todavía si cabe porque no los ha pagado ella, pues Penny se los ha regalado muy amablemente. Se dirige hacia las fuentes, impaciente por poner a prueba la impermeabilidad del caucho. Pero el rostro se le descompone cuando, tras rebuscar en el fondo de la pila, solo encuentra centavos negros. No le cabe la menor duda: ¡un salteador de caminos le ha mangado su moneda de plata! Y, para colmo, oye tras ella a Penny, que exclama:

—¡Debe de ser mi día de suerte! ¡Acabo de encontrarme diez centavos en el suelo!

La joven le da la vuelta a la brillante moneda en la palma de la mano, exponiendo las imágenes en relieve cuyos detalles Blástula se sabe de memoria, por haberlos examinado innumerables veces con el microscopio, tanto por la cruz como por la cara: primero el augusto perfil de Su Majestad Isabel II, luego el del velero *Bluenose*,

grabado por el medallero Emanuel Otto Hahn, que diseñó igualmente el caribú de las piezas de veinticinco centavos y los dos hombres en una canoa de las de un dólar.

Blástula habría querido arrancarle la moneda de la mano en ese mismo momento, encerrarla en su propio puño, sujetarla fuertemente cerca del corazón. Mira a Penny como si la otra acabara de robarle algo que le pertenece, y por poco no se quita los guantes para morderse las uñas de indignación.

—Tiene usted muy mala cara —dice Penny.

A Blástula no le queda más remedio que admitir que esta jornada rica en emociones la ha dejado un poco exhausta.

—No pasa nada, señorita Delorme. Sé lo que necesita para animarse.

Sin más explicaciones, la lleva al otro extremo del centro comercial y, tras dirigirle un guiño de complicidad, empuja la puerta de la chocolatería.

—Sígame —dice al entrar—. ¡Vamos a darnos un homenaje con este dinero que nos ha caído del cielo!

Blástula, que los únicos dulces que ha probado nunca son las infectas *poissons rouge*, unas gominolas picantes con sabor a canela y forma de pececitos rojos, se ve asaltada por una bocanada de efluvios exóticos y apetecibles: mantequilla de cacao y crema de naranja, guindas al marrasquino y nueces de Brasil, turrón y dulces de fruta escarchada. Tras el mostrador acristalado, una vendedora muy amable le ofrece a Penny un surtido de pastelitos, «los preferidos de las damas», pero esta no se deja tentar.

—No, no, ¡lo que queremos es *sucre à la crème*^[5]!

La vendedora utiliza unas pequeñas pinzas doradas para atrapar dos cuadraditos. Envuelve cada uno de los dulces en papel celofán y los deposita sobre el mostrador. Blástula sufre una última punzada en el corazón cuando la moneda de plata (¡su moneda!) desaparece en la caja registradora.

Apenas salen de la chocolatería, Blástula rompe el envoltorio y devora el bocadito de azúcar a la crema con extrema delectación. Penny examina el suyo durante largo rato y bajo todos los ángulos. Ella sabe de azúcar a la crema, le explica: a su difunta madre le salía excelente. Solamente utilizaba nata con un treinta y cinco por ciento de materia grasa y verdadero azúcar de arce. El resultado era de un amarillo muy pálido, más suave que una caricia y más untuoso que un sueño.

—El color de este es demasiado rojizo —sentencia con tono severo—, y el olor no me convence nada. No es el de la vainilla natural, sino el de una burda imitación, esencia de clavo.

Muerde su bocadito con el filo de los dientes y enseguida esgrime una mueca.

—Mantequilla y vulgar azúcar moreno... ¡Qué decepción!

—Nunca hay que fiarse de las imitaciones —balbucea Blástula sin empatía ninguna.

—Daría lo que fuera por volver a probar el azúcar a la crema de mi madre —dice Penny con un pesado suspiro de nostalgia—. Vamos, volvamos a casa.

Tira el resto del dulce al suelo y se aleja marcando el paso. Antes de seguirla, Blástula chasquea los dedos enguantados en amarillo, recoge el trozo empezado y lo desliza discretamente en su monedero.

Cuando llega aquí, sube corriendo a su habitación, limpia el dulce con alcohol y le saca brillo hasta que reluce como una moneda nueva. A continuación extrae una muestra y la observa al microscopio. Una vez segura de que el cuadradito de azúcar a la crema está perfectamente esterilizado, se lo lleva a Estelle.

—Toma —le dice—. Si quieres cazar a tu mosca, con esto la atraerás seguro.

Si fuera verdad que el tiempo es oro, como afirma Benjamin Franklin en sus *Consejos a un joven artesano*, Óscar Delorme habría sido multimillonario. Y es que, decidido a sacarle provecho a algunos rudimentos de relojería que había adquirido desmontando y volviendo a montar el mecanismo de un reloj de pulsera, abrió una joyería con el peculio que le había entregado su padre. Desgraciadamente, no había heredado el olfato de su familia para los negocios. En lugar de establecerse como Dios manda en un gran bulevar, fue a exiliarse, justo cuando la crisis estaba en pleno apogeo, al barrio obrero de Rosemont.

La tienda, afincada en el edificio de la Banca Laurentina, en la esquina de la 7.^a Avenida con la calle Masson, compartía entrada con el estudio de un fotógrafo. Óscar no escatimó en gastos para que rivalizara en lujo con los comercios más importantes del centro de Montreal: paredes cubiertas de espejos, araña de cristal, cortinas de terciopelo granate y alzapaños bordados con sus iniciales, y expositores de roble macizo en los que se alineaban collares de perlas, pulseras, cadenas de oro, anillos engastados de diamantes y otras pedrerías, así como una amplia oferta de relojes de muñeca, de péndulo, monturas de gafas y piezas de orfebrería.

El nuevo comerciante estaba tan orgulloso de su tienda que, la mañana de la inauguración, quiso que lo fotografiasen delante del escaparate, donde estaba escrito, en letra cursiva plateada: Óscar Delorme, relojero y joyero. Tuvo que esperar un poco, sin embargo, porque su vecino ya estaba ocupado sacando el retrato de una joven, y la sesión iba para largo. De hecho, la interesada había pedido que tomaran de ella dos fotografías diferentes: la primera estaba destinada a un pretendiente al que le gustaba verla con el cabello recogido en un moño; la segunda, a otro que lo prefería trenzado. La muchacha posaba delante de una tela que simulaba el fondo de un parque, sentada en un banco de mimbre de jardín que compartía con una ardilla disecada. A Óscar le parecía que estaba para comérsela, y se divertía viendo cómo fingía regañar al animalillo. Los ojos de la joven parpadeaban sin cesar en su dirección y, cada vez que le sonreía, el relojero sentía una emoción indescriptible. Al cabo de un cuarto de hora de aquel cortejo, el fotógrafo, exasperado, les propuso posar juntos, lo cual aceptaron sin dudarlos. Una vez delante del objetivo, ambos permanecieron inmóviles, sosteniéndose la mirada y con los dedos entrelazados, incluso mucho tiempo después de que saliera volando el pajarito.

Gisèle estaba lejos de ser tan buen partido como Estelle. Provenía de una familia modesta, y su padre, viajante comercial, había dilapidado los ahorros familiares con una querida a la que mantenía y que vivía en la parte baja de la ciudad. Se había visto obligada a dejar el colegio muy pronto para ganarse la vida, trabajando primero para un fabricante de muñecas de trapo y a continuación en una manufactura de sombreros, donde comenzó como aprendiz antes de convertirse en modista. Poco inclinada a las tareas domésticas, poseía un único talento: preparar azúcar a la crema. Una vez por semana, acudía al mercado del Norte a comprar nata doble, un producto difícil de encontrar que los granjeros reservaban para sus mejores clientes y que había

que sacarles con gran despliegue de súplicas. Cuando llegaba a casa, vertía un cuartillo en un gran caldero junto con cuatro tazas de azúcar de arce rallado y una cucharadita de bicarbonato sódico, y lo llevaba a ebullición hasta que la mezcla, aireada con la espumadera, empezaba a formar unas gruesas bolas bien definidas. Le añadía entonces un tapón de esencia de vainilla, una nuez de mantequilla y una pizca de sal, y batía el conjunto vigorosamente con una cuchara de palo. Pero no más de cuarenta batidas, según la receta secreta transmitida en su familia de madre a hija desde hacía cuatro generaciones.

De todos los dulces, el azúcar a la crema es el que exige una preparación más precisa: un segundo de menos en la cocción impide que cristalice, pero un segundo de más al fuego da como resultado una pasta grumosa. Por eso es por lo que, a lo largo de los años, la receta original, garabateada sobre una hoja de papel cuadriculado, había sido rectificada, mejorada y abundantemente anotada hasta convertirse en un plano erudito y complejo que permitía alcanzar la perfección con toda seguridad. Hasta que el azúcar a la crema no obtenía su consistencia ideal, no podía extenderse sobre una fuente y cortarse en cuadraditos, que serían dispuestos, en el momento de servirse, sobre una compotera de opalina.

Con dicho dulce deleitó Gisèle a Óscar a lo largo de los dos meses que duró su noviazgo. Durante sus conversaciones a corazón abierto, este último se cuidaba mucho de darle demasiados detalles sobre su familia y el extraño culto que practicaban, mencionando únicamente, de pasada, que no había nada que venerasen tanto como el dinero. Y para demostrarle que él difería de su clan, eligió para su prometida, como prueba de amor y reconocimiento, la sortija de diamantes más hermosa de su colección (un brillante de treinta puntos, acompañado de dos *baguettes* sobre montura catedral de filigrana de oro blanco) y la desposó sin exigir dote ni ajuar algunos.

Los recién casados se instalaron en la vivienda situada justo encima de la joyería. Sin embargo, la felicidad perfecta que habían empezado a tejer se ensombreció rápidamente, porque los negocios no iban bien. Con la crisis, las fábricas del barrio funcionaban al ralentí y la mayoría de los obreros se encontró en la calle. Las familias, que tenían lo justo para alimentarse, obviamente no poseían los medios suficientes para regalarse un reloj de pulsera por el cumpleaños; ni siquiera una cruz de plata por la primera comunión. Óscar tuvo entonces la idea de ofrecer revisiones de la vista gratis para atraer a los clientes, y es cierto que empezaron a entrar más en la joyería, pero, si se quedaban a admirar la mercancía era por ociosidad, y, cuando se marchaban con las manos vacías, la caja también lo estaba.

Un día entró en la tienda un hombre bien vestido de andares soberbios. Era Louis-Dollard, que, por órdenes de Estelle, había ido para gorronear todo lo que pudiera llevarse. Delante de tanto oro y platería tan ostentosamente dispuestos, tuvo la certidumbre de que su hermano había perdido la cabeza, y no se sorprendió cuando este le confesó que los negocios iban de mal en peor. Óscar, por si fuera poco, pronto

tendría otra boca que alimentar, porque Gisèle esperaba un bebé para antes de Año Nuevo.

—Déjame ayudarte —dijo Louis-Dollard sacando su billetera con magnanimidad—. ¿Cuánto pides por ese péndulo con campana de cristal?

Le había llamado la atención la inscripción en letras doradas que figuraba en la esfera: «El tiempo es oro».

—Cuarenta dólares —respondió su hermano.

—¿Por qué cuesta tan caro?

—Es un reloj aniversario, solo hay que darle cuerda una vez al año.

—¿De verdad? ¡Qué extraordinario ahorro de tiempo y energía! Si me haces un precio de familia, digamos..., diez dólares, me lo llevo.

Aquel regateo ofendió a Gisèle, que vio en ello, con toda la razón, una forma odiosa de abusar de lo precario de su situación. Antes de que Óscar estuviera tentado de acceder, se lo llevó a la trastienda.

—¡Este péndulo ha sido fabricado en la Selva Negra! —le reconvino—. Ni hablar de venderlo por debajo de su precio real.

Su marido, sin embargo, arguyó que necesitaban dinero con urgencia, y que sería hartamente temerario escupir sobre diez dólares al contado.

Era la primera vez desde que se conocían que Óscar y Gisèle disientían en algo, y no fue sino al cabo de una larga discusión cuando consiguieron ponerse de acuerdo en una reducción del cincuenta por ciento. Pero, al volver a la tienda para anunciar su decisión, Louis-Dollard se había largado llevándose el péndulo con él. En su lugar, sobre el mostrador, encontraron un mísero billete de cinco dólares.

Aquel robo descarado no solo asestaría el golpe definitivo a una honrada carrera de comerciante, sino que consumaría una traición fraterna a la que Óscar no iba a conseguir sobreponerse jamás.

Con la llegada del invierno, los acreedores, que hasta entonces se habían mostrado pacientes, se pusieron más nerviosos y empezaron a reclamar lo que se les debía con gran hostigamiento, amenazas e intimidación. Para pagarles, a Óscar no le quedó otra opción que cerrar la tienda y empeñar toda su mercancía en un prestamista judío del bulevar Saint-Laurent. Salió de la tienducha polvorienta con los bolsillos llenos de dinero, pero en un estado tal de abatimiento que dejó que el viento guiara sus pasos y se encontró de pronto en pleno corazón del barrio chino sin saber demasiado bien cómo había llegado hasta allí.

Muerto de frío, entró a calentarse en uno de esos restaurantes repletos de humo donde los clientes se reúnen en torno a unas grandes mesas redondas para mascar patas de gallina y escupen los huesos sobre el serrín del suelo. Era el único blanco del establecimiento y lo observaron con atención. Como el camarero solo hablaba chino, Óscar señaló con el dedo algunos platos de la carta. Le trajeron un bol de sopa de

fideos que confundió con nidos de golondrinas, tiras de una carne indeterminada bañadas en una salsa negra, arroz al vapor, así como unas verduras de un verde brillante que le costó enormemente atrapar con los palillos de marfil que le ofrecieron como cubiertos. Estaba bebiéndose el té cuando se dio cuenta de que apenas le quedaban cigarrillos. Llamó entonces al camarero, e imitó los gestos del fumador. El otro puso cara de haber entendido y le indicó discretamente con el dedo una abertura al fondo de la sala.

Óscar no había nacido ayer. Sabía muy bien lo que se escondía tras la cortina de cuentas. ¿Por qué, en lugar de sacar del error al camarero, se dirigiría con determinación hacia la estrecha escalera que llevaba al sótano? ¿Por qué se rebajaría al nivel de todos aquellos opiómanos, hombres y mujeres, que abandonaban sus consciencias bajo el umbral del fumadero y se hundían durante unas horas en el olvido? Sin duda, para aletargar la desesperación. Pero también para adormecer aquel sentimiento de fracaso que, con la voz de su padre, lo denigraba sin piedad cada vez que se comparaba con su hermano mayor, y contra el cual ni siquiera el escudo infranqueable del amor conyugal ofrecía protección.

Avanzando a tientas por el sótano oscuro, se dejó caer en el primer colchón que vio y se abandonó por completo en manos de la vieja china que preparaba las pipas al son de unas palabras incomprensibles. Poco le faltó para arrebujarse contra su seno, todavía más marchito que la seda azul de la chaqueta que llevaba. Se contentó con pegar los labios a la boquilla de la pesada pipa, sujetando cuidadosamente la cazoleta por encima de la lámpara, mientras aspiraba en pequeñas bocanadas los hilos del humo todavía ardiente. Se hundió sin resistirse en el suave plumón del opio, y fue esa sensación de desfallecimiento, más que el deslumbramiento de los sentidos, lo que quiso volver a encontrar en cuanto el efecto se hubo disipado.

A Óscar no le quedaba más que una única manera de asegurar la subsistencia de su familia: volver al Enclave y expiar su fracaso poniendo su sudor y su capacidad de trabajo al servicio de su hermano. Sin embargo, no dejaba de retrasar el momento, esperando encontrarse realmente al límite para afrontar la peor de las humillaciones. Ahora se ausentaba del hogar durante largas jornadas y, cuando volvía por la noche, se mostraba letárgico y distraído. Durante la cena apenas comía, y daba pena ver su delgada figura. Nunca contaba dónde había estado y, ante las preguntas insistentes de su esposa, respondía simplemente que «de paseo».

Todo apuntaba a que se gastaba el dinero destinado al hogar, porque la reserva, guardada en los compartimentos de una caja de caudales de metal negro lacado, con motivos en rojo y oro, disminuía mucho más rápido de lo que Gisèle la usaba. Ella, que siempre había tenido una fe ciega en su marido, de la noche a la mañana empezó a rebuscarle en los bolsillos, con la desconfianza alerta. No encontró dinero, pero en cambio dio con un estuche rígido de forma oblonga, demasiado estrecho para

contener unas gafas. En el interior reposaba, acomodada sobre un lecho de terciopelo esmeralda, una jeringa graduada de cristal con una aguja hipodérmica en la punta.

Demasiado estupefacta por este descubrimiento como para encararse con su marido, Gisèle no durmió en toda la noche. Y la inquietud que sentía alcanzó su paroxismo a la mañana siguiente, cuando llamaron a la puerta dos orientales vestidos con sombreros de ala demasiado ancha, redingotes demasiado largos y pantalones demasiado grandes, contra los cuales batían sendas cadenas de reloj que les llegaban hasta las rodillas. En el rostro esgrimían la falsa sonrisa del que disimula un puñal detrás de la espalda. Instintivamente, Gisèle cruzó los brazos ante su vientre abultado e hizo comprender a los chinos con un movimiento de cabeza que su marido había salido. Estos le tendieron un saquito cerrado con un cordoncillo firmemente anudado y le pidieron, en un burdo inglés, que se lo entregara a Óscar.

Cuando Gisèle cerró la puerta, un pérfido miedo arraigó en lo más profundo de su corazón, allá donde, hasta entonces, se había sentido segura. Se echó a temblar al advertir que el sobre era lo suficientemente grande como para contener un dedo o una oreja. Pero, cuando lo abrió, solamente encontró dentro un polvo blanco.

—Al menos —se dijo— se ha resuelto el misterio de la jeringa.

A su regreso, Óscar comenzó por negar que conociera a los chinos para terminar confesándolo todo. De un tirón, admitió que había cogido la costumbre de pincharse morfina; que la droga lo tenía aferrado con puño de acero y que además le había diezmado la salud, pues desde hacía poco escupía bastante sangre. Un médico acababa de confirmarle el peor de sus miedos, que había contraído un tipo muy virulento de tuberculosis. La enfermedad era incurable.

Con el anuncio de la muerte inminente de aquel a quien más amaba en el mundo, Gisèle sintió que su vida se desmoronaba. Sin embargo, encontró fuerzas para que no se le notara, para no agobiarlo más. Los días de Óscar estaban contados, y le quedaban tan pocos... ¿Cómo habría podido enfadarse con él por haber tratado por todos los medios de aligerar su sufrimiento y de olvidarse de que pronto abandonaría este mundo, dejando tras él a una mujer y a un huérfano sin recursos? Le dio entonces el saquito de morfina y le dijo:

—Ve a preparar tu inyección. A partir de ahora ya no necesitas avergonzarte ni esconderte.

Óscar pronto se encontró demasiado débil para levantarse. Había perdido todo el apetito. Lo único que conseguía tragar era una pizca de azúcar a la crema de cuando en cuando. Se pasaba los días en un estado de estupor tal que apenas reaccionó cuando Gisèle, al final de un largo parto, le presentó a su hijo. La joven madre no tenía a nadie más con quien contar. Desesperada como estaba, escribió una larga carta a su suegro para anunciarle el nacimiento del pequeño Philippe e informarle del estado de salud de Óscar, apremiándole a que acudiera sin demora si quería verlo por

última vez. Era incapaz de pensar que este fuera a hacer oídos sordos a su llamada y esperaba que su visita trajera consigo al menos algún tipo de ayuda financiera, si no un consuelo moral. Pero pasaron los días y la espera resultó en vano.

Para su decepción, fue Estelle quien se presentó en la casa una mañana. La invitó, no obstante, a entrar. Su cuñada se dignó quitarse las botas de goma pero se dejó puestos el abrigo y la estola gris que llevaba, confeccionada por ella misma con la piel de los imprudentes ratones que habían caído en sus trampas; además de que hacía mucho frío en la vivienda, esperaba no quedarse allí más de lo necesario. Traía una carta del patriarca Delorme, que no podía desplazarse desde que sufriera una insuficiencia cardíaca en el banco.

—Se lo encontraron inconsciente en el suelo de la sala de las cajas de seguridad —le contó—, y cuando recobró el conocimiento tenía un lado del cuerpo paralizado. Lo llevaron a casa en ambulancia y, desde entonces, no se ha levantado de la cama.

Sin preguntar siquiera por el moribundo, recorrió el salón, palpando el papel de las paredes y percatándose de las alfombras de fieltro.

—Vendiendo todo esto tendrías dinero de sobra para pagar el entierro —dijo a Gisèle—. Ante todo, te aviso para que no esperes ayuda de la familia. Puede que lleves nuestro nombre, pero nunca serás para nosotros nada más que una extraña.

Dio unos pasos hasta el moisés, se inclinó sobre el bebé dormido y acercó las manos a su carita, como si fuera a estrangularlo.

—Así que este es el nuevo heredero... La verdad es que no tiene nada de Delorme, es tu vivo retrato. —Y añadió en un tono que no admitía réplica—: Ve a llevarle la carta a tu marido. No te preocupes, que yo me ocuparé del pequeño.

En otras circunstancias más favorables, Gisèle la habría expulsado sobre la marcha cerrándole la puerta en las narices con ostentación. Pero prefirió correr un tupido velo y darle prioridad a lo más urgente.

Estaba claro que si Estelle se había prestado voluntaria para venir a visitar a su cuñado moribundo no era por la bondad de su corazón. En realidad, esperaba arramblar con algún otro reloj aniversario que hiciera juego con el que Louis-Dollard había obtenido a tan buen precio, o incluso con una pieza de orfebrería que hubiera escapado de la quiebra de la joyería. Por eso abandonó el moisés en cuanto Gisèle se hubo introducido en la habitación de Óscar y se puso a rebuscar en la vivienda. Aunque no halló ningún péndulo, encontró sin embargo algo casi igual de atractivo sobre la mesa de la cocina: una compotera de opalina repleta de pequeños cuadraditos de un aroma divino.

Las monedas de cinco centavos que Estelle chupaba todas las sobremesas a guisa de colación estaban lejos de haber saciado su gusto por las golosinas. Todavía soñaba con los helados, y nunca dejaba pasar la ocasión de mojar el pan en la melaza o el sirope de maíz ni de masticar largo rato la cera de un panel de miel. Ninguna de estas delicias, no obstante, la habían preparado para el azúcar a la crema de Gisèle. En cuanto se colocó un trocito sobre la lengua, la sacudió una emoción tan violenta que

hubo de sentarse y, a pesar suyo, se le escapó un gemido de placer. Con los ojos en blanco, se echó al hocico cuadradito tras cuadradito sin tomarse el tiempo de degustarlos, y con tanta avidez que terminó vaciando la fuente entera.

«¿Seguro que no quedan más?», se preguntó paseando la mirada por la cocina, que Gisèle no había tenido tiempo de recoger. El gran caldero todavía andaba sobre los fogones, con la cuchara de palo. Sobre la encimera, entre el bote de nata vacío y el frasco de vainilla, había una hoja de papel cuadriculado, amarillenta y manchada, cubierta de escrituras alambicadas que le parecieron a Estelle de un hermetismo alquímico. Algunas palabras descifradas al azar, sin embargo, le bastaron para comprender que tenía en sus manos la preciada receta del azúcar a la crema.

Sintió al instante una biliosa bocanada de envidia ante la idea de la felicidad que aquella receta habría procurado a lo largo de los años, y sufrió un acceso de celos de solo pensar que otras personas ajenas a ella pudieran aprovecharla. Con la misma animosidad que ponía en arrancar la última página de los libros de la biblioteca para arruinarles el placer a los demás lectores, su primer impulso fue el de romper la receta. Pero, pensándose mejor, decidió que sería más inteligente conservarla. Plegó la hoja en cuatro, la deslizó en el bolsillo de su estola de ratón y se esfumó de la vivienda sin hacer ruido.

La carta que Prosper había escrito con mano temblorosa a su hijo Óscar comenzaba así:

Faltan solo ocho semanas para la fiesta de la Reina, lo cual significa que aquellos que no estén en regla con los mandamientos de Su Majestad añadirán un pecado mortal más a su conciencia. Me tienes preocupado, mi pobre niño. No puedo creer que vayas a acabar condenado como los réprobos. Arrepiéntete antes de que sea demasiado tarde. No hay que hacerse ilusiones, estás muy enfermo y la muerte te acecha. Reza con ardor y no te preocupes por tu heredero, pues, según mi testamento, tu parte le corresponderá por sustitución.

A pesar de su extrema debilidad, a Óscar le conmovieron sobremanera aquellas palabras reconfortantes.

—He sido un mal cabeza de familia —dijo a Gisèle entre dos estertores—, y muero culpable de dejarte en la miseria. Pero no vayas a preocuparte por el futuro de nuestro hijo; mi padre se encargará de todo. Mientras tanto, has de saber que puedes contar con mi familia si lo necesitas.

Gisèle, que lloraba desconsoladamente, no se atrevió a llevarle la contraria, y lo dejó dormir en paz, sabiendo que ya nunca se despertaría.

Estelle se encargó de anunciarle a Prosper la muerte de su hijo pequeño, poniendo cuidado de lamentarse, con gran insistencia, de que hubiera fallecido no solamente en la indigencia sino también ateo, apóstata y renegado. Un puñal en el corazón no habría podido hacerle más daño al anciano. De la noche a la mañana, perdió todo apetito por los negocios e incluso dejó de calcular el interés que le generaba a diario su cuenta de ahorros. Sintiendo que se acercaba su hora, hizo llamar a Louis-Dollard a la cabecera de su cama.

—Me voy —dijo—, y lo único que lamento es no poder llevarme la Pieza Madre conmigo. Cuida de ella como de la gallina de los huevos de oro y, pase lo que pase, haz lo necesario para que se quede en la familia.

Louis-Dollard no tuvo ninguna dificultad en prestar juramento, pero hubo de utilizar la fuerza para arrancarle a su padre la Pieza Madre de las manos. Solo entonces, y con gran pesar, el patriarca consintió en descansar de nuevo la cabeza sobre la almohada.

—Ahora llama a tus hermanas e id todos a rezar por mí a la capilla familiar.

Estelle, que se había quedado en el umbral de la puerta con el pequeño Vincent, no siguió a los demás hasta el sótano. Se escabulló y se puso a buscar el testamento en la habitación de su suegro. El mobiliario era monacal, por lo que no le costó nada encontrarlo, escondido detrás del retrato del rey Jorge VI.

El documento, redactado por un tal Robert Comtois, notario, había sido firmado por Prosper el 31 de enero de 1915, y no se había revisado desde entonces. Tras declararse con capacidad física y mental suficiente, el testador dictaba sus disposiciones de la siguiente manera:

1. Encomienda su alma a Su Majestad y espera que las entradas de su Libro Mayor confirmen su sitio entre sus elegidos.
2. Ordena que se inhume su cuerpo en la fosa común del cementerio de los pobres, para que no se realice ningún gasto por su entierro.
3. No habiendo solicitado ningún préstamo, y muriendo sin deudas, pone en guardia a sus herederos contra cualquier supuesto acreedor que viniera a reclamar lo que se le debe tras su fallecimiento.
4. Declara herederos de todos sus bienes, muebles e inmuebles, por partes iguales, a Louis-Dollard y Óscar Delorme, sus hijos legítimos, para que los preserven y los hagan fructificar.
5. Si alguno de los dos falleciera, sería sustituido legalmente por sus herederos legítimos. Si estos últimos fueran menores de edad, la herencia sería puesta en fideicomiso de su tutor legal hasta que alcanzaran la mayoría de edad.

Exactamente lo que Estelle se temía: la mitad de la fortuna familiar caería en manos de Philippe, que seguro que había heredado la desastrosa capacidad de Óscar para los negocios y que iba a ser criado por una madre sin ningún sentido de la

economía. Por fortuna, aún no era demasiado tarde para corregir la situación, siempre que actuara sin demora y, de preferencia, por iniciativa propia. Mojó, pues, la pluma en el tintero y, sin vacilar, escribió en la parte baja del documento la palabra «codicilo», subrayándola dos veces antes de continuar:

El presente codicilo revoca el artículo 5 de mi testamento y tendrá preeminencia sobre este, porque contiene mis últimas voluntades y directrices exactas. Como mi hijo Óscar ha fallecido y su hijo Philippe todavía es menor de edad, nombro a mi hijo Louis-Dollard mi heredero universal y lego a este todos mis bienes para que los utilice, disfrute y disponga de ellos según su interés.

A continuación, se acercó al lecho de Prosper y, aprovechando su abatimiento, le obligó a firmar el documento. Demasiado débil para escribir las letras de su nombre, el patriarca no pudo sino trazar una cruz. Ya únicamente faltaba que dos testigos desinteresados refrendaran el codicilo. Estelle no tuvo que ir muy lejos para encontrarlos: paró a dos quídams que pasaban por la calle y estos, a cambio de una pequeña compensación, autentificaron la rúbrica del moribundo.

Para aplacar su conciencia, al día siguiente le envió a su sobrino Philippe una caja de ropa vieja que a Vincent se le había quedado pequeña, acompañada de una carta en la que aconsejaba a su cuñada, en los términos más claros posibles, que agradeciera esta muestra de generosidad y que no esperase nada del testamento.

La caja le fue retornada a vuelta de correo sin ninguna nota de agradecimiento.

Como cada primero de mes, los Delorme están alerta porque es el día en el que los inquilinos vienen a pagar el alquiler. Hasta que caiga la tarde, mi timbre tañerá al ritmo de una caja registradora y mi puerta se abrirá de par en par ante la visión reconfortante de múltiples manos tendiendo humildemente lo debido. Suelo sentir esa febrilidad en el vestíbulo, detrás del mostrador donde Louis-Dollard firma los recibos. Sin embargo, esta mañana, el epicentro de las actividades se ha trasladado al comedor. Ahí es donde Estelle, con la estola de piel de ratón sobre los hombros, prepara su plan para la jornada.

En cuanto llegue Penny Sterling, Louis-Dollard la conducirá al salón y la invitará a acomodarse en uno de los sillones de cuero. Sobre la mesita baja se habrá dispuesto el servicio de té de porcelana (ese que un tío misionero trajo hace mucho tiempo de China y que jamás se ha utilizado) y, en el centro, el plato azul pintado a mano. Hecho. La trampa está puesta, solo queda añadirle el cebo.

Desde que Blástula le trajera el trocito de azúcar a la crema, Estelle no ha dejado de olerlo, e incluso de chuparlo, únicamente lo necesario para juzgar su pésima calidad..., y para echar de menos el placer intenso que sintió veintitrés años antes cuando probó el de Gisèle. Cuanto más examina la huella tan clara que han dejado en él los dientes de Penny, más se felicita por haber sido previsora y haber conservado la receta robada, que todavía descansa en el bolsillo de su estola de ratón. Habrá, no obstante, que comprar nata y azúcar de arce, unos productos caros. Afortunadamente, todavía deben de quedar setenta y cinco dólares en la caja menor.

Cuando entra en el despacho, sorprende a Louis-Dollard moviendo los clips por encima del papel secante mientras chasquea la lengua imitando el galope de los caballos. Al pedirle dinero para la compra, él responde distraídamente:

—Y ¿qué compras? ¿Para trotones o para obstáculos?

Estelle da un taconazo y lo llama al orden.

—Abre inmediatamente la caja menor.

Soltando sus clips, saca del cajón un maletín de pesca verde metálico, bastante maltrecho, y lo deposita sobre el vade del escritorio.

—Prefiero avisarte ahora de que la caja está vacía.

—No lo entiendo. ¿Qué ha pasado con los setenta y cinco dólares?

—No te enfades, te lo ruego... Te lo explicaré todo.

Sobre el suelo, el pie de Estelle reanuda el golpeteo con más intensidad, lo que incita a Louis-Dollard a terminar de desembuchar.

—Tomé prestado el dinero y lo aposté en el hipódromo. Pensaba devolverlo ese mismo día e invertir el resto de mis ganancias en futuras apuestas... No podía imaginar que...

Estelle no le deja terminar. Entra en uno de esos estados de cólera latente que presagian la peor de las tormentas.

—¿Has perdido nuestros setenta y cinco dólares en un caballo? —murmura entre dientes.

Louis-Dollard recula en su sillón giratorio y se queda mirando la punta de sus botines negros con aire compungido.

—No estoy orgulloso de ello. Me da hasta vergüenza...

—Has abusado de mi confianza al desviar los fondos de la caja menor. Y has violado el octavo mandamiento, que prescribe claramente: «No jugarás».

—He confesado mi falta a Su Majestad con la más sincera contrición y estoy listo para jurar sobre un ejemplar de *La riqueza de las naciones* que no volveré a hacerlo jamás.

—Lo que has cometido no es una falta cualquiera, Louis-Dollard. Te encuentras en estado de pecado mortal y, por consiguiente, ya no tienes derecho al título de cabeza de familia. Recoge tus cosas y sal de esta casa.

Mi venerable fundador está destrozado por la severidad de su sentencia:

—Pero, bueno, Estelle, es la primera vez... Eso constituye sin duda una circunstancia atenuante... Imploro tu magnanimidad y tu clemencia.

—Estoy dispuesta a concederte una rebaja de la pena, pero con una condición. Y he aquí los términos: solo volverás al nido cuando me hayas devuelto cien veces lo que me robaste. O lo tomas o lo dejas.

—¿Y adónde quieres que vaya mientras tanto?

—Considérate afortunado de que te deje instalarte en el garaje. Venga, largo, ¡fuera de mi vista!

El pobre hombre nunca se ha sentido tan humillado en toda su vida. Al verlo salir, con el hatillo al hombro y el rabo entre las piernas, casi siento lástima por él.

Tras las defecciones de Mórula y Louis-Dollard, está claro que Estelle solo puede contar consigo misma. Sin embargo, la urgencia de la situación (o sea, la llegada inminente de Penny Sterling) obliga a nuestra matriarca a pedir ayuda. Requisa a Blástula para oficiar en el mostrador de depósitos, y a Gástrula le confía la importante responsabilidad de preparar el azúcar a la crema.

—Solo tienes que seguir las instrucciones al pie de la letra —le dice entregándole la receta robada.

Gástrula se toma un momento para examinar la lista de los ingredientes.

—¡Nata! —se asombra—. Estoy segura de que no hay en la despensa. Tampoco queda vainilla en los frascos que confiscaste... Mórula se encargó de ello.

—Busca con qué sustituir lo que te falte. Siempre te las apañas muy bien con lo que tienes.

El perfume azucarado que emana del papel amarillento provoca en Gástrula una mueca que le altera la vista y le irrita los nervios de su descarnado cuello. Debo decir que nuestra cocinera tiene la desgracia de sufrir una hipersensibilidad del nervio olfativo que a menudo le provoca náuseas. Durante sus paseos profilácticos, huye de la pestilencia de los excrementos caninos, de las emanaciones deletéreas de los tubos

de escape y del humo del tabaco apretando el paso. Pero nada ofende más su nariz que el olor de la comida. Cada visita que hace a la tienda de comestibles es para ella una prueba cercana a la tortura, porque el hedor a cebolla, col, pescado, carne cruda o queso viejo evoca en su espíritu imágenes ya sea de vertederos, ya sea de orgías romanas. En la mesa se sirve porciones de niño. Con una falta total de apetencia, picotea los alimentos con el borde de sus delgados labios, y retira su plato cuando todavía está medio lleno. Esto es lo que explica su delgadez extrema, así como su desprecio por la gente con sobrepeso de complacencia desvergonzada y ruidosa alegría de vivir.

En semejantes condiciones, ¿cómo consigue preparar la comida de la familia? Muy sencillo: todo lo que cocina está soso, no sabe a nada. Desconoce el uso de la sal, cuece todo en agua y a fuego lento. Suele inclinarse por los tubérculos, que crecen en la oscuridad y huelen a tierra, por las frutas bajas en azúcar, la ternera hervida sin sabor alguno, la leche desnatada y el pan de molde, los biscotes, el manjar blanco y el pudín de arroz. En mi despensa no encontrarán ninguno de esos pequeños botecitos de especias decorados tan bonitos, ni de esos ramilletes de hierbas aromáticas que se ponen a secar boca abajo. Tanto es así que, para excitar mis papilas, debo contentarme con respirar el aroma perfumado del pollo asado o de la carne a la parrilla que la brisa me trae de las casas vecinas a la hora de la cena.

Segura de que la elaboración del azúcar a la crema va a provocarle unas ganas de vomitar de lo más desagradables, Gástrula abre las ventanas de par en par antes de echar en un caldero un bloque de azúcar moreno endurecido y un cuarto de litro de leche, que remueve sujetando la cuchara de palo con el brazo estirado, desde tan lejos como es capaz, al igual que una bruja preparando una poción. Al fuego, la mezcla borbotea y toma tanto cuerpo que amenaza continuamente con desbordarse. Luego se calma y empieza su lento proceso de reducción. Es al final de esta etapa crucial cuando Gástrula debería añadir la cucharadita de vainilla, pero, como no tiene otro condimento a mano, coge lo primero que encuentra y vierte sobre la preparación un vaso de salsa Worcestershire desbravada. Luego, sin preocuparse demasiado por las recomendaciones que Gisèle había escrito al margen de la receta, bate el azúcar con tanto vigor que se cristaliza demasiado rápido y se fija en una masa dura y quebradiza. Provista de una escuadra, trata de cortarla en cuadrados regulares, pero solo consigue obtener unos trozos que se le rompen y que apila en el plato sin ningún esmero. De repente, se siente aturdida. Por mucho que se tapa la nariz, no puede evitar oler los cuerpos volátiles y dulzones que la evaporación del azúcar a la crema ha dispersado en el aire ahora viciado de la cocina. Antes de que le dé un verdadero patatús, se apresura a llevar el plato al salón, donde Estelle espera a su visitante con un desasosiego tangible. Aprovecha para devolverle su condenada receta.

—Toma —dice, limpiándose compulsivamente las manos en el delantal—. He cumplido con mi deber, pero casi me cuesta el estómago. ¡No vuelvas a contar conmigo para lo mismo por un tiempo!

—No pasa nada —responde Estelle, que ha de contenerse para no coger un pedacito—. Estoy segura de que bastará para que nuestro rico partido muerda el anzuelo.

«Así que a esto es a lo que se parece una fortuna de treinta mil dólares —piensa Estelle mirando a Penny de arriba abajo—. A una criatura más frágil que un junco.»

Es cierto que, con su vestido de faya turquesa, nuestra joven inquilina parece un poco etérea en medio de mi austero decorado. Los cabellos castaños, recientemente lavados, a juzgar por su magnífico brillo, y recogidos en alto por detrás, le caen vaporosos sobre la delicada nuca, así como sobre el cierre de su collar de perlas de tres vueltas. Lleva también un broche de imitación de coral y zapatos de charol del mismo color. Estelle se la había imaginado más corpulenta, pero no se decepciona, pues ve en esta esbeltez de sílfide una señal de docilidad y de maleabilidad. Estirando el cuello como un buitre, la invita a que se siente junto a ella.

—Estaba a punto de servir el té —le dice—. ¿Se tomaría una taza conmigo?

—Me contentaría con un poco de agua caliente, si no es demasiado pedir. La verdad es que para mí no existe nada más refrescante.

Estelle le dio toda la razón.

—Es lo que yo prefiero también —dijo llenando dos tazas—. Y, además, esos sobrecitos son un verdadero despilfarro, ¿no cree?

—No, si luego se utilizan también para sacarles brillo a los espejos —responde Penny con vivacidad—. Después se recuperan las hojas y se le añaden al puré de espinacas, para aligerarlo.

Estelle, que nunca había pensado en ello, se queda con la boca abierta.

—¿Hace usted lo mismo con el poso del café?

—No, yo lo utilizo para fregar.

—¿Y con las pepitas de manzana?

—Relleno las almohadas.

—¿Y las cáscaras de plátano?

—Le confieso que, para mi gran decepción, solo les he encontrado una utilidad: sacarles brillo a los zapatos. ¡Y mire usted el resultado!

Estelle está tremendamente impresionada (y no únicamente por el efecto de espejo del charol coral). Le hace un cumplido a su invitada:

—Los jóvenes de hoy en día no suelen mostrar un sentido de la economía como el suyo.

—Me criaron con pocos medios —responde Penny entre trago y trago de agua caliente—. Sé bien lo que vale el dinero, y la importancia del ahorro. Claro está que me concedo algunos pequeños gastos de vez en cuando. Nada extravagante.

—¿Como por ejemplo ese vestido?

—Este es una copia del que llevaba la reina Isabel en la inauguración de la vía marítima de Saint-Laurent —explica Penny poniéndose colorada.

Estelle se alegra de reconocer en la joven su misma fibra monárquica.

—Por mi parte, creo que Su Majestad nunca está tan hermosa como en los billetes de banco —dice ella—. Mi hijo también es de esa opinión.

Pero ¿qué historia le está contando? A Vincent le horroriza la realeza, que considera tan corrupta y degenerada como el papado.

—Tengo entendido que está prometido y que se va a casar pronto —dice Penny dejando que sus ojos deriven hacia el péndulo sobre el manto de la chimenea.

—Un falso rumor, como tantos otros que se cuentan sobre él —protesta Estelle—. Mi Vincent es la envidia de todos, ¿sabe? ¿Qué chica del Enclave no sueña con echarle el guante? En verdad, todavía no ha encontrado a su media naranja, si me permite esta expresión un poco romántica.

—¿Y a qué se dedica este buen partido?

—Se prepara para el día en el que reemplazará a mi marido a la cabeza de nuestro pequeño imperio. Mientras tanto, juega a ser inventor.

Penny reprime un bostezo y pregunta con educación:

—¿Y qué ha inventado?

—Diversos objetos comunes y corrientes. Cuando vuelva del campamento *scout*, le pediré que se los enseñe. Tienen mucho en común. Él también es un as del tenis.

Yo prefiero dejar pasar esta grosera exageración, y el silencio vuelve a caer sobre el salón.

Viendo que Penny posa su taza y mira de nuevo el reloj, Estelle intenta retenerla mostrándole el plato de azúcar a la crema.

—Es una vieja receta de familia —le dice— que reservamos para las grandes ocasiones. Le ruego que pruebe uno.

Esta vez a Penny le pica la curiosidad. Acepta un trozo con mucho gusto y Estelle la acompaña, subrayando el hecho de que ella misma no los ha comido desde hace por lo menos veintitrés años.

No sabría decir qué es lo primero que sorprende a nuestra invitada: si la textura granulosa del azúcar demasiado cocido, cuyos cristales cortantes le raspan la lengua, o su regusto imposible de identificar. Por un momento tengo la impresión de que va a escupir su bocado, pero, con los ojos llenos de lágrimas, se fuerza por tragárselo de una vez. Estelle, sin embargo, no tiene ningún reparo en declarar la cosa «incomible».

—Estoy terriblemente decepcionada —le dice—. Según recuerdo, el azúcar a la crema era un manjar divino.

—Yo lo encuentro delicioso, y entiendo de la materia. ¿Sería muy impertinente por mi parte pedirle la receta?

Estelle, que tiene la sensación de haber sido timada por Gisèle, está más que contenta de extirpar la página amarillenta de su estola de ratón y dársela a la joven.

—¡Toda suya! —responde desengañada—. De todas formas, no pienso volver a intentarlo en mucho tiempo.

Penny acepta la ofrenda reteniendo el aliento. Despliega la hoja de cuadritos con mucha delicadeza, porque el papel desecado cruje entre sus manos. Los dedos le tiemblan cuando rozan la escritura de Gisèle con una veneración normalmente reservada a las reliquias. Por último, deja que su mirada emocionada vuelva al manto de la chimenea.

—¿Ya son las tres? —dice con un ligero sobresalto.

—No se fíe de ese péndulo. Está parado.

—¿Qué es lo que pone en la esfera?

—El tiempo es oro.

—Un sabio principio que debería aplicarme —dice Penny poniéndose de pie—. Ha sido tan generosa conmigo que no me perdonaría robarle otro de sus preciados minutos. Gracias por haberme recibido con tanta amabilidad.

Estelle la acompaña a la puerta y le hace prometer que volverá pronto. Está tan hechizada por este encuentro que ni siquiera se da cuenta de que Penny se ha marchado sin pagar el alquiler.

II

PLANTA DE ARRIBA

La voz estentórea de Estelle por fin se ha apagado, el ruido de puertas que se abren y se cierran también. Es la hora de la siesta, e incluso Louis-Dollard, en su garaje, se ha quedado dormido sobre la banqueta trasera del coche. Mecida por la lluvia que tamborilea con insistencia sobre mi tejado, estoy a punto de sumirme en un dulce sopor cuando distingo, al fondo de la calle, una silueta solitaria que corre a través del aguacero. Mi corazón está exultante de alegría: es Vincent, que llega del campamento *scout*. Ya era hora de que volviera al redil.

El muchacho empuja la puerta y deposita su bandolera completamente empapada sobre el suelo del vestíbulo: la fiambarrera que lleva colgada suena igual que la calderilla cuando golpea mis baldosas refulgentes. Ha cambiado tanto en el espacio de un verano que casi no lo reconozco. Su barba de tres días contrasta con su piel bronceada. Sus piernas, cubiertas de picaduras de mosquito, son casi atléticas. Sus andares desgarrados se han vuelto firmes. Tiene, sobre todo, un nuevo brillo en los ojos. Lleva una chaqueta vaquera de rayas y, en la cabeza, un sombrero a lo Davy Crockett. Espero que no esté pensando en presentarse ante su madre de esa guisa porque a esta le daría un ataque de apoplejía.

Se detiene un momento para reencontrarse con mi olor familiar y, a la vista de su tranquila desenvoltura, me doy perfecta cuenta de la importancia del vínculo inalienable que nos une a los dos desde su infancia. Recorre toda la planta baja y, como no encuentra a nadie, sube los escalones de la escalera de cuatro en cuatro. Su mano deslizándose por el equino de mi barandilla me provoca un ligero escalofrío, y me veo obligada a reconocer que lo he echado de menos. Me enfadé mucho con él el pasado mes de junio por haberme abandonado a mi triste suerte para irse a trotar por el bosque, pero, ahora que ha vuelto, todo está perdonado. Además, ¿qué otra opción tengo? Él es la única esperanza que me queda.

Atraviesa el pasillo, se dirige a la habitación de Estelle y entra con determinación tras tocar secamente a la puerta. Por fortuna, los estores venecianos están bajados y la lámpara de la mesita de noche sigue apagada, ahorrándome el triste espectáculo de la ruinoso decoración: la pantalla resquebrajada, el espejo salpicado de manchas negras, las sábanas amarillentas, las cretonas ajadas y un rectángulo decolorado en la pared en el lugar donde, hasta hace unas semanas, todavía permanecía colgada la foto de Louis-Dollard. En medio de la penumbra, lo único que distingue Vincent al principio es una masa informe tirada en la cama, y luego el movimiento subrepticio de un brazo que escamotea un plato y lo hace desaparecer bajo las almohadas. Se acerca a tientas y deposita un beso sobre la frente de su madre, que se la ofrece gimiendo.

—¿Sabes lo que me arde la cara? —le pregunta en cuanto se traga furtivamente el trozo de azúcar a la crema que tenía en el pico—. Tiritito de fiebre. Me pesan los párpados y me duelen las extremidades. He perdido el apetito, no duermo por las noches... ¿Cómo voy a sobrevivir a esta traición?, dime. Me aterra la posibilidad de no ser capaz de salir de esto jamás.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—¡Una auténtica catástrofe! ¡Tu padre ha perdido setenta y cinco dólares en las carreras!

—Vamos, eso no es razón para ponerse así.

—No olvides que esos dólares los he ahorrado yo uno a uno. Durante veintiséis años, me he contentado con pan negro y pescuezos de pollo, he guardado los sacos del azúcar para fabricar fundas de almohadas, he reciclado las calabazas de Halloween para hacer con ellas confitura, me he dejado los ojos remendando los calcetines agujereados de tu padre, e incluso he llegado a cortarme el pelo para tejerle un peluquín. Me he apretado el cinturón hasta cortarme la circulación y... ¿qué le he pedido a cambio? ¡Ni siquiera un abrigo nuevo! Cuando he querido una estola de pieles me la he confeccionado con mis propias manos, con la piel de los ratones que yo misma había cazado. Y él, para agradecérmelo, ¡me engaña con una potranca! Habría preferido que me sangraran viva antes que verme obligada a contemplar cómo el fruto de mis privaciones terminaba en el polvo de un hipódromo. ¡Qué traidor! ¡Qué ingrato! ¡Que nunca más se pronuncie su nombre delante de mí!

—¿Dónde está él ahora?

—En cuarentena, en el garaje. Para que no nos exponga al contagio. También le he retirado su título de cabeza de familia, pues si dejamos nuestra fortuna en manos de ese jugador empedernido, ¡la ruina es segura!

—¿Y quién se encargará ahora del bloque de apartamentos?

—Yo llevaré los libros y tú te ocuparás del mantenimiento y las reparaciones. Y, de paso, a ver si te acicalas tú también, porque ha llegado la hora de que te cases.

—¿Se puede saber por qué tanta urgencia?

—Tienes veinticuatro años, eso hace de ti prácticamente un solterón.

—Más vale solo que mal acompañado...

Estelle se incorpora en la cama apoyándose en sus almohadas.

—Hijo mío, me parece que no te das cuenta de la gravedad de la situación. La gangrena de la prodigalidad ha infectado esta familia y amenaza con pudrir todas las manzanas de nuestro cesto. Incluso yo misma podría sucumbir a ella. Si no tomamos inmediatamente medidas draconianas, terminaremos en la calle. Sin embargo, solo hay una manera de purificar nuestra casa, y es con una infusión de sangre nueva en el linaje. Nuestra prosperidad bien se merece un sacrificio por tu parte...

No necesito ver ensombrecerse el rostro de Vincent para sentir cómo crece su impaciencia.

—Ya hemos tenido esta discusión antes —dice él—, y no he cambiado de idea en absoluto. No tengo ninguna intención de casarme con Géraldine Knox.

La mano de Estelle revolotea un momento en el aire como si estuviera cazando el polvo.

—Géraldine es agua pasada. Un error de cálculo. Un palo de ciego. De todas formas, esa opción ya ha quedado descartada. Te he encontrado una candidata que dispone de una fortuna personal, provista de una dote por un valor de cinco cifras y

de una inagotable fuente de ingresos, además de ser un ama de casa sin parangón e igualmente una refinada cocinera. Es nuestra nueva inquilina, que con sus frecuentes y bondadosas visitas, me ha sido de gran consuelo en mi tormento.

—¿Es guapa?

—No daña la vista.

—Entonces no deben de faltarle los pretendientes. ¿Por qué iba a querer uno más?

—Ya me he encargado yo de preparar el terreno, y tiene muchas ganas de conocerte. Si lo manejas con habilidad, no te quedará más que pedir su mano.

—No cuentes conmigo para plegarme a uno de tus matrimonios de conveniencia.

—Por el momento, solo te estoy pidiendo que la conozcas.

—Déjame primero que deshaga el petate.

Estelle se bate en retirada, pero, aun así, se las apaña para decir la última palabra:

—Ve, pues, a lavarte. ¡Y hazme el favor de librate de ese sombrero cuanto antes!

Al llegar a su habitación, Vincent se queda petrificado en el umbral. Hay una desconocida sentada delante de su escritorio, una joven grácil de porte altivo, a la que sorprende revolviendo entre sus papeles y rebuscando en sus cajones.

—¿Quién es usted? —balbucea él—. Y..., ¿cómo ha entrado en esta casa?

Penny Sterling le tiende la mano y se presenta mirándolo fijamente a los ojos sin que ningún rubor de vergüenza le sonroje las mejillas.

—Como la puerta estaba abierta de par en par —dice ella—, no me he tomado la molestia de llamar.

He sido yo, por supuesto, quien la ha recibido hoy. Y ayer, y también el resto de ocasiones en las que ha aprovechado la hora de la siesta para adentrarse a escondidas en el interior de mis paredes y peinar con minuciosidad cada una de mis estancias. Procede metódicamente, como el arqueólogo que escarba en un perímetro determinado por la parcelación del lugar. La habitación de Vincent es tan pequeña — un trastero al final del pasillo, que hace igualmente oficio de cuarto para la ropa y armario de la limpieza— que a punto ha estado de pasarla por alto. La ventana, minúscula y orientada hacia el norte, apenas deja pasar la luz, y la única iluminación eléctrica viene de una bombilla desnuda en el techo. Aquí el parque no se ha barnizado jamás y las paredes siguen enlucidas. Una manta de lana sin tratar cubre el colchón de borra, posado sobre un viejo somier de armazón metálico.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunta Vincent, demasiado confuso como para pensar en quitarse el sombrero.

—He venido para ver cómo sigue la señora Delorme y traerle un poco de azúcar a la crema. Está convencida de que no hay remedio mejor para su insomnio.

Esta última palabra le provoca a Vincent una ligera sonrisa escéptica.

—Permítame una cierta incredulidad... Mi madre no ha perdido nunca en su vida una hora de sueño, va en contra de sus principios más elementales.

—¿Es usted su hijo? La señora Delorme no para de alabarme su ingenio. Espero que perdone mi intrusión... ¡Tenía tantas ganas de ver sus inventos con mis propios ojos!

—¿De verdad? —dice Vincent frunciendo las cejas con desconfianza—. Sin embargo, ha de saber que son de modesta envergadura...

Señala con el dedo una estantería de la pared donde se encuentran alineados, al lado de una hucha, de un termómetro, de un cronómetro, de una cinta de medir y de una balanza, una serie de objetos heteróclitos de función indefinida.

—Mis prototipos —le anuncia con voz cohibida—. Los he fabricado con material reciclado.

Penny se levanta sin prisas, con las manos cruzadas a la espalda. Mira la estantería inclinando la cabeza hacia un lado como si estudiara un cuadro. Parece perpleja, de modo que Vincent se siente en la obligación de explicarle la utilidad de cada uno de los inventos.

—¿Ve esas dos bobinas accionadas por una llave de lata de sardinas? Componen un prensador en miniatura que permite exprimir un tubo de pasta de dientes en un santiamén y vaciarlo por completo. Las pinzas de empalme grandes que están ahí enderezan los clavos torcidos que se quieran reutilizar, mientras que el soldador remodelado repara las velas partidas, los cordones rotos e incluso el elástico rajado. Justo al lado hay un cartucho provisto de un tampón relleno con una mezcla de acetona, trementina, zumo de limón y bórax que borra, de forma totalmente ilegal, el matasellos de los sellos usados.

Enseña igualmente a Penny una colección de boquillas de baquelita con el caño fijado a una tuerca.

—Solo hay que atornillarlas al extremo de un lápiz para alargarlo —le explica—. Así se puede seguir escribiendo hasta gastarlo por completo, sin derrochar las minas y sin sufrir calambres en la falange.

—¿Y el cubito con una manivela sobre la tapa? —pregunta Penny percatándose del objeto abandonado en un rincón.

—Oh, eso... No es mi mayor éxito... Solo una centrifugadora concebida para extraer todo el contenido de las latas de conserva o de los botes de mermelada. El aparato es eficaz, pero el proceso resulta demasiado sucio. En estos momentos trato más bien de buscar un modo de volver las paredes internas de los recipientes perfectamente antiadherentes. Calculo que así podríamos evitar el derroche de un millón de toneladas de comida al año, algo con lo que alimentar gratuitamente a muchos pobres del planeta.

Ahora es a Vincent a quien Penny observa con perplejidad inclinando la cabeza, como si fuera una caja fuerte impenetrable.

—¿Nunca ha pensado en patentar sus inventos? —pregunta—. Podría hacerse con una jugosa suma...

—No son más que bagatelas —responde quitándoles importancia con una mueca— destinadas a tranquilizar a mi madre sobre la sana gestión de mis aficiones. Si conociera mis verdaderos proyectos, estoy seguro de que no los aprobaría.

—¿Tiene usted secretos?

—Innumerables, como todo ser humano.

—¿Me contaría usted uno si le juro no soplarle una palabra a la señora Delorme?

Da un paso hacia él. Su aspecto juguetón sugiere una connivencia tácita que coge a Vincent desprevenido. Todavía lo perturba más el hecho de que, por primera vez en toda su existencia, no es capaz de cuantificar las emociones que le asaltan: su pulso, su temperatura interna, su presión sanguínea, el ritmo de su respiración le parecen demasiado altos para ser medidos. Hay quienes, con toda seguridad, interpretarían estas reacciones fisiológicas como los destellos de una inclinación amorosa o de una pasión. Yo, sin embargo, que conozco a Vincent como si lo hubiera parido, lo que veo es el resurgir de una muy antigua esperanza que había abandonado después de aguardar en vano su realización. ¿Podría ser que, tras veinticuatro años de soledad, nuestro heredero haya encontrado por fin una confidente a quien entregarse y revelar lo que jamás ha podido compartir con nadie?

Se quita el sombrero de piel y lo tira sobre la cama, peinándose con la mano antes de dejar escapar una confesión:

—No he pasado el verano con los *scouts*.

La sonrisa se borra del rostro de Penny mientras esta contiene el aliento.

—Y ¿qué es lo que ha hecho?

—He estado viajando.

Qué calladito se lo tenía... No me esperaba en absoluto un acto de insubordinación así. Bajo el efecto de la sorpresa, se desprenden algunas tablillas de mi tejado con el viento. A través de las juntas abiertas, los intersticios y las fisuras, la lluvia se filtra por el techo de la habitación tan rápida como si atravesara un colador.

—Tiene una gotera —le señala Penny tras recibir una gota de agua en la cabeza—. Cae que ni pintada, pues ya va siendo hora de que me vaya.

Entonces, y antes incluso de que Vincent pueda reaccionar, se pone de puntillas, le roba un beso y desaparece.

Vincent aún sigue perplejo cuando Gástrula y Blástula irrumpen en su habitación como dos cornejas al acecho de una carroña a la que picotear.

—¿Desde cuándo recibes chicas en tu cuarto? —grazna la primera—. ¡No te molestes en negarlo! Acabamos de ver a Penny Sterling saliendo de aquí.

—Es de lo más indecoroso —insiste la segunda—. A tu edad, deberías saberlo.

Vincent suspira y levanta los ojos al cielo.

—En tal caso, no os entretengo. Volved a vuestras ocupaciones, meteos en vuestros asuntos y dejadme tranquilo.

—Un minuto, hombrecito —dice Blástula sacando su lupa—. Todavía no has pasado la inspección. ¿Dónde están tus maletas?

—Te prohíbo que las toques.

—¿Y quién va a asegurarse de que no traes ningún parásito del fondo de los bosques? —dice Gástrula—. Espero que no cuentes con Mórula para lavarte la ropa.

—Puedo apañármelas solo, no te preocupes. Por cierto, ¿dónde está la tercera Furia?

Tan pronto como pronuncia su pregunta, un seco redoble suena en el pasillo. El martilleo de un puño contra una puerta, seguido de un grito ahogado:

—¡Por piedad, Vincent, libérame!

Vincent se dirige a la habitación de Mórula, ve el candado de acero que traba la puerta.

—No hay nada que puedas hacer por ella —dice Blástula a su espalda—. Ha sido condenada a reclusión y tendrá que purgar su pena hasta el final del verano.

En su calabozo, la prisionera vuelve a desgañitarse.

—Tendrías que insonorizar la habitación —sugiere Gástrula a su sobrino—. Si no, los vecinos van a empezar a hacerse preguntas.

—Aunque tapara todos los resquicios, sería imposible asegurar una perfecta estanqueidad acústica —responde este—. Las ondas sonoras no solo se transmiten por el aire, sino también a través de las vibraciones.

—Entonces encuentra la manera de ahogar el ruido de raíz (sin estrangular a Mórula, si puede ser). Si te estrujas un poco las meninges, seguro que das con una solución.

Vincent vuelve a su cuarto y se sienta ante su escritorio. Abre su agenda y se dispone a escribir la lista de tareas que tiene que hacer por orden de prioridad:

Deshacer las maletas.

Reparar el tejado.

Liberar a Mórula.

Luego, haciendo acopio de valor, escribe en letras mayúsculas, en la parte superior de la página:

VOLVER A VER A PENNY STERLING.

Estoy bastante segura de que, en toda la historia de la humanidad, el número de niños que ha crecido en un banco debe de poder contarse con los dedos de una mano. Aunque no haya recibido un estatuto propiamente hablando, es innegable que mi arquitectura evoca el conservadurismo, la austeridad y, sobre todo, la inviolabilidad de los grandes templos de las finanzas. En fin, que no se puede imaginar un entorno más inhóspito para un niño pequeño. Y menos propicio para su desarrollo.

Sin embargo, hasta donde alcanza mi memoria, Vincent nunca me lo ha tenido en cuenta. Siempre me ha considerado su refugio, se ha sentido en casa entre mis paredes, y nuestras almas se han afinado con el diapasón de la misma simpatía. Después de todo, ¿acaso su constitución física no se encuentra en relación de equivalencia con la osamenta de mi carpintería, las arterias de mi sistema de calefacción, las tripas de mi fontanería, las vías respiratorias de mis ventanas o los nervios de mi cableado eléctrico? Y, además, ¿acaso no portamos ambos la abominación del pecado original, el haber despojado de su herencia a un pobre huérfano?

Porque fue el dinero destinado a Philippe el que sirvió para financiar mi construcción. De la granja ancestral solo se conservó la capilla familiar, que fue transformada en cámara acorazada, elemento indispensable del banco con el que Louis-Dollard siempre había soñado. Mis cimientos se hundieron alrededor de este antiguo silo subterráneo en el que antaño se almacenaban las verduras, y el mecanismo de su puerta blindada se escondió entre los espesores de mi carpintería, soldando para siempre los recuerdos de nuestra memoria común.

Louis-Dollard aportó una importante modificación a la capilla inicial. La idea le había venido de un cierto Honoré Bienvenu, litógrafo jubilado, a quien le había alquilado un espacioso apartamento de cuatro dormitorios con vistas al parque. El hombre había trabajado toda su vida para la compañía British American Bank Note, que imprimía sellos de correos y certificados de obligaciones, así como los billetes de unas sesenta instituciones financieras, entre las cuales figuraban el Banco Jacques-Cartier, el Banco del Pueblo y el Banco Ville-Marie. Su primer alquiler lo pagó al contado y Louis-Dollard, conforme a su costumbre, alisó los billetes sobre el vade de su escritorio y sacó la lupa para examinarlos.

—Perdóneme estas pequeñas precauciones —le había dicho—, pero ya una vez me colaron una moneda falsa, y gato escaldado del agua fría huye...

El otro declaró sin ambages que con una lupa no se podían identificar los billetes falsos.

—Los falsificadores son tan hábiles hoy en día que incluso a un litógrafo experimentado puede costarle detectar irregularidades en el trazado de los grabados o

en la filigrana del papel. Fíese de mi experiencia, señor Delorme: la tinta de los billetes es lo único que no se puede imitar.

—Se trata sin duda de tinta indeleble...

—¡Es más que indeleble! Verá, esa tinta resiste tanto a los ácidos como a las bases. Meta usted un billete en vinagre y luego en una solución de bicarbonato sódico y, si es de verdad, este no se alterará en absoluto.

Louis-Dollard dirigió su lupa hacia su interlocutor y replicó:

—Me acuerdo muy bien de haber aprendido en el colegio que solo el oro posee esa propiedad.

—Entonces es porque seguiría usted la rama de Letras. En la rama de Ciencias le habrían enseñado los prodigiosos compuestos producidos por la industria química.

»Uno de esos compuestos —siguió diciendo— es el óxido de cromo calcinado. Un profesor de la Universidad de Laval, Thomas Sterry Hunt, lo descubrió en 1857 mientras trabajaba en el Servicio Geológico Canadiense. Consiguió fabricar con él una tinta verde a prueba de todo, y vendió la fórmula a la Reserva Federal americana por nada y menos.

»La tinta que hoy utiliza nuestro Banco Central es una versión mejorada de aquella, patentada y conocida bajo el nombre de Canada Green Tint o Tono Verde Canadá. Y es el óxido de cromo calcinado el que da a los billetes su olor inimitable.

Louis-Dollard comenzó a olfatear los billetes que el señor Bienvenu le había entregado sin tomarse la molestia de reprimir su codicia.

—No sabría cómo agradecerle lo suficiente el haber compartido conmigo sus secretos del oficio —dijo releendo el recibo del alquiler—. Siempre he tenido miedo de que falsifiquen mi firma, y esta tinta de óxido de cromo calcinado me resultaría muy útil para proteger mis documentos. ¿Sabe dónde puedo conseguirla?

—La Canada Green Tint no está a la venta, pero se puede hacer a partir de pigmentos comprados en una droguería. Basta con dejar macerar una mezcla de gallarita y goma arábiga en té durante toda la noche y luego añadir a la decocción filtrada una pizca de óxido de cromo precalentado. Le digo esto de manera confidencial, claro está. ¡Imagínese por un momento que esta información cayera en malas manos!

Louis-Dollard aseguró al señor Bienvenu que podía contar con su absoluta discreción, y, al día siguiente, empezó a experimentar con distintas fórmulas. La tinta que terminó elaborando minuciosamente no acababa de estar afinada del todo, pues al secarse dejaba unos sedimentos que bloqueaban las estilográficas, además de corroerlas. En lugar de utilizarla para escribir, decidió embadurnar con ella los muros de la capilla paterna, que adquirió así el sobrenombre de «cámara verde».

En cuanto a la Pieza Madre heredada de Prosper, Louis-Dollard la engastó en un ladrillo de arcilla que coció en el fuego de la caldera. Esta se convertiría en la piedra angular sobre la que fundaría su institución financiera.

La misma atención por la seguridad fue aplicada a mis puertas, cajones, armarios y guardarropas, dotados de cerraduras nada más y nada menos que por Estelle.

Lo bueno de las sesenta y siete cerraduras es que, cuando Vincent dio sus primeros pasos, yo ya estaba a prueba de esos desafortunados e innumerables accidentes que pueden ocurrirle a un niño. Nuestro heredero nunca habría podido escapar de mi vigilancia y, por ejemplo, salir de la casa o caerse por una ventana, como tampoco habría podido jugar con cerillas, escaldarse o comerse la cal de las paredes. Si bien mis distintos dispositivos de seguridad no pudieron impedir que se cayera, al menos nunca lo hizo desde lo alto de las escaleras. De hecho, por mucho que me devane el granero, no consigo acordarme de ninguna ocasión en la que Vincent haya estado expuesto a un peligro.

No es extraño que aprendiera a contar mucho antes de saber hablar. La primera palabra que Estelle le enseñó fue «uno»; y la segunda, «dos». A partir de ahí, ya no se detuvo. Comenzó enumerando sus ojos, sus manos, sus dedos... Luego pasó a los barrotes de su cuna, a los peldaños de la escalera, a los azulejos de las paredes del baño, a las láminas de los estores venecianos, a las llaves del manajo de su madre. Los adjetivos numerales habían adquirido a sus ojos valor de pronombres y funcionaban perfectamente como nombres, verbos y adverbios para dar cuenta de la talla, la velocidad y la luminosidad de las cosas, cuya cantidad era su sola y única cualidad. Él era uno, sus padres eran dos, sus tías eran tres. Su nombre, una combinación de las cifras veinte y cien, engastaba su identidad en el lenguaje matemático. ¿Por qué habría de necesitar otras palabras para aprehender el mundo o expresar sus necesidades?

Era inevitable, sin embargo, que un día comenzara a hablar, y esto ocurrió cuando cumplió los tres años. Antes de que se perdiera en parloteos inútiles o empezara a plantear demasiadas preguntas, Estelle decidió inculcarle el principio fundamental de la economía, el mismo al que ella se había adherido desde su más tierna infancia: ahorrar saliva. Le permitió, pues, veinte palabras al día, cantidad que no debía sobrepasar bajo ningún pretexto.

—La palabra es plata, pero el silencio es oro —le dijo a modo de ilustración.

Tras restar de aquella cifra las expresiones obligatorias como «por favor» y «gracias», le quedaba al niño muy poco margen para expresar sus pensamientos y participar en las conversaciones. Con el fin de evitar la censura, aprendió rápido a ser conciso y a hablar con precisión, a utilizar atajos y a sintetizar, enriqueciendo considerablemente su vocabulario al mismo tiempo. Terminó así por elaborar un lenguaje puntuado de gestos y de muecas, en el que el adjetivo servía de comentario, el adverbio de punto de vista y la conjunción de explicación.

Mostró la misma capacidad de adaptación cuando su madre le enseñó a utilizar los ojos para ahorrarles más adelante a sus padres el gasto de unas gafas o cuando

hubo de presentarle un plan de sus actividades cotidianas con un itinerario de los desplazamientos indispensables para ganar tiempo y evitar cualquier sofoco.

—Aunque el aire sea gratuito —repetía Estelle a menudo—, no es razón para malgastarlo.

Desafiando la cólera materna, un día se atrevió a superar su cuota de palabras asignadas.

—Me aburro solo, y me gustaría mucho tener un amigo. ¿Por qué no puedo jugar con otros niños? —preguntó.

—Los amigos son una carga —dijo ella de inmediato—. Esperan que los convides a merendar y, cuando te invitan a sus cumpleaños, les tienes que llevar un regalo.

Para él solo existían, pues, los juegos en solitario: maratones de escondite entablados consigo mismo, durante los cuales se quedaba contando de cara a la pared; o búsquedas del tesoro destinadas a cifrar lo innumerable, como las briznas de hierba del césped en verano, las hojas caídas del negundo en otoño, los copos de nieve revoloteando en el cielo de invierno... Cada vez que Estelle lo enviaba afuera a jugar para no tener que ocuparse de él, Vincent se entregaba a estas actividades con un ardor ferviente y continuamente renovado, quizá porque así conservaba la ilusión, a pesar de todas las evidencias de lo contrario, de ocupar un lugar en el corazón de su madre.

Con cuatro años Vincent fue confiado al cuidado de sus tías, quienes, por turnos, debían perfeccionar su educación.

Blástula le inculcó los principios fundamentales de la higiene, sin los cuales no era posible mantenerse sano.

—Piensa en lo que cuesta el médico o el dentista, en los gastos de hospital y de farmacia que te ahorrarás a lo largo de la vida si adquieres desde ahora unos hábitos saludables.

Al cabo de una semana bajo su tutela, Vincent controlaba a la perfección la técnica del frotado de las manos con cepillo, y era capaz de aplicársela al resto del cuerpo, incluida la zona detrás de las orejas y el prepucio. Aprendió a hacer la cama al estilo militar, a ordenar su cuarto, a pasar la escoba.

En cuanto supo vestirse y doblar su ropa correctamente, empezó a entrenarse para jugar en el exterior sin mancharse, evitando hurgar en la tierra, rodar por el césped, o tocar las orugas y los insectos. Blástula le hacía la inspección en cuanto entraba, al acecho de cualquier mancha de verdina o de hierba en el pantalón. Tras recibir una lección sobre los microbios, esas bestias invisibles al ojo humano que colonizan los pomos de las puertas, adquirió la costumbre de no tocar nada, de estornudar en su pañuelo y de mantener una distancia respetable con la gente.

Aún no conocía el reglamento de la casa, y fue Gástrula la encargada de enseñárselo. No era moco de pavo, puesto que constaba de trescientas sesenta y cinco reglas (una por cada día del año), y Vincent debía aprendérselas de memoria.

Los primeros artículos estaban destinados a reducir el consumo de agua, de fueloil y de electricidad. Quedaba absolutamente prohibido, por ejemplo, bañarse en algo más de un dedo de agua, dejar una lámpara encendida en una habitación vacía o «calentar todo Canadá» abriendo las ventanas en pleno invierno. Seguía una serie de recomendaciones relativas a las asignaciones semanales de productos de limpieza e higiene personal: jabón de fregar, betún para los zapatos, papel higiénico (un cuarto de hoja por micción).

Gástrula espiaba a su sobrino como un halcón, sin dejar que apoyara nunca los codos en la mesa (una costumbre nefasta para la vida útil de los jerséis) y menos aún que arrastrara los pies, obligándole a caminar al paso de la oca, como los soldados rusos por la Plaza Roja. Cuidaba de que se terminase la última miga que quedara en el plato, aunque el niño comía como un pajarito y solía ser tarea difícil. Un día que puso mala cara a las coriáceas lonchas de ternera grisácea, filamentosa y repleta de nervios que hacían pasar en nuestra mesa por rosbif, recurrió a la amenaza:

—Malgastar la comida termina pasando factura. Acábate el plato o te enviaremos al internado de Trois-Pistoles, donde solo sirven patatas azules.

En cuanto su tía se hubo dado la vuelta, él se apresuró a deslizar subrepticamente los trozos de carne entre los tubos polvorientos del radiador de hierro que se encontraba detrás de su silla. Creía haberse salido con la suya cuando Gástrula lo detuvo en el momento en el que se levantaba de la mesa.

—No tan rápido, pequeño. Recoge primero tu carne del suelo y cómetela, que yo te vea.

De todas las humillaciones que había tenido que sufrir en el transcurso de su joven existencia, esta se contaba sin duda entre las más mortificantes. Por eso sintió un gran alivio cuando, al día siguiente, pasó a manos de su tía Mórula.

Esta había sido designada para iniciar a nuestro heredero en las realidades del vasto mundo; dentro de los límites, claro está, del cercado que rodea el Enclave. A modo de programa pedagógico, organizó un recorrido por los lugares emblemáticos de nuestra gloriosa ciudad, cuyo objetivo, bajo apariencia turística, era instilar en el chico un miedo saludable hacia todo lo foráneo, por si un día se le ocurría la idea de aventurarse fuera de mis paredes.

—No hay que fiarse —le dijo para empezar la lección— de nada ni de nadie.

Lo llevó primero a la zona infantil del parque Connaught, donde se mantuvo apartado del alegre grupito de niños mientras escuchaba a su tía exponerle en detalle los riesgos de amputación, estrangulación, parálisis y traumatismo craneal ligados al uso de columpios, toboganes, tiovivos y redes de escalada. Mórula mencionó igualmente la suciedad de los cajones de arena, adonde, con toda seguridad, acudían a

hacer sus necesidades los gatos del vecindario, y la insalubridad de la fuente pública, verdadero foco de poliomielitis.

—Por no hablarte del peligro que representan todos esos enormes olmos —dijo sentenciosamente—. Al mínimo golpe de viento, te cae una rama sobre la cabeza, y, cuando hay tormenta, hasta te puede electrocutar un rayo.

Como el niño permanecía impertérrito ante sus amenazas, lo condujo tirándole de la manga hasta la estación, donde le advirtió sobre el tren de medianoche, que se llevaba hasta el Gran Norte a los pasajeros que tenían la desgracia de montarse en él, sin probabilidad de regreso, así como sobre el hombre salvaje que vivía en el túnel y se alimentaba de la carne fresca de los niños. De camino al puesto de bomberos, le contó que unas ratas gigantes vivían en las alcantarillas y se le comerían el pie de un bocado si chapoteaba en los charcos de la cuneta. En el ayuntamiento, le habló del soldado desconocido enterrado bajo el cenotafio al que se oía mascullar: «¡Mi pierna de oro!», cuando uno se acercaba^[6].

—¡Mentira! —dijo Vincent, con la oreja pegada a la piedra del monumento.

Desesperada, Mórula lo arrastró hasta los confines del Enclave para mostrarle una vieja casa abandonada que algunos creían encantada. Vincent miró la casa en ruinas con perplejidad y ligeramente contrariado antes de exclamar:

—¡Pues no canta nada en absoluto! ¡No tienen razón!

Con gran desánimo, Mórula lo trajo de vuelta bajo mi techo tirándole del brazo y declaró ante Estelle que el niño era irrecuperable.

—De todas formas —comentó Louis-Dollard—, ya es hora de que mi hijo se despegue de vuestras faldas.

Y decretó que, en adelante, él mismo supervisaría el aprendizaje del chico.

Ofuscado al constatar que, con cinco años, Vincent no sabía todavía «leer en árabe», se dispuso a enseñarle a escribir los números. Lo condujo a su despacho y encendió la lámpara del secreter, cuya insuficiente iluminación mantenía la habitación en una oscuridad asfixiante. Lo sentó sobre un taburete, delante de un libro de contabilidad y un lápiz 6H (la mina más dura y más resistente al desgaste), y le asignó la tarea de copiar el registro de los alquileres.

Fue gracias a este ejercicio fastidioso como Vincent descubrió un hecho fascinante. Al igual que ocurría con el rostro humano, las cifras poseían una fisonomía en la que era posible leer una imponente gama de expresiones: la sorpresa, el miedo, el enfado, la duda, el disgusto, la maldad, la tristeza... Sus líneas, rectas o redondeadas, tenían en cierto modo la misma función que las facciones de una cara, sugiriendo cejas fruncidas, ojos desorbitados o labios sonrientes. Preguntándose si también ocurriría con las letras del alfabeto, probó a hacer lo mismo, pero al cabo de tres horas todavía no había sentido ninguna emoción particular. Vio en ello la confirmación de que los números, que no necesitaban combinarse para significar

algo, poseían una individualidad exactamente igual a la de los hombres. Y, a falta de amigos, hizo de ellos sus confidentes.

¿Qué habría hecho un niño como este con unos juguetes? ¿Qué placer habría podido sacar de unos actos tan inútiles como empujar cochecitos por una alfombra, lanzar una pelota o unir las piezas de un mecano? Incluso un triciclo o un cochecito le habrían aburrido profundamente. Para felicitarlo por sus esfuerzos, Louis-Dollard le regaló una vieja cinta de medir. Aquel día un nuevo mundo se abrió ante sus ojos, un mundo en el que las cosas tenían desde ese momento un largo, un ancho y un grosor; nuevos datos cuantificables con los que completar su esencia numérica. Se dedicó durante meses enteros a establecer las dimensiones de mis habitaciones y mis muebles al dedillo, y registró estos datos en su cuaderno de contabilidad. Siguió de la misma manera el crecimiento de su cuerpo, llegando a la conclusión de que la distancia desde el codo hasta el puño era igual al largo del pie, y de que la velocidad de crecimiento de las uñas era proporcional al largo de los dedos.

Con seis años conocía las medidas de todo su entorno. Estaba listo para la siguiente etapa de su desarrollo, y, por su cumpleaños, su padre le regaló un termómetro. De modo que ahora tenía acceso a una dimensión cuyas variaciones eran registradas por la expansión de unas gotas de mercurio. ¿Toda la materia sufría las mismas contracciones cuando el aire se enfriaba? ¿Aumentaría su cerebro de volumen con la fiebre? Se puso enseguida a calcular promedios y a ilustrar sus tablas con gráficas de barras, áreas y líneas. Para completar sus observaciones, fabricó una balanza de platillos con un cinturón y las tapaderas de dos tarros, y constató la evidencia de que el peso de las cosas no dependía de su volumen. Tomó la costumbre de pesar todos los productos que compraba Gástrula, y así consiguió probar que el tendero había tratado de timarla en varias ocasiones. Los resultados concluyentes de esta investigación le valieron la mejor de las recompensas, o sea, el reloj de pulsera cuya maquinaria tantas veces había montado y desmontado su tío Óscar en otro tiempo. No sería capaz de describir la satisfacción que aquello le produjo a Vincent. Baste con decir que, gracias a ese instrumento de precisión, por fin pudo anotar en su cuaderno de contabilidad el horario regular de los trenes, así como las modificaciones de los días festivos.

A Estelle, sin embargo, esas actividades le parecían niñerías y, el día en el que Vincent cumplió siete años, decidió que el recreo había terminado.

—Ahora tienes uso de razón —le dijo—. Ha llegado el momento de que vayas al colegio y te preparemos para tu confirmación.

Confiscó la cinta de medir, el termómetro, la balanza y el reloj. Colocó luego los objetos delante de su hijo y solo le permitió elegir uno.

—A partir de este día, los demás se guardarán bajo llave en el armario —le dijo—. Asegúrate, pues, de elegir bien.

Vincent optó por el reloj sin dudarlo un instante. Lo último que quería era que se le hiciera tarde cuando llegara la hora de abandonar la casa familiar.

Vincent ha empezado los trabajos de reparación al alba, estando yo todavía medio dormida. Ha plantado su escalera en medio de los arriates, se ha subido al tejado con el martillo y, desde entonces, no para de darme golpes a un ritmo constante. Al principio el martilleo era solo otra de esas molestias que emponzoñan la vida urbana, pero, al cabo de las horas, se ha convertido en el equivalente a la implacable gota de agua de la tortura china, decuplando sus reverberaciones a través de mis cabrios con más fuerza si cabe porque me anticipo y los aprehendo. Ahora sé lo que deben de sentir los yunques..., y he de decir que de repente me invade una franca simpatía hacia ellos.

No debería quejarme de esta delicada atención, pero tampoco me veo en la obligación de sentirme más agradecida de la cuenta. Después de todo, mis nuevas tablillas no son sino emplastos sobre un cuerpo plagado de heridas; el proverbial dedo en el agujero del dique en perpetua amenaza de ruptura. Por culpa de una grosera negligencia, me he convertido en la ruina de mis ruinas. Mientras cada primavera un enjambre de obreros se afana en rejuvenecer a mis vecinas, yo espero en vano la visita de un fontanero o de un electricista. En veinticinco años, mis desgastadas paredes no han visto la sombra de una brocha. Jamás alcanzaré la venerable edad de las pirámides, que teniendo la ventaja de haber sido erigidas en pleno desierto, no están obligadas a ver cómo pasa el agua a través de sus cimientos como una vieja carraca. Un día, sin duda, me desmoronaré como la casa Usher, sepultando bajo mis descombros a mis siniestros habitantes y con ellos la montaña de dinero que habría podido salvarme.

Vincent no es el único que se ha levantado con las gallinas. Estelle va y viene en su cuarto desde hace un rato, gritando a pleno pulmón una letanía de quejas y reproches contra Louis-Dollard, acompañados de grandes gestos teatrales, cuyo efecto dramático comprueba cada vez que pasa delante del espejo. Gástrula, en la cocina, lucha contra las náuseas que le provoca cada mañana la preparación del desayuno, con el olor a pan quemado al tercer grado y los obscenos suspiros de hembra en celo que emite el percolador. Blástula se apresura a recoger los envoltorios sucios del suelo, vestida con un blusón inmaculado y armada de sus preciosos guantes amarillos de caucho. Y he aquí que Penny llega en este momento con una caja envuelta en una bolsa de papel debajo del brazo. Cuando me dispongo a dejarla entrar, es interceptada por Louis-Dollard, que la estaba esperando impaciente parapetado tras un arbusto, y que la aborda con ojos de cordero degollado.

Después de veinte noches en el asiento trasero del coche, mi venerable fundador no es más que la sombra de sí mismo. Tiene el cabello enmarañado y parece que su pantalón hubiera sido confeccionado con el fuelle de un acordeón. Desterrado tanto de la cocina como del comedor, no le queda más remedio que ir a alimentarse a la barra de la miserable cafetería Deguire, donde, peligrosamente inclinado sobre un taburete giratorio y rodeado de una horda de adolescentes mal educados que encadenan sin descanso las ruidosas canciones de la gramola, engulle a todo correr un

sándwich de sardinas y un corte de helado napolitano, y sale huyendo sin ni siquiera beberse un café. Echa de menos la sopa de fideos de su mujer y las tazas de Postum que esta le concede de cuando en cuando. Echa de menos incluso sus patadas por debajo de la mesa. Y, sobre todo, echa de menos el confort de su viejo colchón.

—Si hubiera sabido que lo metería en un aprieto semejante —le dice Penny—, jamás le habría pasado los soplos de mi amigo.

—Descuide, no se lo reprocho en absoluto. ¡Todo lo contrario! Jamás olvidaré la fiebre que me invadió al entrar en el hipódromo, al escuchar el toque de salida, al ver a los caballos franqueando la línea de llegada... Tenía la espalda completamente empapada. Pero ahora estoy curado, y espero que pueda interceder por mí ante Estelle y convencerla de que tengo el corazón contrito. De hecho, le he escrito una carta de amor, y me gustaría saber lo que opina de la misma.

Le tiende un trozo de papel garabateado en el que Penny puede leer el mediocre resultado de tres horas de esfuerzos:

Muy querida, amada, encantadora y tierna esposa:

Permíteme que te exprese toda la admiración y la estima que siento por tu bella e inteligente persona, y los amistosos sentimientos que albergo por ti. Te aseguro que voy a continuar e incluso a aumentar mis atenciones hacia ti y a hacer todo lo que esté en mi mano para que seas feliz. No me resultará difícil, porque tienes muchas cualidades por las que eres digna de ser amada: belleza, bondad, un alegre temperamento... Te deseo toda la felicidad del mundo y que goces de una excelente salud.

De tu esposo, que te quiere y te adora al centuplicado,

Louis-Dollard

Penny le devuelve la carta meneando la cabeza.

—Las palabras bonitas no valen nada, aunque las multiplique al céntuplo. No subestime la tarea. El perdón de su mujer, como cualquier otra cosa, tiene un precio, y, por si lo hubiera olvidado, ella lo ha cifrado en siete mil quinientos dólares.

—Es una suma exorbitante...

—¿De verdad está tan por encima de sus posibilidades?

Louis-Dollard se atasca un pelín antes de responder:

—A decir verdad, lejos estoy de encontrarme sin recursos... Sin que mi mujer lo sepa, he ido acumulando una reserva privada en un escondite que me he fabricado en un rincón ilocalizable de mi escritorio. ¿Usted cree que aceptaría un cheque personal o que exigirá el pago en efectivo?

—Bien sabida es la preferencia de la señora Delorme por el dinero al contado, pero, de esa manera, también podría tener la impresión de que la está sobornando.

Estoy segura de que apreciaría mucho más un pequeño regalo a guisa de reconciliación. Un abrigo de pieles, por ejemplo...

—Estelle ya tiene una estola muy bonita. Además, la menopausia le provoca golpes de calor. ¿Qué necesidad tendría ella de un abrigo?

—No siga buscando excusas. Lo único que consigue es agravar la situación y perjudicar su propia causa. Si desea volver a su cuarto, tendrá que pagar de una forma u otra. Y considérese afortunado, pues, como estamos fuera de temporada, hasta puede que le hagan descuento.

—¿Ha traído la vainilla? —susurra Mórula viendo aparecer el rostro sonriente de Penny por el resquicio de la puerta.

En cuanto Louis-Dollard se ha marchado, nuestra joven inquilina se ha deslizado por mis parqués sin que crujan los listones y, con tres vueltas de llave maestra, ha forzado la cerradura del candado que condenaba la habitación de Mórula.

—Deme su vaso —dice—. Tengo algo mejor.

Saca de la bolsa de papel de estraza una botella de cuello largo con una profunda cavidad en la base que guarda dentro, como bajo una campana de cristal, la figurita de una bailarina con tutú blanco y zapatillas doradas. La botella contiene un licor amarillo muy pálido en el que flota una escarcha dorada. La etiqueta reza: «Licor dorado Lucas Bols, producto de Holanda, 60° G. L., 30 % de alcohol». El pedestal sobre el que reposa la bailarina esconde una caja de música y, cuando Penny gira la llave, esta se pone a bailar al ritmo del Vals de los patinadores, de Émile Waldteufel, mientras que a su alrededor revolotean los copos dorados suspendidos en el licor.

Ante tan encantador espectáculo, Mórula emite unos sonidos guturales que solo podría calificar de arrullos. Sus modulaciones pasajeras se embalan de repente, se amplifican y se aceleran a un ritmo jadeante. La pobre mujer no ha sido nunca presa de una fascinación parecida. Cuando la cajita de música se detiene y la bailarina se queda inmóvil, le faltan el aliento y la voz. Le tiende a Penny su vaso, y esta se lo llena hasta arriba de licor. Siento enseguida la poderosa emanación de alcohol que se desprende, con sus notas de vainilla Burbon. Mórula se moja los labios emitiendo unas risitas ahogadas.

—No, no —dice Penny—. Es *schnaps*... Tiene que bebérselo de un trago.

La otra obedece con la docilidad de un paciente, echando la cabeza atrás y mostrando la garganta.

—¡Quema! —dice, enseguida arrepentida—. Pero nunca había bebido algo tan delicioso.

—¿Un poquito más?

—Sí, pero solo una gota. O dos.

—¿Por qué no se queda la botella? Tengo otra en reserva...

—Es demasiado buena, querida Penny. En cuanto salga de aquí iré a nuestra capilla familiar y rezaré una novena.

—¿Los Delorme tienen una capilla?

—¡Claro que sí! Está aquí mismo, en el sótano. Mi padre fue quien la decoró. Es una habitación completamente verde, con el techo constelado de monedas.

—¡Oh! Me encantaría visitarla...

—Por desgracia, no se admiten extraños.

—¿No podría hacer una excepción conmigo?

—Ni siquiera yo tengo derecho a entrar sola.

—Y ¿por qué tantas precauciones por una simple capilla?

Animada por el *schnaps*, Mórula se abandona a las confidencias:

—Cuando murió mi padre, la capilla cambió ligeramente de uso. Ahora también sirve de cámara acorazada. No se lo diga a nadie, ¡pero ahí es donde se almacena toda nuestra fortuna!

Penny le da siete vueltas a la lengua antes de responder a esta extraordinaria revelación.

—¿No les da miedo que les roben?

—¡Imposible! La puerta está blindada.

—Pero una cerradura se puede forzar tan fácilmente...

—No tiene cerradura. Está protegida por un sistema de cerramiento a prueba de todo, y la combinación solamente la conocen Estelle y Louis-Dollard.

—¿Y ustedes? ¿No comparten el secreto de los dioses?

—Blástula, Gástrula y yo somos los parientes pobres de esta familia. Nos vamos a estar acordando de nuestra condenada cuñada durante el resto de nuestras vidas...

Sobre mi tejado, los golpes de martillo se espacian, luego paran completamente. Mórula mece la cabeza, lista para dormirse. Penny aprovecha para alejarse de puntillas. Es casi mediodía y tiene asuntos más importantes que atender.

Penny llega al pie de la escalera justo cuando suena el ángelus en el campanario de la iglesia, y divisa a Vincent inclinado en lo alto, dudando si bajar o no.

—¿Tiene vértigo? —le pregunta.

—En absoluto. Es que hay un gato rondando por los arriates y he tratado de asustarlo, pero se niega a moverse.

—¿Ese gordo minino naranja?

—¿Tendría usted la amabilidad de alejarlo con delicadeza? No quiero hacerle daño al tirar el martillo.

Penny solo tiene que agitar un par de veces los brazos para echar al morrongo.

—Debe de estar pensando que soy un cobardica —dice Vincent en cuanto sus pies tocan el suelo.

—El miedo a los animales es algo natural. No tiene por qué avergonzarse.

—El mío me ha sido inculcado desde pequeño. Mi fobia a los gatos está ligada a una desafortunada experiencia de la que preferiría no hablar.

—Espero que me la cuente algún día...

—No se haga demasiadas ilusiones. Algunos secretos de familia es mejor dejarlos enterrados.

—Parece que carga usted un peso tremendo sobre los hombros.

—¿Acaso no entra eso en el lote de cualquier heredero? Tengo que abrazar la empresa familiar y prepararme para suceder a mi padre...

—Nadie es prisionero de su destino.

Vincent mira a Penny parpadeando, como si estuviera deslumbrado. Tiene las mejillas encendidas y, por un momento, me recuerda al niño que fue, a cuando todavía no había aprendido a templar su entusiasmo y contener sus ardores. Su rostro, sin embargo, vuelve a oscurecerse tan rápido como antes se había iluminado, y la frente se le ensombrece.

—¡No vaya a decirle eso a mi madre! Ya está convencida de que seré la ruina de los Delorme. Cree a pies juntillas en la maldición de las fortunas burguesas, según la cual la primera generación amasa el capital, la segunda lo hace fructificar y la tercera se apresura a dilapidar el patrimonio.

—¿Pretende usted gastarse toda su herencia?

—El dinero es una dependencia de la que yo preferiría escapar.

—Tendrá primero que librarse de sus secretos.

—¿Incluso de los más vergonzosos?

—Me temo que sí.

Esta vez, nada retiene la sonrisa de Vincent.

—Si alguna vez me confío a alguien, será a usted.

Son adorables los dos, pero ya va siendo hora de que dejen de hacer el ridículo tratándose de usted.

Era medianoche cuando Mórula, Gástrula y Blástula entraron en tromba en la habitación del pequeño Vincent y encendieron la violenta luz del plafón para arrancarlo sin piedad de su apacible sueño. Tras ordenarle silencio absoluto, le vendaron los ojos y lo obligaron a bajar al sótano. En fila india, atravesaron la cocina y el lavadero, guiados por el rugido sordo y amenazante de la caldera.

Fue al contacto de sus pies con el cemento frío cuando el niño comprendió que acababan de franquear el umbral de la carbonera, a la cual siempre le habían prohibido acercarse bajo las más graves amenazas. Demasiado asustado para recular, trató de averiguar lo que le esperaba a través del intersticio de la venda. Sin embargo, no consiguió discernir nada, salvo una puerta estrecha de un solo panel de acero templado, sin bisagras ni pomo, ennegrecida por largos regueros de hollín. Se disponía a formular una pregunta cuando, de pronto, el silencio fue traspasado por un chirrido agudo. La puerta, bajo el impulso de una fuerza desconocida, acababa de bascular, dejando que emanara, en medio de partículas de carbón, el más embriagador de los perfumes: el de los billetes de banco recién imprimidos. Entonces empujaron a Vincent hacia el interior sin ningún miramiento y, en cuanto este hubo dado tres pasos, le arrancaron la venda.

Lo primero que vio, bajo el resplandor de las antorchas, fue el retrato de cuerpo entero del rey Jorge VI. Reparó acto seguido en la cúpula del antiguo silo, con su mosaico de monedas de cobre patinado, así como en las paredes, pintadas con aquel verde tan familiar para los numismáticos (que es, de todos los colores, el más dulce a la vista, por tratarse del complementario exacto del rojo sangre). Se detuvo por fin en la pirámide que se elevaba en el centro de la pieza, todavía más impresionante si cabe porque estaba hecha de verdes fajos de billetes, meticulosamente apilados y sujetos por gomas elásticas de cartero. El niño calculó a ojo que debía de haber, por lo menos, doscientos mil dólares guardados en aquella cámara acorazada. ¿Cuántos años y, sobre todo, cuántas privaciones habrían hecho falta para amasarlos?

Perdido en sus cálculos, Vincent se olvidó por un momento de los peligros que le acechaban. Pero recuperó su sensación de angustia en cuanto vio entrar a su padre y a su madre. Ambos iban vestidos con largas albas de un color glauco que se les reflejaba en la piel haciendo que Estelle se pareciera todavía más a un reptil que de costumbre. Esta se acercó a su hijo y lo forzó a tumbarse en el suelo boca abajo, ante el retrato del rey Jorge VI, mientras le decía:

—Póstrate ante Su Majestad.

Solemne como un papa, Louis-Dollard se colocó detrás de la pirámide. Portaba un ladrillo de arcilla que levantó a modo de hostia por encima de su cabeza antes de tomar la palabra:

—Estamos reunidos esta noche en la cámara verde para acoger a Vincent en el seno de nuestra orden. Es una gloria para la familia Delorme admitir en su templo una nueva vocación, pero también un gran deber para el novicio que se compromete. Vincent, debes jurar que a partir de ahora servirás a la Pieza Madre, defenderás la

integralidad del Tesoro familiar y contribuirás a su crecimiento a lo largo de toda tu vida. En virtud de la dignidad de tu sacrificio, aceptas someterte en cuerpo y alma a la autoridad suprema del capital y renuncias a los beneficios de sus intereses. Para honrar tus votos y no faltar a tus compromisos, resistirás un día tras otro a la tentación de gastar y no tendrás nunca en el bolsillo más dinero del que necesites.

Con toda la autoridad que le confería su título de celebrante, ordenó a Vincent que se levantara y se acercase a él.

—Ahora, a modo de voto, repite conmigo la oración que voy a recitar:

Dólar nuestro tan apreciado,
abónense tus fondos,
lléguenos tus ahorros,
háganse tus depósitos en el Tesoro como en los libros.
El interés nuestro de cada día dánoslo hoy,
y perdona nuestros gastos
así como nosotros aprovechamos tus adelantos.
No nos dejes caer en la especulación
y preserva nuestro capital.
Solvente sea.

»Con este ladrillo sagrado que encierra la Pieza Madre y sobre el cual se ha construido nuestra Iglesia, yo te bautizo. En el nombre del dólar, del centavo y de la Santa Economía.

Las tres tías se apiñaron entonces alrededor de Vincent, y Estelle, en calidad de maestra de ceremonias, tendió al celebrante un bocal lleno de resina de abeto con la que este último embadurnó las manos del niño para que «nunca se le escurra el dinero de entre los dedos». Luego le entregó un pequeño cerdito rosa de plástico translúcido, con una ranura en la parte de arriba, e insertó en ella una moneda de cobre, una de níquel y otra de plata.

—Recibe esta hucha, instrumento necesario para tu sacerdocio, así como estas tres monedas, que atraerán como un imán a todas las demás. Desde ahora eres miembro de la Orden de Su Majestad y guardián de sus secretos. Quedas sujeto a la ley del silencio. Si un día revelas a quienquiera que sea el monto de nuestra fortuna o la existencia de la cámara verde, has de saber que serás arrastrado ante nuestro tribunal y te expondrás al más severo de los castigos.

Dicho esto, volvió a vendarle los ojos a su petrificado hijo y las tías lo condujeron de nuevo a su habitación y le metieron en la cama.

Vincent pasaría el resto de la noche despierto y sumido en la oscuridad de su cuarto.

Cuando Louis-Dollard le confió a Estelle su intención de darle dinero al chico, esta se opuso enérgicamente.

—No tardará en perderlo o en gastárselo.

Pero Louis-Dollard había insistido:

—Sin dinero, ¿cómo aprenderá a ahorrar?

Impaciente por demostrar lo acertado de su decisión, mostró a Vincent el procedimiento para rellenar un talón de depósito y le entregó una libreta para que llevara el control, en todo momento, del saldo de su cuenta, que entonces se elevaba a dieciséis centavos contantes y sonantes. Le presentó también las bases de la liturgia, le explicó la diferencia entre un pecado capital y uno material, y le hizo aprenderse de memoria la lista de los diez mandamientos:

1. Amarás a Su Majestad sobre todas las cosas.
2. Honrarás a la Pieza Madre y al resto de las monedas y nunca las destruirás.
3. Te acordarás de que el dinero no crece en los árboles.
4. No llevarás calderilla encima.
5. No gastarás tu dinero en vano.
6. No darás limosna a los pobres.
7. No prestarás. Ni empeñando ni a usura.
8. No jugarás.
9. No aceptarás monedas falsas.
10. No codiciarás los artículos de las tiendas.

Finalmente, antes de dejarlo marchar, le repitió la sabia verdad que su propio padre le había transmitido:

—No hay mejor ahorrar que poco gastar.

Durante todo un año, Vincent se contentó con admirar su fortuna a través de las brumas del plástico rosa, y su padre no pudo menos que felicitarse por haber confiado en él. Pero, un día en que se divertía agitando el cerdito para escuchar el tintineo de las monedas, ocurrió que una de estas fue a atascarse en la ranura. Cediendo entonces a la curiosidad, tiró de ella.

Por primera vez en su vida, Vincent tenía una moneda de verdad en la mano, y podía darse el lujo de examinarla a su antojo. No era una pieza nueva. En realidad, estaba tan negra como el interior de una caja fuerte. A pesar de la pátina y de las marcas de desgaste, los motivos todavía tenían relieve suficiente como para que se distinguieran los contornos de las dos hojas de arce flanqueando la fecha de acuñación de 1923 y, en el anverso, el noble perfil de Jorge V, *Dei Gratia Rex et Indiae Imperator*^[7]. Vincent sopesó la moneda, la hizo rodar por el suelo, comprobó, atreviéndose con el experimento, que era posible acumular no menos de treinta gotas de agua en su superficie. Se divirtió tanto, se lo pasó tan bien, que en el momento de volverla a meter en la hucha le surgió la duda. ¿Qué podía haber de malo en el hecho

de quedársela todavía un poco más? La moneda, después de todo, no saldría de su bolsillo...

Sus pasos lo llevaron a la estación, desierta a aquella hora de la tarde. Volvió la mirada hacia el monte Royal y divisó el tren de las tres y diez saliendo en ese momento del túnel. En cuatro minutos llegaría a su altura. Vincent tuvo entonces una idea tan descabellada como irresistible. Olvidando el segundo mandamiento y sin pensar en las consecuencias de su acto, saltó sobre la vía del tren y depositó su moneda de un centavo sobre uno de los raíles. Después fue a sentarse en la hierba del talud y esperó. Al acercarse el tren, vio cómo la moneda empezaba a vibrar para luego desaparecer bajo las ruedas del mismo, al tiempo que los frenos chirriaban y la locomotora se detenía. Algunas damas descendieron de los vagones y, como nadie esperaba para subir, el jefe de estación dio al maquinista la señal de salida. Vincent aguardó prudentemente a que el último vagón hubiera pasado para acercarse a las vías. Lo que encontró sobre el balastro ya no parecía un centavo, sino una pastilla de cobre, tan plana como una hoja de papel.

Aquel experimento hubiera debido servirle de lección. Pero, un mes más tarde, volvió a jugar con la hucha, insertando esta vez un abrecartas por la ranura hasta extraer la moneda de cinco centavos. Además de llevar la efigie del castor, su animal favorito, la moneda tenía fecha de 1939, el año de su nacimiento. Ahora, cuando salía a jugar, se guardaba mucho de aventurarse más allá del límite de la propiedad y se quedaba en el jardín. Pero una mañana de tormenta, la moneda se le escapó de las manos, yendo a caer en la nieve. Por mucho que Vincent rebuscó en derredor, le resultó imposible encontrarla.

—¿Qué buscas ahí? —le gritó Mórula abriendo la ventana desde donde lo estaba observando.

Vincent no tuvo más remedio que improvisar una mentira.

—He perdido una manopla.

—No pierdas el tiempo, no la volverás a ver. Cuando la nieve se funda en primavera, tu manopla se habrá hundido en lo más profundo de la tierra y estará saliendo a la superficie en China.

Ya no le quedaba en la hucha más que una moneda de plata de diez centavos con la legendaria goleta de carreras *Blunose* en el reverso. Curioso por conocer su valor de cambio, Vincent decidió dar una vuelta por las pequeñas tiendas que ocupaban el centro del Enclave. Pasó sin detenerse por delante del escaparate del barbero; por el de la zapatería Clément, con sus cajas de betún para zapatos de todos los colores; y por el del señor Vachon, donde se exponían, alineadas, las zapatillitas rosas de niña para clases de *ballet*. Entró en Taylor, una tienda destartada donde vendían refrescos, cigarrillos y chucherías. Con las flautas de Pan de caramelo, las piruletas Astro Pop, los caramelos de café con leche, el tofe de esponja, los palos de regaliz, los bombones *lune de miel*^[8], los chicles de pepsina y las manzanas caramelizadas, era el paraíso de las chucherías. A Vincent no le produjo ningún placer la

contemplación del mostrador, sino más bien unas náuseas imprecisas. Su aspecto despistado lo convirtió en sospechoso a los ojos de la vieja señora Taylor, que creía sistemáticamente que todos los niños querían robarle.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —le preguntó con un francés inseguro—. ¿Un chicle?

Vincent, intimidado, se acercó al mostrador. Al lado de la caja había una pequeña hucha amarilla con la siguiente leyenda: «Haga su donativo para las obras de caridad del Oratorio». Insertó la moneda de diez centavos por la ranura y salió de la tienda aliviado y feliz.

Durmió mucho mejor tras haberse despojado de su fortuna. Las pesadillas, la mala conciencia y el insomnio se acabaron para él. Seguía teniendo el sueño ligero, sin embargo, y, apenas una semana más tarde, se despertó con el chirrido de los goznes de la puerta. Alguien estaba entrando en su habitación bajo el manto de la noche. Era una figura fantasmagórica con un largo camión blanco, envuelta en un perfume azucarado. Cuando la silueta pasó delante de la ventana, Vincent reconoció el perfil aquilino de su tía Mórula.

Esta acababa de pimplarse una botella de esencia de vainilla y no le quedaba dinero para procurarse otra. En su desesperación, esperaba hurtar los dieciséis centavos de Vincent sin que nadie se enterara. Erró por la habitación hasta que sus manos por fin tropezaron con la hucha de plástico rosa. Levantó el cerdito, lo agitó, y hubo de rendirse ante la evidencia: ¡la hucha estaba vacía!

Vincent pensó que las cosas se quedarían ahí, pero al día siguiente lo convocaron al despacho de su padre. Rara vez se le admitía en el santuario paterno, y jamás por una buena razón. En esta ocasión sabía a lo que atenerse. Llamó tímidamente a la puerta. Louis-Dollard estaba sentado en su sillón giratorio, Estelle aguardaba de pie junto a él y las tres tías se habían colocado detrás. No había duda: la corte había sido convocada, el jurado se había reunido, y la prueba estaba expuesta sobre la mesa del despacho.

Recurriendo a su técnica de intimidación favorita, Louis-Dollard dejó que el niño padeciera durante sus cinco buenos minutos antes de dirigirle la palabra:

—Creo recordar haberte dado esta hucha con una moneda de un centavo, una de cinco centavos y otra de diez, que es más de lo que un chico de tu edad debería poseer. Sin embargo, aquí ya no queda ni rastro de ellas. ¿Se puede saber qué ha pasado con tu dinero?

—Lo he extraviado.

—Entonces, debes confesarte. Y mucho cuidado con contarnos un cuento, pues solo te estarías mintiendo a ti mismo.

Vincent se armó de valor y admitió haber perdido la moneda más pequeña.

—¿Y la pieza de diez centavos?

—Renuncié a ella.

—¿Podrías repetir lo que acabas de decir? Creo que he oído mal.

Vincent tragó saliva con tanta fuerza que le pareció que toda la familia podía oírlo.

—La doné a una obra de caridad —terminó confesando con voz estrangulada.

¡Caridad! De todas las palabras recogidas en el diccionario de la Academia de la Lengua, ninguna era más deshonrosa para los Delorme.

—Mira que te advertí que era demasiado joven para confiarle dinero —se mofó Estelle.

—Cuando el hijo pródigo vuelve al redil, hay que matar al ternero cebado. Gástrula, baja a la cámara verde y enciende el brasero.

Louis-Dollard lanzó tres monedas a las brasas ardientes e indicó a Vincent:

—Tiende las manos, mendigo.

Atrapó entonces las piezas incandescentes con unas pinzas y las dejó caer sobre las palmas del niño, que al instante profirió un grito que partía el alma.

—Ahora ya sabes lo que ocurre cuando el dinero te quema las manos.

Vincent se miraba las palmas horrorizado. Unas ampollas de linfa empezaban a formársele en la piel.

—No te daré ni un centavo más hasta que no hayas alcanzado la mayoría de edad. Y considérate afortunado de que no te desherede.

Estelle se despierta con la sensación de una presencia extraña y animal en su cama. Se endereza sobre sus posaderas y encuentra el sitio de Louis-Dollard ocupado por una gran caja rectangular con las palabras «Salón Laura Boucher» estampadas en letra cursiva dorada. Molesta por haber sido sorprendida durante el sueño, arranca la tapa sin ceremonias. En medio de un crujido de papel de seda, surge entonces un abrigo de piel de castor de pelo corto color ostra, con reflejos plateados, botonadura de piedras del Rhin y las iniciales «E. D.» bordadas en el forro de satén.

—¿Qué otra locura nos habrá preparado? —dice desembarazándose de las mantas—. ¿Champán y diamantes?

Las pieles son aterciopeladas al tacto y desprenden un discreto perfume de lujo en cuanto se acercan un poco a la nariz. A pesar de su volumen, el abrigo es ligero, y Estelle, con las pupilas dilatadas de deseo, no puede resistirse a la tentación de probárselo en cuanto termina de asearse. Al pasar delante del espejo, nota que le sienta bastante mejor que su estola de piel de ratón y se detiene un momento para mirarse desde todos los ángulos, emitiendo un pequeño silbido. ¿Se dejará ganar por la vanidad?

Esta mañana se ha levantado con la firme intención de retomar las riendas de la casa, y el primer punto del orden del día es bajar al despacho para proceder a una comprobación de las cuentas en toda regla. Las noticias son aterradoras, descubre que faltan cerca de mil dólares en las arcas y el Libro Mayor no arrastra el saldo. De modo que convoca a Vincent de inmediato y le dibuja un retrato exacto, sin maquillar, del abismo financiero en el que Louis-Dollard les ha precipitado.

—En tu mano está ahora cumplir con tu deber y sacarnos de este trance —le dice a su hijo—. No podemos seguir poniendo parches. Debes pedir la mano de Penny hoy mismo. Sin su dote, estamos acabados.

Espera que Vincent se acurruque en su sillón en señal de consentimiento. Sin embargo, con una despreocupación tan poco común como inesperada, este lanza su lápiz sobre la mesa, se despereza y, entrelazando los dedos, se cruje las articulaciones sin vergüenza ninguna. Su aspecto rebelde le da un empaque que jamás habría imaginado en él.

—La señorita Sterling es una joven admirable. Merece algo mejor que ser explotada por su fortuna.

—¿Olvidas que, a cambio, tendrá el privilegio de llevar nuestro apellido?

—Los sentimientos que tenemos el uno por el otro son, por el momento, de naturaleza amistosa, nada más.

—No te fíes nunca de los sentimientos, hijo mío, y menos para sentar las bases de un matrimonio de conveniencia.

—Permíteme que discrepe.

Estelle no aprecia en absoluto el cambio de tono de su hijo. Y todavía menos sentir su autoridad desafiada de esa manera.

—No sé qué mosca te ha picado este verano, pero te has vuelto un completo insolente. Prefiero advertirte que, tal y como están las cosas, no estoy dispuesta a tolerar ninguna insubordinación.

—Con todo el respeto que te debo, has de saber que en el principio fundamental del amor compartido no voy a ceder.

—Eso ya lo veremos...

Estelle se levanta el cuello de su abrigo de castor y sale precipitadamente del despacho.

Con la cabeza alta y el pecho abombado como un odre, irrumpe hecha una fiera en el garaje, y, al ver a Louis-Dollard muerto de aburrimiento detrás del banco de trabajo, le hace señas para que se levante.

—¡Ponte la gorra! —le ordena—. Tú y yo vamos a dar un paseo.

A Louis-Dollard la imagen de su mujer envuelta en el regalo que le ha hecho le parece un buen augurio para su rehabilitación. Se precipita para abrirle la puerta trasera y él toma asiento al volante. De esta guisa, como chófer con librea y señora, se marchan. De cuando en cuando, Louis-Dollard lanza una mirada al retrovisor con la esperanza de cruzarse con los ojos de Estelle y de confirmar su indulgencia. Pero esta todavía está enfadada por su conversación con Vincent y mantiene el ceño fruncido. La vasodilatación de su cuperosis la tiñe de un púrpura que amenaza con virar a violeta. Dan así varias veces la vuelta al parque antes de que ella se digne dirigirle la palabra.

—¿De verdad pensabas engatusarme con un abrigo de pieles?

—Bueno, un regalo es algo que no necesariamente se merece pero que se debe aceptar, con agradecimiento...

—¿Por quién me tomas? Jamás sucumbiría a una tentativa de corrupción tan flagrante.

—Vamos, Estelle..., ni que estuvieras por encima del bien y del mal...

—Sea como sea, que sepas que no te concederé mi perdón hasta que Vincent se haya prometido oficialmente.

El motor elige ese preciso momento para amenazar con calarse y, antes de que se ahogue por completo, Louis-Dollard da media vuelta. Tras dejar a Estelle delante de la escalinata de la entrada, se vuelve a mirarla y le pregunta con timidez:

—Si no quieres el abrigo, ¿puedo llevarlo a la *boutique* para que me devuelvan el dinero?

Por toda respuesta, Estelle le cierra la puerta en las narices.

Louis-Dollard se siente un poco decepcionado por el giro que han tomado los acontecimientos, pero no se desanima más de la cuenta. No será difícil, piensa él, convencer a Vincent de que se case. Después de todo, Penny Sterling no solo parece un buen partido, sino que además tiene personalidad y es, por si fuera poco,

sumamente guapa. Él, por lo menos, si estuviera en el lugar de su hijo, no lo dudaría. Se presenta, pues, confiado en la habitación de Vincent.

—Hijo mío, no te voy a negar que me encuentro en una situación bastante delicada. La triste coyuntura en la que me hallo tiene que acabarse de una vez por todas. Sin embargo, por mucho que trato de negociar con tu madre, sigue sin querer escucharme.

Vincent se revuelve en su silla sin conseguir disipar su malestar. No tiene ninguna gana de verse envuelto en las querellas de sus padres.

—¿Me estás pidiendo que interceda por ti?

—No serviría de nada. Me temo que todos los recursos de la diplomacia no bastarían para hacer que Estelle cambie de opinión. Ha puesto una única condición para permitir mi vuelta a casa, y se trata de tus esponsales. Hijo, mi suerte está en tus manos.

Vincent se remanga y aprieta los puños.

—El deber filial tiene sus límites, y creo que los míos ya han sido ampliamente superados. Vuestro plan en lo que concierne a la señorita Sterling es innoble y, por lo tanto, me niego rotundamente a participar en él.

—No tomes decisiones precipitadas... Escucha primero lo que tengo que proponerte. Saldrás ganando, te lo prometo. A cambio de tu colaboración, estoy dispuesto a compartir contigo el secreto máspreciado de nuestra familia: la combinación de la cámara verde.

—No, gracias. No tengo ningún interés en disponer de acceso a ese lugar maldito.

—Cuidado, muchacho, lo que acabas de decir roza la herejía.

—Si alguna vez compartí la fe de mis ancestros, reniego ahora de ella. Te he suplicado en innumerables ocasiones que taches mi nombre de tu testamento, y siempre te has negado en redondo. Es inútil, pues, que sigamos con esta discusión estéril.

La necesidad aguza el ingenio, y Louis-Dollard, ante la perspectiva de terminar sus días en el garaje, encuentra en última instancia la carta que le hace falta.

—Si aceptas el compromiso —le propone—, te juro que te desheredo.

Estas palabras caen sobre Vincent como un mazazo, dejándolo tan aturdido que no se atreve a moverse. ¿Cómo reprocharle que sucumba tan rápidamente a la sensación de ligereza que lo inunda ante la idea de que por fin lo liberen del lastre que arrastra desde que nació? Su respiración, siempre un poco entrecortada, se ralentiza a medida que la rigidez de sus hombros se relaja, y una serenidad a la que no está acostumbrado lo invade por completo. Este vacilar no se le escapa a Louis-Dollard, que se apresura a atizar el fuego mientras todavía está caliente.

—Estaba seguro de que acabarías entrando en razón. Me voy a anunciarle la buena nueva a tu madre.

Louis-Dollard atraviesa el pasillo dando saltitos y se presenta ante Estelle pletórico de júbilo. Con la visión del lecho conyugal, le embarga la nostalgia. ¡Qué no daría por acostarse en él y, aunque solo fuera un instante, descansar la cabeza desazonada sobre el mullido almohadón! Por desgracia, su mujer muestra signos de impaciencia, así que no le queda más remedio que ir al grano.

—Todo está arreglado —le anuncia, no sin un cierto orgullo por haber tenido éxito ahí donde ella ha fracasado.

Estelle se frota las manos, viendo ya sus esfuerzos coronados con la victoria.

—No podemos contar con que Vincent tome la iniciativa —dice ella—. Será preferible que yo me encargue, y, cuanto antes, mejor. Voy a invitar a Penny a comer. Hace bueno, y un picnic en el jardín sería la ocasión ideal para la pedida.

—¿Tienes intención de pedir tú misma su mano? —se inquieta Louis-Dollard.

—Por supuesto que no. Diré que me encuentro mal y me eclipsaré en el momento oportuno. Pero vigilaré las operaciones desde la ventana y, a la más mínima señal de que Vincent vaya a echarse para atrás, no dudaré en intervenir. ¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

—No tengo ni un minuto que perder. Ahora bajo a la cocina a darle instrucciones a Gástrula. Blástula pondrá la mesa en el jardín. Tú, mientras tanto, haz algo de utilidad y repara el condenado coche. Hacía tanto ruido esta mañana que he pasado la mayor vergüenza de mi vida delante de los vecinos.

Louis-Dollard se cuida mucho de discutir unas órdenes tan perentorias. Se vuelve al garaje muy contento de escapar de la agitación que recorre ya todo el hogar. Abre el capó del coche, enciende el motor y se pone rápidamente manos a la obra. No sabe mucho de mecánica, de modo que no consigue determinar el origen del problema. Mientras comprueba si no estará patinando la correa del ventilador, yo pienso en las molestias que se avecinan si Estelle logra su objetivo. Vincent es mi tabla de salvación... Hace años que espero su ascenso a cabeza de familia para recuperar mi lustro de antaño. Soy incapaz de dejar que Louis-Dollard lo desherede. Estaría perdida. Puede que nunca se repita la ocasión que se presenta en este momento. Es tan inesperada que no tengo más remedio que verla como una señal del destino. ¿Me atreveré a aprovecharla?

Formulo una última oración por Louis-Dollard, que pronto se dormirá para no despertarse nunca más. Pero no siento ni pena ni piedad cuando aflojo los contrapesos de la puerta del garaje y la cierro sin hacer ruido.

En un tiempo no muy lejano, Estelle nunca habría dejado que Vincent se alejara de su vista. Solía entonces vigilarlo día y noche, cronometrando los minutos que pasaba bajo la ducha y exigiendo que la puerta de su cuarto estuviera siempre abierta de par en par, también mientras se vestía. No concedía a su hijo ninguna forma de intimidad y habría considerado cualquier tentativa de aislamiento como un acto de rebelión. Incluso a los quince años, no tenía derecho a levantarse por la mañana antes de que su madre inspeccionara las sábanas.

—Es un crimen desperdiciar la simiente —se deleitaba reprochándole cuando atisbaba la menor gota de polución nocturna, como si su hijo hubiera abusado de su persona conscientemente.

Convencida de que la humillación pondría fin a aquellas cochinas, rodeaba la mancha con un respunte rojo y enviaba a Vincent a colgar la sábana en la cuerda de tender para que todos los vecinos fueran testigos de su vergüenza. Al cabo de un año, la sábana parecía un *patchwork*, pero ni hablar de reemplazarla, porque eso habría sentado un peligroso precedente. De hecho, a Vincent nunca le permitieron deshacerse de las cosas viejas que aún pudieran seguirse utilizando. Sus pantalones eran demasiado cortos, llevaba los cuellos de las camisas raídos, y un generoso encerado no podía disimular el lastimero estado de sus zapatos. El aspecto del niño era tan descuidado que el prefecto de disciplina del colegio escribió a sus padres para quejarse: «Si la vestimenta de este alumno no mejora cuanto antes —concluía—, nos veremos obligados a tomar medidas drásticas».

Sus amenazas fueron proferidas en vano, porque nada podía convencer a Estelle de que un joven todavía incapaz de apreciar el precio de la ropa mereciera nada mejor que unos harapos.

La apariencia de Vincent no ayudaba a aumentar su cota de popularidad entre sus camaradas, que solían apartarlo de sus juegos y jamás lo invitaban a casa. Estaba condenado a oírlos hablar de sus salidas, de sus días de esquí, de sus excursiones a caballo, de sus fines de semana en el campo... Y, aunque todas aquellas actividades le fueran desconocidas, no le hacía falta mucho esfuerzo para imaginarse el placer asociado a ellas que podría haber compartido si no hubiera estado obligado a pasar sus sábados en la biblioteca, ocupación encarecidamente alentada por su familia porque era gratuita.

Fue en las estanterías de la biblioteca, que espulgaba por ociosidad, donde Vincent hizo un descubrimiento que cambiaría su vida: la colección Signe de Piste, con sus novelas de aventuras que exaltaban las virtudes del escultismo. A falta de poder engrosar las filas de sus héroes, la banda de los Ayacks o el club de los Atrevidos, nuestro heredero pidió que le admitiesen en la tropa de la parroquia, que se reunía periódicamente en el sótano de la iglesia. Estelle se opuso con firmeza a que su hijo se adhiriera a una organización que promovía la solidaridad gratuita y requería de sus aspirantes la promesa solemne de «ayudar al prójimo cueste lo que cueste». Pero, como no había que pagar el uniforme ni el equipo de segunda mano que le

cedía un antiguo *scout*, Louis-Dollard acabó dando su consentimiento. Durante el campamento, que tuvo lugar aquel año a orillas de un río de los montes Laurentinos, Vincent experimentaría por vez primera la vida fuera del nido familiar. No solo aprendió a hacer un fuego, a nadar, a remar con zagal y a orientarse en el bosque con la ayuda de una brújula, sino que, además, hizo un amigo.

El muchacho, que se llamaba Julien, era uno de los recién llegados al Enclave. En efecto, su familia acababa de mudarse a la avenida Rockland, a una gigantesca casa de estilo español, revestida de estuco y cubierta con tejas de terracota que los Delorme, con su desdén habitual por la ostentación escandalosa de los nuevos ricos, llamaban «el elefante blanco». Vincent sabía que sus padres nunca le permitirían poner los pies allí, de manera que, el día que lo invitaron, le dijo a su madre que iba a pasar la tarde en la biblioteca. La avenida Rockland estaba a diez minutos de su casa. Él hizo el trayecto en menos de cinco. Llegó a casa de su amigo sin aliento, y se detuvo un momento para admirar el Studebaker Champion descapotable color rojo bombero estacionado en la entrada con forma de media luna. Fue Julien en persona quien acudió a abrirle la puerta de cristal con reja de hierro forjado.

—¿No te has traído el bañador? —le preguntó—. No importa. Te prestaré uno de los míos.

Al cruzar el recibidor, Vincent quedó deslumbrado por el suelo de terrazo pulido en el que se reflejaban, como en un espejo, las mil luces de una araña desproporcionada. Atravesaron una cocina ultramoderna, toda de cromo y laminado estrellado, y luego descendieron a una gran sala que Julien llamó «la guarida»: una caverna tapizada de moqueta con motivos geométricos, cuyo mayor atractivo era un televisor Zenith de pantalla abombada encastrado en un imponente mueble de nogal. Cómodamente sentado en un sillón de cuero, con un vaso de whisky con hielo en la mano, el padre de Julien estaba viendo un partido de fútbol con tanta atención que solo dirigió un distraído saludo a los chicos. Estos recorrieron la puerta cristalera y salieron al jardín, donde se hallaba, excavada en la tierra, maravilla de las maravillas, una piscina cuyas aguas de un turquesa electrizante resultaban de lo más tentadoras. Julien le tendió un bañador a Vincent y le dijo:

—Ve a cambiarte a la caseta... Te espero aquí.

Y así, Vincent disfrutó de la felicidad de pasar el día saltando en el agua, flotando sobre una colchoneta, comiendo helados, jugando al Mil Kilómetros y viendo dibujos animados en la tele. A las cinco, la madre de Julien apareció en la casa cargada de paquetes. Volvía del centro comercial, donde se había comprado vestidos y perfumes. Mientras se quitaba el velete y los guantes, se dirigió a Vincent para decirle:

—Te quedas a cenar, ¿verdad?

¿Cómo habría podido rechazar nuestro heredero semejante invitación, venida, por si fuera poco, de una mujer tan joven, tan guapa y tan bien vestida? Fue a sentarse dócilmente en el comedor, donde su cubierto estaba ya puesto sobre un mantelito de hule. La comida consistió en una serie fascinante de manjares cuya intensidad fue

creciendo a medida que los platos se iban sucediendo ante él. Primero le sirvieron un cuenco de sopa de pollo y fideos de sobre. A continuación, probó por primera vez en su vida raviolis de lata. El postre, pastel de ángel recubierto de un glaseado de malvavisco, lo habían comprado en Woolworth. Todo le pareció aún más delicioso porque no estaba hecho en casa.

Llegó sin embargo el momento fatal en el que el padre de Julien se levantó de la mesa y se ofreció a llevarlo a casa. Todavía me parece estar viendo a nuestro heredero bajarse con precaución del Studebaker, con la cara descompuesta. Creo que un fugitivo detenido no habría experimentado la misma aversión ante la idea de tener que volver a su celda. Yo le habría abierto la puerta de no haber estado Louis-Dollard esperándole con pie firme en la entrada, cerrándole el paso con toda la corpulencia de su ancho pecho. Se habría podido decir que no reconocía a su propio hijo.

—Puesto que no respetas el horario que te hemos marcado, habrás de encontrar otra pensión donde pasar la noche. Desaparece de mi vista o llamo a la policía.

La puerta se cerró y apagaron la luz de la entrada. Se había fallado el veredicto, era inapelable: Vincent estaba condenado a dormir fuera. Subió y bajó mi escalinata varias veces todavía, con fe en que su padre se conmoviera y diera marcha atrás en su decisión, pero perdió toda esperanza una vez que el frío empezó a hacerse patente. Intenté calentarlo y amortiguar los espasmos de sus sollozos cuando se acurrucó contra mis cimientos. Mi impotencia me mortificaba, pero ¿qué otra cosa podía hacer por él?

Al día siguiente, tuvo lugar un consejo de familia durante el cual se discutió el caso de Vincent como punto principal. Todos estaban de acuerdo en el hecho de que el muchacho estaba yendo por mal camino y se propusieron distintas soluciones. La más radical fue la de encerrarlo en un reformatorio hasta que cumpliera la mayoría de edad, puesto que no era posible enrolarlo en el ejército. Louis-Dollard les recordó a su esposa y a sus hermanas que la ociosidad era la madre de todos los vicios, y que lo que le pasaba a su hijo era, sencillamente, que le faltaban ocupaciones. Por fortuna, prevaleció la razón y se decidió por unanimidad que el chico empezara a trabajar (ni que decir tiene, al servicio y en beneficio de los Delorme).

Así es como nuestro heredero se convirtió en empleado de la empresa familiar y aprendiz de conserje de nuestro bloque de apartamentos. Cada mañana, antes de marcharse al colegio, debía entregarse a una larga lista de tareas que incluían sacarles brillo a las barandillas y a los buzones, fregar el suelo de los descansillos, reemplazar las bombillas fundidas, barrer los garajes, desatascar los fregaderos, reparar los grifos que goteaban o cambiar las piezas de los fogones. Cuando hacía bueno, cortaba el césped y terminaba los bordes con cizallas, arrancaba los dientes de león y removía el compost. Cuando llovía, hacía el inventario del taller donde se guardaban los motores y las bombas de recambio de las calderas, el material eléctrico, las tuberías de

repuesto y los estores venecianos. Las noches de tormenta se levantaba al alba para ir a retirar la nieve de las puertas de los garajes y de los caminos peatonales...

Se mostró tan diligente que Louis-Dollard le confió la importante responsabilidad de gestionar las ganancias de los monederos automáticos instalados en las lavadoras de pago de la lavandería del inmueble. Cada jueves, Vincent recolectaba las monedas de diez centavos en un gran guante de borreguito, las contaba y las envolvía en unos paquetitos cilíndricos de papel que a continuación depositaba en el viejo maletín de pesca que hacía las veces de caja menor.

El fondo del maletín estaba forrado con un documento apergaminado que Vincent tuvo un día la curiosidad de desplegar. Acababa de encontrar el testamento de su abuelo Prosper.

Al leer el codicilo, comprendió que sus padres llevaban toda su vida ocultándole la existencia de un primo, un pobre huérfano al que habían expoliado su herencia y que vivía ahora, según todo parecía indicar, en la más abyecta pobreza. Se lo imaginó mendigando en la esquina de una calle, pálido, triste, raquítico, vestido con andrajos, muerto de frío... ¿De verdad habían cometido la infamia de robarle a aquel niño su bienestar, su seguridad y su futuro? Pensó en los billetes amontonados en la cámara verde y se los imaginó cubiertos de sangre inocente. Se juró en el acto que encontraría a su primo y que lo indemnizaría, con intereses, por el daño que los Delorme le habían causado.

Una mañana de otoño, mientras Vincent rastrillaba las hojas muertas del negundo, Louis-Dollard fue a buscarlo y lo tomó paternalmente por el hombro.

—Recoge tu rastrillo —le dijo—. ¡Hoy te llevo de caza mayor!

Cargados ambos con sacos de yute, fueron a esconderse en el callejón, detrás de una hilera de cubos de basura.

—¿Qué esperamos aquí? —preguntó Vincent al cabo de veinte minutos.

Su padre le indicó con un gesto que se callase, porque un gato anaranjado se estaba acercando. Vincent conocía bien a aquel animal. Se trataba del pobre Darcy; la señorita Kenny lo había recogido medio muerto de hambre y le había devuelto la vida. Lo había curado, lo había desparasitado e incluso lo había llevado a vacunar al veterinario. Quería a ese gato como a la niña de sus ojos.

Al atractivo olor de las basuras, Darcy se acercó y olfateó los contenedores. En ese instante preciso, Louis-Dollard saltó sobre él y lo encerró en el saco de yute.

—Vamos rápido adentro, antes de que alguien nos vea —dijo, sujetando el saco lejos de sí, mientras el gato lanzaba maullidos lastimeros.

Dicho esto, arrastró a su hijo hasta el cuarto de la caldera y le ordenó encender el incinerador de basuras.

—Nuestra inquilina ha tenido la desfachatez de albergar un gato, ¡a pesar de que queda claramente estipulado, en el artículo 53 del contrato que ha firmado en toda

regla, que los animales domésticos están terminantemente prohibidos en nuestros apartamentos! ¡Se va a enterar ahora de qué madera está hecho el fuego de los Delorme!

Dentro del saco, Darcy había vuelto al estado salvaje. Se debatía con violencia y sus maullidos se habían convertido en rabiosos bufidos.

—¡Venga! —dijo Louis-Dollard—. ¡Tuyo es el honor de alimentar el fuego!

Empujado por su padre, Vincent no tuvo otra elección que tirar el saco a la pira.

—Ahora cierra la puerta, ¡si no, se escapará!

Vincent no se movió. Mantuvo los ojos fijos en el holocausto sin siquiera darse cuenta de que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Los aullidos del gato resonaron en la chimenea mientras que un olor acre empezaba a emanar de su carne asada. Pronto no se oyó más que el crepitar de los huesos a medida que el esqueleto se desplomaba sobre las cenizas.

—Tu madre se va a divertir de lo lindo cuando la señorita Kenny empiece a llamar en vano a su gato perdido —dijo Louis-Dollard—. En cuanto a ti, hijo mío, te has ganado una pequeña recompensa.

Y, en un arrebato de generosidad, entregó a Vincent un billete nuevecito.

—Lleva la efigie de nuestra nueva soberana, la reina Isabel II, cuya coronación celebramos el año pasado. Consérvalo como oro en paño.

El billete verde, del valor de un dólar, había sido emitido en Ottawa en 1954 y portaba el número de serie FD8593322, así como la firma de los señores Beattie y Coyne, respectivamente subgobernador y gobernador del Banco de Canadá. El escudo de armas y el lema del país aparecían en segundo plano, mientras que a la derecha figuraba el busto de Su Majestad, vestida de satén y con adornos de diamantes. Su rostro había sido fijado en una pose estática. Las ondulaciones de sus cabellos, sin embargo, resultaban extrañamente animadas a la vista. Por ese fenómeno singular que llaman pareidolia y que hace que se reconozcan rasgos humanos en los objetos informes, Vincent vio de repente aparecerse, entre los rizos de la reina, la cara de un diablo gesticulante^[9]. Dejó caer el billete con un grito y comprobó que le había hecho multitud de pequeños cortes en los dedos.

A partir de aquel momento, no le quedó ninguna duda de que el dinero era la fuente de todos los males..., y la raíz del Mal.

Un fantástico vertedero... Ninguna otra palabra describiría mejor el jardín de Louis-Dollard. La terraza, construida con tablas podridas y ladrillos rotos, tiene un suelo tan desigual que no puede uno aventurarse por ella sin torcerse el tobillo. En el centro, una carretilla de hierro hace las veces de fuente, cuyas aguas fétidas rivalizan en hediondez con las emanaciones del compost que fermenta en un rincón. Mi venerable fundador ha diseminado en las orillas, a intervalos de setenta centímetros, unas enclenques pulmonarias vellosas, sacadas a partir de rizomas de una misma planta y elegidas por el poco cuidado que requieren. De las ramas de un viburno devorado por las babosas ha colgado su versión barata de un arpa de viento: cinco macetas de barro resquebrajadas que, en cuanto se levanta un poco de brisa, chocan entre sí produciendo sonidos huecos.

¿Existe un lugar más incongruente para dar una *garden party*? Sin embargo, allí ha montado Estelle la herrumbrosa mesa plegable, y, a falta de mantel de plástico, la ha cubierto con una vieja cortina de ducha moteada de moho. En lo que verdaderamente se esfuerza es en disponer en distintos lugares estratégicos tres espejos, que van a permitirle vigilar bajo cualquier ángulo, desde la ventana en la que piensa apostarse, el transcurso de la conversación a solas de los tortolitos. Una vez terminado el trabajo, retrocede para juzgar el aspecto general. No le queda más remedio que admitir que este no puede ser más triste y que la bandeja de sándwiches de rábanos que ha preparado Gástrula no bastará para alegrarlo (y todavía menos para suscitar esas confianzas que acercan a dos seres y los dirigen naturalmente hacia el terreno de la intimidad sin que se den cuenta de que la trampa del compromiso acaba de cerrarse sobre ellos).

Por tanto, obligada por la necesidad y muy a pesar de su monedero, Estelle sale a hacer algunas compras. En cuanto pone el pie en la acera, un ligero vértigo la detiene. He aquí que hace exactamente diez años que no ha franqueado sola los límites de nuestra propiedad; necesita tomar impulso antes de continuar. Al principio su confinamiento era voluntario, motivado por la convicción de que las salidas inducían inevitablemente al gasto, mientras que no costaba nada quedarse en la comodidad del hogar. Pero poco a poco su universo se fue estrechando y, a medida que se restringía, el resto del mundo empezó a parecerle tan extraño como hostil. De mis paredes, que debían haber sido su refugio, ella ha hecho un calabozo del que no puede liberarse sin una cierta angustia. Necesita, pues, todo su valor para alcanzar la pastelería de la señora Rosita, y eso que se encuentra justo en la esquina de la calle.

Entra con la firme intención de salir de allí con el artículo más barato de la tienda, pero sus escrúpulos se funden como el azúcar al sol en cuanto el rico olor a cruasanes y pan caliente alcanza sus fosas nasales, y el color, que la ansiedad había drenado de su rostro, vuelve poco a poco a sus mofletes. Pasa rozando el largo mostrador refrigerado en el que están expuestos los bizcochos, los canapés, los merengues y las figuritas de mazapán, y se detiene, pasmada, ante la gran oferta de pasteles. Bocaditos de crema, petisús de chocolate, bizcochos borrachos, lionesas de café, tartaletas de

fresas, de limón, *petites souris* forrados de *fondant*^[10], pastelitos de zanahoria recubiertos de coco y milhojas se disputan el placer de hacerla salivar.

Mientras piensa qué elegir, entra una niña y avanza hasta la caja. Lleva un bonito vestido de algodón de los colores del tartán Black Watch, con bordado inglés en el cuello y en los puños, pero su corte de pelo a lo *garçon* le da el aspecto miserable de un niño de la calle. La señora Rosita la recibe con una amplia sonrisa y le regala una pasta decorada con una guinda.

—Para ti —dice con su fuerte acento español—. Y, ahora, vuelve con tu mamá.

Estelle interpela a la pastelera y, con un descaro espantoso, le pregunta:

—¿Podría probar una yo también?

Cogida de improviso, la señora Rosita le tiende una galleta. Estelle se la mete entera en la boca y deja que se funda lentamente sobre la lengua. El placer que le procura el sabor a mantequilla, azúcar y vainilla solo es comparable al de haberlo obtenido gratis.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le pregunta la señora Rosita agitando sus rizos negros, a través de los cuales se distingue el brillo de dos aretes de oro.

—¡Una docena de pasteles franceses!

La señora Rosita va a buscar sus pinzas de metal y compone un surtido de sus especialidades. Guarda todo en una caja blanca de cartón y la cierra con un cordel anudado muy tirante.

—Son tres dólares, más cinco centavos por la galleta —le dice mientras registra el importe en la caja.

Estelle hurga en su monedero y paga con los ojos cerrados. ¡Qué importa!, se dice, pronto se acabarán estos dispendios. Y, cuando tenga la fortuna de Penny en el bolsillo, no serán más que un desafortunado recuerdo.

Se marcha con su paquete a un paso casi jovial, pegando la nariz a las ranuras de la caja para captar los efluvios de su contenido. Al pasar delante del garaje, oye un ruido de motor. Está tan satisfecha de saber que Louis-Dollard trabaja en la reparación del coche, tal como ella le ha pedido, que no se preocupa demasiado por que la puerta esté cerrada. Gracias a Dios.

Hay que decir que sus preocupaciones se centran en Vincent, cuyo atuendo desaliñado resulta totalmente inapropiado para tamaña declaración. De modo que sube a la habitación de su hijo y saca del armario su antiguo uniforme de colegio: un pantalón de franela gris y el chaleco azul marino adornado con un escudo. Añade al conjunto una de las corbatas de Louis-Dollard; la de seda gris con puntitos rojos que siempre me hace pensar en la piel de una trucha moteada.

Ha traído también un pequeño estuchito de terciopelo verde que le entrega a Vincent no sin antes hacerle una recomendación:

—Aquí tienes una ayuda para concluir la transacción. Se trata de una joya de la familia que me gustaría conservar, así que solo te la presto. Ya me las ingeniaré para recuperarla cuando estéis casados.

A Vincent le preocupa menos lo que Penny pueda pensar de su indumentaria que el juicio que emitirá sobre el peso de su herencia.

—¿Cómo demostrarle que yo no soy como ellos? —dice en voz muy baja cuando por fin Estelle lo deja solo—. Ojalá fuera adoptado.

Guarda el chaleco y el pantalón, y abandona la corbata sobre la cama. Se queda en mangas de camisa, calzado con zapatillas de deporte. No se afeita, y ni siquiera le concede a su madre el gusto de pasarse una vez el peine. Antes de deslizar el estuche de terciopelo verde en su bolsillo, lo abre y descubre un anillo de diamantes sobre montura catedral en filigrana de oro blanco. Vincent contempla el brillante y las dos *baguettes* que lo acompañan centelleando con la duplicidad de treinta denarios de plata. ¿De verdad merece la pena que ensucie su corazón con la más cobarde de las traiciones solo por la recompensa de ver su nombre borrado de un testamento? Con gusto le soplaría la respuesta, pero esta decisión le pertenece solo a él.

Cuando por fin se decide a bajar al jardín, se encuentra a Penny sentada encima de la pequeña tapia, con las piernas delicadamente moldeadas balanceándose sobre el vacío. Al volverse hacia la mesa, descubre la bandeja de sándwiches de rábanos y los pasteles, todavía en su caja de cartón.

—Espero que no te hayan engañado las artimañas de mi madre —le dice a Penny sin darse cuenta de que la está tuteando—. Todo esto forma parte de su miserable intento de jugar a las casamenteras.

—No te preocupes. He calado su juego desde el principio y sé cómo defenderme.

—No lo dudo, pero temo que subestimes la rapacidad de mis padres. Desde que se enteraron del valor de tu fortuna, solo piensan en echarle el guante y, créeme, están dispuestos a lo que sea para conseguirlo... Incluso a corromper a su propio hijo. Esta misma mañana, mi padre ha prometido desheredarme si aceptaba pedir tu mano.

—Curiosa forma de comprar a alguien...

—Sabe de sobra lo feliz que me haría no tener que tocar nunca su maldito dinero.

—En ese caso, tu integridad te honra.

—Te aseguro que esta situación es tan incómoda para mí como para ti. No estás obligada a quedarte, pero, antes de que te vayas, me gustaría decirte una cosa.

—Adelante, te escucho.

De una patada, Vincent lanza un guijarro al camino.

—Estoy desconcertado por un asunto que te concierne. Tanto que no sé muy bien cómo abordarlo.

—Entonces intenta empezar por el principio.

—He descubierto una cosa en el libro de cuentas que es un poco delicada...

—Continúa.

—He tratado de camuflar el asunto y no le he comentado una palabra a mi madre, pero temo no poder seguir engañándola durante mucho tiempo. ¿Ves adónde quiero llegar?

Penny balancea sus piernas con más despreocupación aún.

—¡Ah! Te refieres sin duda al dinero del alquiler que llevo sin pagar desde hace varios meses.

—No es el tipo de omisión que mis padres se toman a la ligera, y me da miedo que te acabes buscando un problema...

Penny se contenta con encogerse de hombros.

—Creo que ha llegado el momento de que te confiese algo: alquilé ese apartamento utilizando una libreta de banco falsa. Y no he inventado ningún juego, no tengo ningún ingreso... En realidad, no tengo ni un centavo.

Cuando se da cuenta de que la joven no bromea, Vincent se deja caer sobre un banco. Lo he visto reír muy pocas veces durante la veintena de años de nuestra existencia en común pero, esta vez, se parte de risa de verdad y no puede parar.

—¡Qué ironía! —exclama retomando el aliento—. Mis padres se merecerían que nos casáramos, solo por darles una lección.

Con un impulso de los brazos, la joven salta del pequeño muro y aterriza justo bajo la nariz de Vincent. Levanta los ojos hacia él, y sus mejillas casi se rozan cuando se le acerca para murmurarle al oído:

—Acepto.

Envalentonado por el aplomo insolente de Penny, palpa el bolsillo de su pantalón y le tiende el estuche de terciopelo verde que extrae del interior. Ella se aparta levemente cuando ve sus palmas recubiertas de cicatrices circulares.

—¿Qué te ha pasado en las manos?

Vincent comienza a arrancar las hojas del viburno con pequeños gestos nerviosos.

—Otro secreto que te contaré algún día.

Penny levanta la tapa del estuchito con la delicadeza propia de las circunstancias. A la vista de los diamantes que se iluminan al sol, sus ojos se llenan de lágrimas que no son ni de alegría ni de emoción. No puedo explicarme por qué, pero me da la impresión de que llora de amargura. Sí, de un amargor turbado por el odio que deforma su bonito rostro.

Vincent no se da cuenta, porque cuando se apresta a ponerle el anillo en el dedo, lo distrae la furtiva visión del reflejo de un espejo en el arriate de pulmonarias y, en pleno centro de ese reflejo, la imagen de su madre que los espía desde la ventana.

—No nos quedemos aquí —le susurra conduciendo a su nueva compañera de fortuna hacia la puerta del jardín—. Conozco un lugar al abrigo de miradas indiscretas.

Apenas se ha hecho de nuevo el silencio en el jardín cuando un enjambre de avispas viene a perturbarlo. Atraídas por el azúcar, las muy granujas se lanzan en picado sobre los pasteles con un único batir de alas, rasando los montículos de nata entre zumbidos y hundiendo sus patas articuladas en las coberturas de *fondant*. Estelle se da cuenta del hurto y sale horrorizada de su habitación, bajando las escaleras tan rápido como le permite su sobrepeso. Se precipita al exterior con los brazos por delante, espanta a las avispas con el magnífico refuerzo de unos movimientos circulares y se apodera de la caja de pasteles, que aprieta celosamente contra su vientre flácido.

Dispuesta a sacrificar su botín para no tener que compartirlo con los insectos, muerde en el petisú de chocolate y lo engulle de un bocado. La emprende a continuación con las tartaletas, cuyas voluminosas fresas relucen como vidrieras a través del glaseado. El milhojas sucumbe a la presión de sus poderosos maxilares y la crema se desborda por todas partes, atrapada justo a tiempo por la lengua de Estelle, que limpia con avidez las láminas de hojaldre. Copos de merengue y coco caen como la nieve sobre la pechera de su vestido mientras devora el resto de los pasteles con ávidas dentelladas.

La aparición de Vincent en la puerta del jardín interrumpe su masticar.

—Ven, mamá, entra en casa. Ha habido un accidente...

Estelle no se levanta hasta que no se ha chupado los dedos con un gruñido de glotonería y se los ha secado sobre su saciada panza.

III

SÓTANO

¡Y pensar que hace apenas un año los esposos Delorme festejaban sus bodas de plata sin ceremonias, seguros y tranquilos de tener ante ellos un futuro sonriente! Reacio a la idea de cualquier gasto, Louis-Dollard ofreció a Estelle para la ocasión una moneda de veinticinco centavos envuelta en un pañuelo de papel; o sea, el equivalente de un centavo por año de matrimonio. Le había dado su regalo al despertarse; su mujer estaba incorporándose todavía, apoyada sobre las almohadas. Ante la visión de Estelle con los párpados arrugados y toda desgredada, seguro que a Louis-Dollard no le quedó más remedio que admitir que su media naranja no había ofrecido demasiada resistencia a los implacables asaltos del tiempo. Ella era, no obstante, la madre de su hijo, la señora de su casa y la guardiana de su banca, y, en ese aspecto, estaba contento de haber elegido la mejor compañera posible. Le había demostrado con creces que valía su peso en oro, y eso, en su caso, no era nada desdeñable. ¿Podía pedírsele más a una esposa?

Estelle, por su parte, quedó encantada con la adorable atención de su marido.

—Yo también tengo algo para ti —dijo sacando del cajón de su mesilla de noche una moneda de veinticinco centavos que ni siquiera se había molestado en envolver.

El hecho de haberse regalado lo mismo les procuró una buena dosis de diversión, pero también un gran suspiro de alivio. ¡A Su Majestad no le habría gustado que uno recibiera más que el otro y que la balanza ideal de sus cuentas respectivas se desestabilizara por una generosidad indebida! La jornada comenzó, pues, bajo los mejores auspicios, y Louis-Dollard, en un arrebato de entusiasmo, señaló a Estelle que su hijo había alcanzado la mayoría de edad y que quizá fuera hora de concederle un poco de autonomía.

—Nada demasiado radical —le había asegurado—. Lo justo para darle la ilusión de libertad.

Juntos acordaron prestarle el coche una vez al mes. Fue una decisión tomada un poco a la ligera y de la que pronto se arrepentirían, porque iba a permitir que la serpiente de la herejía se introdujera en su pequeño paraíso y trajera consigo el más funesto de los presagios.

Cuando por fin llegó el día del paseo mensual, Louis-Dollard llevó a Vincent al garaje y, tras darle todo tipo de recomendaciones, le entregó las llaves del automóvil, un Dodge Regent verde hoja, con neumáticos de flancos blancos y el capó coronado con una calandra cromada en forma de cabeza de carnero. Aunque ya tuviera quince años, el coche estaba en perfecto estado. Louis-Dollard se lo había comprado a un inquilino que lo había cuidado con celo y que había tenido que desprenderse de él porque lo trasladaban a Vancouver. Vincent ya lo había conducido en algunas ocasiones, cuando su padre lo enviaba a comprar a la ferretería, a la papelería o al cerrajero. Había llegado incluso hasta la calle Craig, donde se encontraba el

proveedor de bombas para termos. Pero nunca se había desviado del camino prescrito. Hoy estaba, por fin, al volante de su vida.

Podría haber aprovechado para darse una vuelta por el Jardín Botánico, por las esclusas de Lachine o incluso por los Laurentinos. Pero prefirió dirigirse hacia el barrio de Rosemont para ocuparse de la misión que se había asignado solemnemente ocho años antes y que ahora, por fin, estaba listo para cumplir: encontrar, costara lo que costara, a su primo Philippe. La única pista con la que contaba se la había proporcionado Mórula un día en que los vapores de la esencia de vainilla la volvieron más locuaz que de costumbre, y sus indicaciones habían sido tan someras como imprecisas.

—La joyería de tu tío Óscar estaba situada en alguna parte de la calle Masson, al lado de un banco, me parece.

—¿No te acuerdas de la dirección?

—Nunca puse los pies allí.

—¿Y su viuda? ¿Dónde vive ahora?

—¿Cómo podría saberlo? No llegué a conocerla.

—¿Nunca quisiste saber cómo le iba?

—¡Pardiez, no! Si era una extraña, Vincent. ¿Por qué te ha entrado de repente tanto interés?

—Curiosidad, nada más.

El banco del que le había hablado Mórula no fue difícil de encontrar, pues solo había uno en aquella calle, situado en la esquina con la 7.^a Avenida. La dirección adyacente, sin embargo, ya no existía; había sido absorbida por el banco cuando este amplió sus locales. Al lado no quedaba más que un estudio de fotografía que había conocido mejores días, a juzgar por los retratos amarillentos colgados en el escaparate. Vincent paseó la mirada distraída sobre los retoños de sonrisas forzadas y los recién casados congelados en poses tan torpes como rígidas. A punto estaba de dar media vuelta cuando le llamó la atención la fotografía de un hombre posando ante una joyería. El nombre escrito sobre el escaparate lo dejó noqueado. Empujó la puerta del estudio sin llamar y, excusándose ante el propietario por irrumpir de aquella manera, señaló el retrato en cuestión.

—¿Se acuerda usted de este hombre?

—Por supuesto —respondió el fotógrafo—. Es Óscar Delorme, mi antiguo vecino. El pobre no tuvo suerte con su joyería. Quebró al cabo de dos años y él murió poco después. Yo todavía estoy aquí, a Dios gracias. Incluso en tiempos difíciles, la gente encuentra los medios para hacerse un retrato.

Vincent observó un momento el rostro de su tío. Buscaba en aquellos rasgos melancólicos un parecido con su padre o sus tías, pero no fue capaz de reconocer más que un vago aire de familia.

—¿Y su esposa? ¿Sabe qué fue de ella?

—La echaron a la calle con su criatura porque ya no podía seguir pagando el alquiler. ¡Una dama tan amable, rebajada al último extremo! Me habría gustado poder ayudarla, pero en aquella época tenía mis propios problemas y le perdí la pista. La volví a ver mucho más tarde, en Morgan, creo. Fue ella la que vino a saludarme, yo apenas la reconocí de tanto como había cambiado. Iba bien peinada y muy elegante, con un sombrero con velete y un collar de perlas de tres vueltas. Llevaba a una linda niñita de la mano.

—Un niño, querrá decir.

—No, no, se había vuelto a casar, fíjese usted, y ahora tenía una niña. El hijo de su primer matrimonio había muerto el invierno anterior.

De todas las posibilidades, la desaparición prematura de su primo era la única que Vincent no había contemplado y, con la triste noticia, sintió que se le abría en el fondo del pecho un abismo que primero le dio vértigo, y luego náuseas. Tras despedirse del fotógrafo, deambuló un cierto tiempo por la ciudad, con las manos crispadas sobre el volante del coche, tratando en vano de aligerar el malestar que le invadía. Al volver a casa comprendió que nada conseguiría expiar su culpa salvo un acto irreversible y desesperado. Fue a buscar a sus padres y les anunció, sin rodeos, que quería hacer voto de pobreza y que tenía la firme intención de unirse a los monjes de la abadía de Saint-Benoît.

Al día siguiente, el consejo de familia se reunió de nuevo para discutir el caso de Vincent. Gástrula propuso erigir un tribunal de la Inquisición y someter al hereje ante el mismo. Blástula quería mantenerlo en cuarentena para evitar cualquier riesgo de contagio. Mórula era más bien de la opinión de que solo el amor podía reconducirlo por el buen camino y que bastaría con encontrarle al joven una prometida, algo a lo que Louis-Dollard vino a sumarse, anunciando que, precisamente, había hallado a la candidata perfecta en la persona de Géraldine, la hija de Charles Knox. Estelle, que soñaba desde hacía mucho tiempo con una alianza con el propietario de los cuatro edificios situados del otro lado del parque, lo aprobó con un gesto de la cabeza. Temía, sin embargo, que aquella medida, aunque radical, no fuera suficiente.

—Con Vincent mayor de edad y todas sus vacunas puestas, no tenemos manera de impedirle cometer lo irreparable. Como medida de seguridad, me parece urgente que modifiquemos los testamentos para evitar que nuestra fortuna caiga en manos de una comunidad religiosa. Entre tanto, nuestro heredero ha de enfrentarse a sus responsabilidades. Sé que es arriesgado, pero creo que no tenemos otra opción: hay que iniciarlo en los secretos de la cámara verde sin demora. Y pienso que eso es algo que le corresponde a su padre.

Se expresó con una voluntad tan irrevocable que nadie se atrevió a contradecirla, y Louis-Dollard le aseguró, secándose la frente, que se encargaría en aquel mismo instante de los preparativos necesarios. Finalizado el consejo, este último desapareció hasta la hora de comer, y esperó al final del almuerzo para pasar a la acción. Dejando la servilleta sobre la mesa, se levantó y ordenó a su hijo que lo acompañara abajo. Lo

condujo entonces a la carbonera y lo invitó a entrar en la cámara verde. A Vincent, que no había vuelto a poner allí los pies desde la noche de su ordalía, le chocó constatar que la pirámide de fajos de billetes se había más que duplicado, tanto que su base cubría ahora casi todo el suelo, dejando a los visitantes muy poco espacio para circular.

—Siente el olor a dinero que reina en este lugar —le dijo su padre—. ¿Hay en el mundo un perfume más embriagador? Viene tanto de las paredes como de la fortuna aquí apilada, e incluso ha impregnado nuestra posesión más valiosa.

Para ilustrar sus palabras, se adueñó del ladrillo que reinaba en la cima de la pirámide de papel moneda, lo acercó a la nariz de Vincent y lo obligó a olerlo.

—Este ladrillo es la piedra angular sobre la que reposa el edificio del Tesoro familiar pasado, presente y futuro. Lo he moldeado con la misma arcilla de la tierra ancestral. Si lo rompieras, encontrarías en su interior la primera de todas las monedas que ganó tu abuelo: la Pieza Madre, aquella de donde provienen nuestras riquezas.

—Todo eso ya lo sé —dijo Vincent.

Aquel comentario no impidió que Louis-Dollard le repitiera a su hijo que la vieja moneda era una matriz fecunda y abastecedora, dotada de poderes magnéticos, capaz de generar beneficios y de atraer el capital a su seno. Sin ella, los ahorros se escurrirían como por un colador y los ingresos se asemejarían a unos miserables engendros.

—Es para garantizar la seguridad de este ladrillo así como del dinero aquí depositado por lo que he ordenado blindar la puerta con manganeso. También la he provisto de un dispositivo de protección a prueba de todo. Cuando está cerrada, ni pomo ni cerradura ni bisagras quedan a la vista, porque la totalidad de su dispositivo de cierre se encuentra encastrado en el techo. ¿Ves esas tres gruesas barras de acero templado que sobresalen del dintel? Sirven de pestillos, y bajan desde el marco para venir a insertarse en tres agujeros perforados en la traviesa superior de la puerta, bloqueando así su apertura. No pueden ser accionadas salvo por una cerradura camuflada justo encima de nosotros, en el salón. Ahora, sígueme arriba. Te revelaré el emplazamiento y la combinación.

Vincent se cruzó de brazos señalando su firme intención de no moverse.

—¿De verdad es necesario que me incluyas en el secreto?

—Le juré a mi padre, sobre su lecho de muerte, que cuidaría de la Pieza Madre y la transmitiría a mis herederos.

—Esta combinación no me será de ninguna utilidad en el monasterio.

—¿Has pensado que, si te conviertes en monje, pondrás fin a nuestro linaje? En nombre de las próximas generaciones, te suplico que retrases tu decisión y te concedas un año para reflexionar antes de cometer un acto irreversible. De aquí a entonces, nada te impide vivir en la miseria, si es lo que realmente deseas.

La petición de Louis-Dollard era razonable, y Vincent prometió tenerla en consideración.

—Dinero estancado, dinero envenenado —observó—. ¿Por qué no invertir esos fajos de billetes en algo útil?

—No conozco una mejor inversión para el dólar que la acumulación.

—Nuestra pobre casa está en ruinas, y necesitaría con urgencia que la reparáramos —insistió Vincent—. ¡Una buena capa de pintura, un acuchillado de los parqués, volver a alicatar la cocina o unas ventanas nuevas no serían ningún lujo!

Louis-Dollard emitió entonces el mismo gruñido que cada vez que tenía que sacar su billetera.

—¡Ja! Esas obras tan importantes se harían, claro, con tus ideas y mi dinero... Pues bien, que sepas que esta locura ya me ha costado un ojo de la cara y la mitad del otro. Me niego a malgastar en ella un centavo más.

En ese momento, comprendí que mi venerable fundador no me había considerado nunca (ni lo haría jamás) como el hogar familiar. Que yo nunca había sido para él más que una granja. Un trastero. Un almacén. Un banco. Una caja registradora. Una vulgar hucha. Que era inútil seguir alimentando la ilusión de que ese padre desnaturalizado se ocuparía algún día de mí.

Sentí un estremecimiento de rechazo que hizo que mis cimientos se resintieran. Bajo la sacudida, las paredes de la cámara verde se resquebrajaron y las monedas de cobre, que solo estaban sujetas por la cola de conejo, cayeron como una lluvia desde la bóveda.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Louis-Dollard agarrándose a su ladrillo—. ¿Es un temblor de tierra?

—No, la casa se ha movido —dijo Vincent muy bajito, como si su voz corriera el riesgo de provocar otro seísmo.

Louis-Dollard alzó la vista para constatar el alcance de los daños y comprobó que en el techo solo quedaban algunas monedas pintadas de verde. Resultaba evidente que una idea empezaba a tomar forma en su cabeza, y yo me pregunté cuánto tiempo tardaría en comprender el mensaje que le estaba enviando. De repente, cayó en la cuenta, y la frente se le cubrió de gotitas de sudor.

—Esas monedas... Forman letras.

—¿Qué letras?

—Mira: ahí hay una M, una A, una N, una E... Y luego, allí, una T...

Completamente lívido, Louis-Dollard se dejó caer encima de la pirámide de billetes y se puso a recitar un rosario de palabras incomprensibles. Vincent, frente a él, lo observaba perplejo.

—No entiendo nada de lo que estás farfullando. ¿Manete... qué?

—*Mane, Thecel, Phares* —articuló Louis-Dollard de un tirón—. ¡Está escrito sobre la bóveda!

Nadie lo habría creído posible y, sin embargo, las letras estaban indiscutiblemente ahí. Incluso Vincent tuvo que admitirlo.

—¡Qué curiosa coincidencia! —dijo.

Su padre casi se abalanza sobre él.

—¡No es ninguna coincidencia, sino una profecía! Y anuncia que sufriré la misma suerte que Baltasar, último rey de Babilonia: mis días están contados, mi alma ha sido juzgada insignificante y mi patrimonio se dividirá.

—¡Venga, cálmate! Empecemos por sellar las grietas antes de que las paredes se desmoronen todavía más, y luego vuelves a pegar las monedas. Ya te ocuparás del patrimonio más tarde.

Louis-Dollard fue a buscar su llana y sus brochas y se puso enseguida manos a la obra. A la semana siguiente, la pared estaba reparada, y ni el ojo más aguzado habría podido detectar rastro alguno de desperfecto en el techo.

Mi profecía, sin embargo, permaneció grabada en su memoria, y espero de todo corazón que se acordara de ella con pavor durante la agonía de su última hora.

Esta mañana enterramos a Louis-Dollard. Ni que decir tiene que con poca pompa. Ni corona funeraria sobre el ataúd, ni música fúnebre durante el servicio, ni limusina en el séquito ni recepción tras las exequias. Ni siquiera me colgaron un lazo negro en la puerta.

Aun a riesgo de alimentar los rumores de suicidio que rodean las circunstancias de su muerte, los Delorme han celebrado para su patriarca unos funerales conformes a su última voluntad. Los miembros del cortejo se contaban, literalmente, con los dedos de una mano. Estelle caminaba delante, sudando bajo su abrigo de castor, con los ojos tan secos como la caja de pino que contenía los restos del difunto. Sus cuñadas la seguían de cerca, cogidas del brazo, birlando al pasar los ramos de flores que había sobre las otras tumbas. Vincent arrastraba los pies mucho más lejos, prefiriendo sin duda distanciarse de ellas. Todavía estaba conmocionado por la muerte de su padre, atormentado por el recuerdo de su cuerpo encogido sobre el suelo del garaje y de sus labios azulados por la intoxicación con monóxido de carbono, afligido por no haber podido reanimarlo para anunciarle la noticia de su compromiso, desesperado por haber llegado demasiado tarde para hacerle modificar el testamento.

Apenas acaban de volver del cementerio cuando Estelle los convoca en el despacho del difunto. Los invita a sentarse delante de ella mientras se instala en el sillón giratorio del añorado patriarca.

—Su Majestad no ha concedido a Louis-Dollard la gracia de expirar en olor de santidad —dice, con las manos bien apoyadas sobre la panza repleta—. Ha muerto en pecado mortal, puesto que no hay despilfarro más escandaloso que el de un motor funcionando en vano. Es lamentable, pero no hay nada que podamos hacer. No veo, pues, ningún motivo para no proceder inmediatamente a la lectura del testamento.

Saca de una carpeta el documento notarial recibido ante el maestro Wilfrid Labonté el 11 de septiembre de 1940 con número 6.352 de sus minutas. Mórula, Gástrula y Blástula se estremecen al instante en sus asientos, las tres expectantes ante la coqueta suma que su hermano les ha prometido en testimonio de su afecto inquebrantable, e igualmente para paliar las deficiencias de su ayuda mensual, que apenas les permite ahorrar nada. Vincent se queda en su rincón sin decir nada, como si todo aquello no fuera con él.

Sin embargo, está a punto de heredar una de las fortunas más grandes del Enclave y, cuando haya echado mano del botín, no tendrá más remedio que ocuparse de mí. Por fin se repararán las afrentas que he sufrido y pronto podré mostrarle mi fachada al mundo sin tener que avergonzarme. ¡Adiós, escapes de agua, pintura descascarillada, bombillas fundidas, cristales resquebrajados, madera podrida y juntas decrepitas! En menos de una estación habré salido de mi declive y seré la envidia de todas las casas del barrio. Me pongo incluso a soñar con verdadero mármol en mi entrada, fruslerías de latón pulido, techos artesonados, acabados en madera de caoba y parqués de madera noble. Viendo que Estelle se pone las gafas y se dispone a leer, abro bien los

oídos de mis paredes para no perderme ninguna de las palabras de la última voluntad de mi negligente fundador.

Yo, Louis-Dollard Delorme, en plena posesión de las facultades necesarias para testar, encomiendo mi alma a Su Majestad y me entrego a sus obras.

A Vincent, el hijo fruto de mi unión con Estelle Monet, le dono y lego la nuda propiedad de los bienes muebles e inmuebles que conformarán mi sucesión, incluida la casa familiar.

A la señora Estelle Monet, mi querida esposa, le dono en usufructo y disfrute la universalidad de dichos bienes muebles e inmuebles. Este usufructo cesará si contrae un segundo matrimonio. Si no, a su muerte.

A las señoritas Mórula, Gástrula y Blástula, mis hermanas, les dejo la ropa y otros efectos personales que tan generosamente les he procurado.

Estelle carraspea triunfal y abre el cajón para guardar el documento. Las caras de las tres harpías que tiene sentadas delante se alargan y sus mandíbulas se descuelgan, hasta que se levantan de un salto y salen en tromba del despacho.

—No te preocupes por tus tías —le dice Estelle a su hijo—. Terminarán por sobreponerse.

Por desgracia, no será este mi caso. La indignación de esas tres no es nada comparada con la rabia que se apodera de mí por haberme precipitado y por mi negligencia. Porque he tenido ese testamento delante de los ojos en innumerables ocasiones a lo largo de los años: Louis-Dollard acostumbraba a sacarlo del cajón y volverlo a examinar en cada uno de sus cumpleaños. El documento me parecía complicado y aburrido, y siempre me contenté con recorrer por encima los dos primeros párrafos. Segura de que Vincent iba a heredar un día todos los bienes, incluida mi persona, detenía ahí la lectura. ¿Cómo iba a imaginarme que la cláusula siguiente le impedía disponer de su fortuna antes de que Estelle estirara la pata? Aquí estoy, pues, por mi culpa, como la lechera de la fábula: mi gozo en un pozo. Y en gran peligro de ser hostigada por nuestra matriarca.

Esta, sin embargo, tiene otras prioridades por el momento, y sabe perfectamente por dónde empezar.

—Recibí ayer una llamada del señor Knox —anuncia sin rodeos—. Quería presentarme sus condolencias y, aprovechando la ocasión, se ha ofrecido a comprarnos nuestro bloque de apartamentos a precio de mercado. Como se compromete a pagar al contado, he decidido aceptar su propuesta, si tú no ves inconveniente. El mantenimiento de este edificio nos cuesta cada vez más caro y me aliviaría quitarme esa carga de encima.

Como usufructuaria, ¿tiene Estelle derecho a vender así las propiedades? Yo no soy notaria, pero me parece que esta maniobra no respeta la última voluntad de Louis-Dollard, cuya fe en el valor tangible del ladrillo era inamovible. Espero una

reacción por parte de Vincent, un sobresalto de rebelión, un alegato en su propia defensa. Pero él se contenta con emitir un suspiro y preguntar, con una pizca de ansiedad:

—El producto de la venta se materializará, seguramente, en una gran montaña de billetes. ¿Dónde piensas depositar todo eso?

—La cámara verde todavía no ha llegado al máximo de su capacidad. Incluso quedaría sitio suficiente para la dote de Penny, si eso es lo que te preocupa. A este respecto, he tomado la iniciativa de redactar un contrato matrimonial bajo régimen de bienes gananciales, que prevé que la esposa nos entregue una dote de treinta mil dólares el día de la boda.

Vincent se cuida mucho de desmentir a su madre y revelarle la suma insignificante a la que se reduce la fortuna de Penny.

—Todavía estoy muy afectado por la muerte de mi padre —le dice—. Sería preferible dejar este proyecto en suspenso hasta el final de nuestro período de duelo.

—¡Al contrario! Para tu padre era importante esta unión, y no hay mejor manera de honrar su memoria que proceder a ella cuanto antes. Además, ¿es que tengo que recordarte que hemos gastado muchísimo dinero en ganarnos a Penny para tu causa? Es tu deber filial ayudarme a recuperar la inversión. Hablando de eso, he invitado a tu prometida a venir a darnos el pésame. Debería pasar a primera hora de la tarde. Tengo la intención de aprovechar su visita para hacerle firmar el contrato.

—Me parece que estás vendiendo la piel antes de cazar el oso. Penny no es tan ingenua como crees.

—Precisamente por eso comprenderá que le interesa unir su fortuna a la nuestra.

En este punto, al menos, no puedo contradecirla. Sobre todo si tenemos en cuenta que la fortuna de nuestra inquilina asciende, en total, a los quinientos dólares que nos debe de alquileres atrasados. Esta unión será para ella lo que se dice un buen negocio.

Cuando por fin llega Penny, alrededor de las cuatro de la tarde, Vincent la acompaña al salón, donde Estelle les espera tumbada en el sofá, con el dorso de la mano colocado sobre la arrugada frente, imitando el gesto de una viuda desconsolada con tanta fidelidad que hasta yo misma habría podido creérmelo.

—Acércate, querida niña, ven a sentarte a mi lado —dice con su voz más trémula—. Tu presencia supone un enorme consuelo en estos momentos de calamidad.

—Mis condolencias, señora Delorme. Nada podría colmar su pérdida, pero me he permitido traerle un poco de azúcar a la crema para aligerar su pena.

Estelle se incorpora en su asiento. Un hilo de baba se le escapa de la comisura de la boca.

—¡Qué delicada atención! No esperaba menos de ti. Eres digna de este matrimonio, mi hijo no se ha equivocado al pedirte la mano. Tu llegada al seno de la

familia nos hará muchísimo bien. Ya solo nos queda fijar una fecha para el feliz acontecimiento. ¿Qué te parecería el próximo 2 de octubre?

Penny, cogida por sorpresa, consulta a Vincent con la mirada antes de responder.

—Me parece, mamá, que no hay urgencia ninguna. Primero hay que hacer públicas las amonestaciones.

—¿De verdad lo crees necesario? Es una pena que un fallecimiento haya venido justo a ensombrecer nuestra alegría, pero la vida debe seguir su curso, y no hay tiempo que perder. De hecho, con la intención de acelerar las cosas, me he permitido preparar un contrato que solo tienes que firmar abajo del todo.

—Me gustaría examinarlo primero y consultar con un notario.

—¿Por qué tantas precauciones? ¿Acaso un matrimonio feliz no se basa en la confianza?

—No en una confianza ciega, sin embargo.

—Entre sus deberes matrimoniales y sus deberes conyugales, a una joven esposa no le queda ni cabeza ni corazón para las finanzas. La prudencia exige que ponga la gestión de sus negocios en las capaces manos de un esposo que vele por ellos.

—¿Tendré al menos derecho a una paga semanal?

—No necesitarás dinero cuando te mudes aquí. Se da por sentado que dispondrás de cama, comida y ropa limpia.

—¿Cómo haré para pagar la ropa, los productos de aseo, los libros y otros objetos necesarios para mi día a día?

—Un simple formulario de solicitud servirá para hacerte un adelanto de fondos. Aunque una vez rellenado y firmado como es debido, habrá, por supuesto, de someterse a mi aprobación.

Penny se concede unos instantes de reflexión durante los cuales concentra la mirada en el péndulo sobre el manto de la chimenea.

—¿Hay alguna cláusula en el contrato que prevea la cancelación de la deuda que tengo con usted?

Estelle se vuelve hacia su hijo, tan perpleja como alarmada.

—¿De qué deuda está hablando?

—Hace meses que olvida pagar el alquiler —responde este con desenvoltura.

—Las pequeñas indulgencias de tu padre no han acabado de costarnos caras y, una vez más, soy yo la que deberá sacrificarse para pagar los platos rotos. ¿A cuánto se eleva la deuda?

—Quinientos dólares más los intereses.

Nuestra matriarca trata de dominarse lo mejor que puede, pero la ira que la corroe se deja traslucir en su tono meloso.

—Mi querida Penny, pronto llevarás nuestro apellido, y prefiero advertirte ahora de que bajo ningún pretexto se tolerará que tus deudas lo deshonren. Hoy mismo deberás pagar la cantidad que nos adeudas, pues tenemos que resolver el tema de la sucesión cuanto antes y arrastrar el saldo de los libros.

Penny retuerce nerviosamente las tres vueltas de su collar de perlas antes de responder.

—Me temo que no soy solvente... No me queda ni un centavo.

—Veamos, ¿es imposible que ya hayas vaciado tu cuenta bancaria!

—A decir verdad, nunca ha estado tan llena como fingí. Añadí de mi propia mano tres ceros a la suma que aparece en mi libreta para convencer al señor Delorme de mi solvencia.

—¿Intentas que me crea que las ventas de tu juego no te han generado más que treinta miserables dólares?

—Para ser completamente sincera, tampoco tengo nada que ver con la invención del juego de la Caja Fuerte.

El rostro de Estelle se tiñe de rojo hasta volverse prácticamente azul y casi le sale humo por las fosas nasales.

—¡Supongo que las perlas de tu collar también son falsas, sucia advenediza de pacotilla! Te has colado en nuestra casa con la esperanza de casarte con mi hijo y de vivir a nuestra costa durante el resto de tus días. Pues bien, ¡vas a ver de qué palo estamos hechos los Delorme! Que sepas que hoy mismo serás expulsada de tu vivienda y denunciada ante los tribunales por falsificación y uso de documentos fraudulentos. ¡Te lo mereces, sinvergüenza! Ahora mismo llamo a la policía.

Estelle agarra el teléfono. Su dedo índice se lanza frenéticamente sobre el disco.

—¡Espera un poco! —interviene Vincent—. Tratemos primero de llegar a un acuerdo amistoso.

—Sí —añade Penny—. Si me envía a prisión, no recuperará su dinero jamás. Permítame mejor que lo enmiende y trate de repararlo.

Estelle deja de marcar el número de urgencia pero no cuelga el auricular.

—Más te vale que la indemnización que me propones sea ventajosa.

—Trabajaré para usted gratis hasta reembolsarle el equivalente de lo que le debo, incluyendo todas las sumas suplementarias que ha invertido en mí. Haré la limpieza, la colada, las compras, la comida...

La idea de disponer de una sirvienta a tan buen precio no disgusta en absoluto a Estelle, sobre todo porque sus cuñadas ya no son tan competentes como antes. Sin embargo, todavía duda de poner al lobo a cuidar de las ovejas.

—¿Estás dispuesta a servirme día y noche, a dormir en el sótano y a alimentarte con las sobras para limitar los gastos de tu mantenimiento?

—¡Por supuesto! La obedeceré con tanto afán que nunca lamentará su magnanimidad.

—Entonces acepto tu propuesta.

—Voy a preparar mi mudanza sin demora. Así no tendrá que pagar un ujier para expulsarme de mi domicilio.

Como Penny se levanta y se dispone a marcharse, Estelle le tiende la mano con la palma hacia arriba.

—¡No tan rápido, jovencita! Ya que se han roto los esponsales, devuélveme inmediatamente el anillo que llevas en el dedo.

Penny observa el brillo de los diamantes. Sin embargo, en lugar de quitarse el anillo del anular, encoge los labios y, con un temblor casi imperceptible, enseña los dientes. Creo, incluso, que emite un gruñido amenazador.

Vincent consigue por los pelos interponerse entre las dos mujeres, y no para proteger a su madre, sino para plantarle cara.

—Puede quedarse el anillo —dice—. Porque, mal que te pese, la quiero todavía más por ser pobre y sigo teniendo la intención de casarme con ella en cuanto haya reembolsado su deuda.

—Me río yo de tus niñerías. De aquí a entonces te habrá dado tiempo a cambiar de opinión veinte veces.

Lo empuja a un lado sin contemplaciones y se dirige a su nueva sirvienta:

—Y tú, deberás mantenerte lejos de mi hijo. Te prohíbo que le hables, lo mires y respire el mismo aire que él. Toda infracción de este reglamento significará tu expulsión inmediata de la casa.

Así las cosas, les ordena que salgan y, satisfecha consigo misma, se ofrece un bocadito de azúcar a la crema como recompensa. Su mirada se ilumina al instante.

—¡Por Su Majestad! —exclama—. ¡Sabe exactamente igual que el de Gisèle!

De rodillas en el suelo, Penny deja caer el cepillo en el cubo de agua jabonosa y se seca las manos en el delantal antes de apartar con lasitud el mechón de cabello que le cae sobre los ojos. Se ha pasado la mañana frotando el linóleo gris y, a pesar de los esfuerzos vigorosos que ha desplegado para darle brillo, este, gastado hasta la médula, se resiste y sigue igual de apagado. Como los muebles que ayer abrigó energicamente con cera para los zapatos. No quiero apenarla, pero se está dejando la piel en vano. Nunca logrará devolverle el lustre a lo que jamás lo tuvo.

Eso es, sin embargo, lo que exige Blástula, que, al estilo de un caporal dirigiendo las maniobras, vigila a Penny desde lo alto de la escalera. De vez en cuando baja, armada con una lupa y con sus guantes de caucho amarillo canario, y procede a una inspección en regla de los trabajos efectuados. Busca el polvo pasando el índice por el borde de las ventanas, entre las láminas de los estores y al fondo de los cajones, acorralla la mugre con un palillo de dientes hasta en los intersticios más pequeños, rastrea las telas de arañas en todos los rincones. Gracias a Dios, no tenemos servicio de plata al que sacar brillo, porque ¡nuestra pobre sirvienta no daría abasto!

Al mediodía, Mórula toma el relevo y conduce a Penny al lavadero, donde cada día le dispensa la lista de nuevas instrucciones. Ella, que solo lavaba las sábanas una vez al mes, exige ahora que se cambien las camas todas las semanas. Espera que Penny devuelva a las camisas el apresto de cuando eran nuevas sumergiéndolas primero en almidón y luego planchándolas del revés y del derecho. La ropa interior

debe macerar una noche entera en una solución de bórax y bicarbonato sódico y se escurre a mano al día siguiente para preservar la goma de los elásticos. Y como sería indecente exponerla en la cuerda de tender a la vista de los vecinos, se cuelga de un tendedero en un rincón discreto del lavadero. Este mediodía Mórula le entrega además un paño de cortina decolorado por el sol.

—En tus ratos libres te ocuparás de teñir esto de nuevo —le dice cuando se da cuenta de que son ya las cuatro pasadas—. Ahora, ¡espabila!, que Gástrula te espera en la cocina.

¡Ah, la preparación de la comida! He aquí algo que representa para nuestra joven recluta un entrenamiento por sí solo. No es que los platos del menú requieran una experiencia particular, más bien al contrario. Pero la lista de las reglas dictadas para evitar el desperdicio de agua, electricidad e ingredientes es tan larga que Penny se olvida de la mitad. Está prohibido dejar correr el agua del grifo. La puerta del refrigerador no hay que tenerla abierta más de cinco segundos. En cuanto al horno, no se enciende si no se tienen al menos tres platos que cocinar en él. Nunca se pelan las verduras, sino que se cuecen enteras, y el agua de la cocción sirve de base para una especie de sopa de fideos aderezada con una lata de tomates guisados. La carne, por el contrario, se prepara en su propia grasa, que reemplaza a la manteca de cerdo en distintas recetas. Los troncos de la col, los corazones de las manzanas y las peladuras de las naranjas se transforman en ketchup o en mermelada. Cortadas finas, las hojas de los rábanos, los rabitos de las fresas y las hojas del apio forman parte de los ingredientes de las ensaladas, que resultan tan amargas como coriáceas. Las cabezas de pescado, así como las entrañas, se pasan por el pasapuré para elaborar con ellas unas croquetas que de *quenelles* solo tienen el nombre.

Para Penny, el final de la tarde no es sinónimo de descanso. Después de fregar los platos de la cena, se retira al lavadero, donde Estelle le ha permitido montar un catre. Allí remienda los calcetines agujereados, repasa los dobladillos, vuelve a coser los botones, teje otra vez los flecos de las alfombrillas o riza los hilos sueltos de las toallas. A las diez se asea en el fregadero de la cocina. A pesar de su cansancio extremo, nunca tiene prisa por irse a dormir. Se obliga a sí misma a permanecer despierta y, de puntillas, provista de la débil luz de una vela, se va a dar una vuelta por el salón. Se detiene delante del manto de la chimenea y examina el reloj aniversario bajo todos los ángulos: retira la campana de cristal, manipula las ruedas dentadas, da vueltas a las agujas y a las bolas doradas de la péndola. Baja finalmente a la antigua carbonera y se desliza tras la reserva de fueloil hasta llegar a la puerta de acero; arrastra la mano por todo el perímetro, sondea el panel con pequeños golpecitos repetidos. Esta noche permanece inmóvil, contentándose con examinar el misterioso armazón con cierta perplejidad. Cuando oye que alguien se acerca, apaga la vela y se esconde rápidamente detrás de la reserva.

—Ah, eres tú... —dice aliviada al ver la silueta de Vincent perfilarse en el marco de la puerta—. No deberías estar aquí. Si tu madre nos encuentra juntos, me echará y

me entregará a las autoridades.

—¿Qué haces?

—Busco la manera de abrir esta puerta.

—Si fuera tú, me mantendría bien alejado de ella.

—Sé muy bien lo que se esconde detrás, y no tengo miedo de una simple cámara acorazada.

—¿Cómo lo has adivinado? ¿Mi tía Mórula habló de más?

Penny sale con dificultad de detrás de la reserva teniendo cuidado de no mancharse la ropa y se acerca a Vincent.

—En realidad, me lo contó mi padre, que era carpintero. Cuando esta casa todavía estaba en obras, lo eligieron a él de entre todos los trabajadores para instalar esta puerta y su dispositivo de seguridad.

Definitivamente, esta chica es una fuente inagotable de secretos.

—¿De verdad? —replica Vincent—. Pues puede darse con un canto en los dientes por no haber sido emparedado vivo en la cámara verde, como los esclavos que conocían los secretos de las pirámides.

—Tu padre no lo perdió de vista durante el tiempo que duró la obra, y tuvo infinitas precauciones para mantenerlo alejado del reloj aniversario, donde se encuentra disimulada la cerradura secreta.

—Me temo que mi madre se equivocó de medio a medio al juzgarte. No eres una advenediza... ¡Has venido aquí a robarnos!

A pesar del tono acusador de sus palabras, parece sobre todo divertido.

—Es verdad que mi presencia aquí no es inocente. Pero mi objetivo es deshacer una injusticia, no cometer un delito.

—Si tu padre no fue remunerado como es debido, yo mismo me encargaré de indemnizarte.

—Le pagaron a tocateja, en efectivo... Puede que no mucho, pero sí lo suficiente.

—Entonces, ¿qué daño ha podido causarte mi familia?

—Un daño considerable, me temo, e irreparable. El anillo que me pusiste en el dedo, ¿sabes?, un día perteneció a mi madre.

—Pero ¿quién eres entonces?

Penny se pone de puntillas y le susurra al oído:

—Soy la hija de Gisèle Delorme.

Me quedo tan atónita como Vincent ante esta revelación. Escruto el rostro de Penny, lo comparo con el recuerdo que guardé de su madre y le encuentro, en efecto, un vago aire de familia. Porque una vez vi a Gisèle en persona. Fue unos seis meses después de la muerte de Prosper. Mi construcción estaba entonces casi acabada, no quedaba sino dotar a la cámara verde de una puerta blindada.

Me acuerdo muy bien de cuando se presentó aquí con un niño en los brazos. ¿Cómo iba a olvidarlo? Había nevado el día anterior y todavía no habían despejado mi entrada. Gisèle tiritaba dentro de su abrigo de paño y sujetaba a su pequeño tan apretado contra el pecho que apenas se le oía lloriquear. Llamó a la puerta, con tan mala suerte que fue Estelle quien acudió a abrir. Como no la invitó a pasar al vestíbulo, tuvo que explicarle la razón de su visita en la escalinata de la entrada, con los pies hundidos en la nieve y las mejillas abofeteadas por el cierzo.

Óscar había dejado a su familia en la penuria, dijo ella, y supeditada a la asistencia pública. Sin embargo, Philippe era un niño enfermizo, demasiado débil para resistir a la miseria del comedor popular y de una vivienda mal caldeada. Estaba enfermo de neumonía y, a pesar de los cuidados que le prodigaba, la fiebre no dejaba de subirle. Como las desgracias nunca llegan solas, el propietario de la vivienda se había presentado con un ujier y la habían desahuciado. Los pocos muebles que aún poseía le habían sido confiscados para devolver su deuda.

En la calle y desesperada, la joven viuda tuvo la ingenuidad de pensar que podía encomendarse a la caridad de los Delorme y había gastado sus últimos centavos en comprarse un billete de tranvía. No pedía gran cosa. Tan solo un pequeño préstamo, lo justo para pagar al médico.

—Dudo que vayas a contar con los medios necesarios para reembolsármelo antes de que pase mucho tiempo —le respondió Estelle—, e incluso corro el riesgo de no volver a verle el pelo a mi dinero. Pero posees una sortija de diamantes muy hermosa. ¿De qué te sirve ahora que tu esposo ya no está en este mundo?

Óscar, en su lecho de muerte, había obligado a su mujer a prometerle que jamás se separaría del anillo. Pero ¿cómo mantener un juramento cuando se han agotado los últimos recursos? Gisèle aceptó entonces la oferta de Estelle: treinta miserables dólares a cambio de una joya que valía por lo menos diez veces más.

—Te creo —dice Vincent después de que Penny le haya contado la historia a grandes trazos—. Francamente, ya nada me extraña de mi madre.

Los prometidos se han acomodado lo mejor posible sobre el pequeño catre del lavadero, bajo el resplandor de la luz piloto del termo, que deja escapar un ronroneo de vez en cuando.

—En aquella época mi padre tenía casi cuarenta años y todavía estaba soltero —prosigue Penny—. Jamás había pensado en cambiar su situación hasta que conoció a Gisèle, justo cuando salía de aquí. Le buscó una habitación en casa de una de sus hermanas y se encargó asimismo de que curaran al niño. Se casaron al mes siguiente, y yo nací unos años después.

—Así es como se cruzaron nuestras familias...

—Los cuentos de tíos millonarios, herencias robadas y cámaras acorazadas mecieron mi infancia. A menudo jugaba a cambiarles el final, imaginando a Philippe

en el papel de justiciero que desplumaba a los Delorme de sus bienes y los condenaba a acabar sus días sin blanca. Mi hermano jamás habría llevado a ejecución un proyecto como ese, porque era menos malicioso que un corderito. De todas formas, no habría tenido fuerzas... La neumonía infantil de la que lo salvaron *in extremis* debilitó su constitución, y la mayor parte del tiempo lo pasaba confinado en su cama.

—No supe de la existencia de mi primo hasta el año pasado, y así descubrí por medio de qué engaño malversó mi madre su herencia. Traté de dar con él para compensarle, pero me dijeron que había fallecido.

—Cuando murió de una recaída a la edad de doce años, yo juré sobre su tumba que me encargaría de que su parte no beneficiara a aquellos que se habían apropiado tan indebidamente de ella. La venganza es la única razón que me ha traído hasta aquí.

Vincent la toma por la cintura y la estrecha contra sí.

—No pido otra cosa que ayudarte —le dice—. La restitución de la herencia robada es la única forma de expiar nuestro crimen. Desgraciadamente, solo mi madre sabe cómo abrir la cámara verde e, incluso bajo tortura, jamás podría convencerse de compartir su secreto.

—Es una pena, porque he movido los engranajes del péndulo y las agujas de su esfera en todas direcciones sin provocar ni un chasquido. Estoy a punto de darme por vencida.

—Reúnete conmigo en el salón mañana por la noche, a las once. Buscaremos juntos la solución. Entre los dos, seguro que conseguimos dar con la combinación.

Mientras ellos se despiden con arrumacos al pie de la escalera, me reconforto ante la idea de contar ahora con dos aliados. Tengo el presentimiento de que el reinado de Estelle llega a su fin. Habrá que permanecer vigilante, sin embargo, porque la vieja es desconfiada y tiene el sueño ligero.

Ha oído a Vincent andar por la planta baja y, cuando sube a su habitación, lo intercepta en el pasillo.

—¿Se puede saber por qué razón andas paseándote en medio de la noche?

Con una presencia de ánimo que le envidio, responde a su madre de la manera más inocente que lo despertó un ruido sospechoso y que fue a comprobar que la puerta de la entrada estuviera bien cerrada con llave.

—Estamos totalmente seguros —añade—. Puedes irte a la cama y dormir tranquila.

Pero Estelle tiene un sueño agitado. Da vueltas en la cama hasta el amanecer, hundiendo cada vez más el viejo colchón bajo su peso.

La oscura semilla que Vincent acaba de sembrar sin querer en el pensamiento de su madre va a complicarnos considerablemente la vida.

Esta mañana me siento como si hubiera pasado ante un pelotón de ejecución. Diez nuevos agujeros han sido perforados en mis puertas, y pronto los rellenarán con diez nuevas cerraduras, cada una con su propia llave. Estas diez llaves pasarán a engrosar el manajo de las sesenta y siete que ya lastraban a nuestra carcelera jefe. Por supuesto, me refiero a Estelle.

Con temor a despertar la curiosidad malsana de los cerrajeros, que, según ella, están todos conchabados con los ladrones, ha confiado la tarea a Vincent, pero supervisa personalmente cada una de las etapas de su ejecución. También le ha ordenado que corte los arbustos del jardín y tale la píceca que me daba sombra, por si a una banda de malhechores se le ocurriera la idea de emboscarse en su interior.

Es la venta de nuestro bloque de apartamentos lo que ha hecho necesario este refuerzo de las medidas de protección, puesto que el descomunal producto de la transacción (pagado al contado) ha pasado a engrosar el Tesoro de la cámara verde. Desde entonces, la desconfianza de Estelle hacia el cartero, el revisor de los contadores de la luz, los distribuidores de octavillas, los repartidores, los testigos de Jehová y cualquier otra persona que ose franquear el perímetro de mi propiedad ha alcanzado proporciones alarmantes. Al menor ruido, comienza a gritar: «¡Al ladrón!», y se aferra a su manajo de llaves, dispuesta a defenderlo con uñas y dientes, incluso al precio de su vida si fuera necesario.

Conserva la esperanza de que las cerraduras adicionales le aporten la tranquilidad que necesita, pero permítanme que lo dude. Porque, además de desconfiar de Penny, sospecha que Mórula, Gástrula y Blástula se confabulan a sus espaldas para echarle el guante a su dinero. Las tres cuñadas no han escondido su resentimiento por haber sido tan poco favorecidas en el testamento de Louis-Dollard. ¿Y si encontraran la manera de entrar en la cámara verde? ¿No sería mejor prohibirles el acceso al salón y al péndulo?

Solo Vincent merece su confianza. Y, aun así, en el momento en el que este le entrega las nuevas llaves, se pregunta si no se habrá guardado una copia para él. Es entonces cuando una certeza se impone en ella con la fuerza de la evidencia: todas las cerraduras del mundo no bastan para reemplazar la vigilancia y el olfato de un perro guardián. ¿Y quién mejor que ella para desempeñar el papel de cancerbero?

Después de la cena, mientras Penny les sirve a todos una taza de agua caliente en el salón, Estelle le explica a su hijo su nuevo plan:

—Mañana a primera hora, bajarás mi cama aquí y la instalarás delante de la chimenea. De ahora en adelante, dormiré en esta habitación y nadie podrá entrar en ella sin mi autorización expresa.

Vincent se contiene para no lanzar a su cómplice una mirada de preocupación. Está claro que si Estelle prohíbe el acceso al reloj aniversario, después de esta noche no volverán a tener más oportunidades de dar con la combinación de la cámara verde. A pesar de sus esfuerzos de varias noches y de los múltiples intentos, siguen igual de

lejos del objetivo: la puerta continúa obstinadamente cerrada y el botín fuera de su alcance.

Estelle está tan satisfecha de su decisión que se permite una pequeña locura. Envía a Penny a la cocina en busca de la melaza y, después de abrir el panel lateral del secreter de caoba contrachapada, extrae el frasco de Postum de su compartimento secreto. Al pronto, las tres hermanas se revuelven en sus sillones frotándose las manos. Su avidez de parásitos molesta visiblemente a Estelle, que se muestra tan parsimoniosa como le resulta posible mientras prepara sus bebidas, y no se da ninguna prisa mientras recita los versos rituales, a los que aporta su toque personal:

¿Qué hora es?

La hora del Postum.

¿Quién lo prepara?

Madre Delorme.

¿Cuál es su secreto?

Seis vueltas a la derecha, tres a la izquierda, cinco a la derecha, dos en sentido contrario.

¿Quién lo conoce?

Cuatro bolas de oro.

¿Quién lo beberá?

El heredero del Tesoro.

Vincent observa a su madre girar lentamente la cucharita en las tazas, alternando entre el sentido de las agujas del reloj y el sentido contrario, según la prescripción de la fórmula: seis veces, luego tres, luego cinco, luego dos. Las rotaciones caprichosas de la cuchara evocan de repente en él una imagen incongruente. Lo llevan a pensar, no sabe por qué, en las oscilaciones de un péndulo de radiestesia que acabara de detectar, bajo la superficie de la tierra, las resonancias del oro. O de un tesoro.

Cuando Estelle distribuye las tazas, el Postum está casi frío, pero a Vincent le trae sin cuidado. Una idea luminosa acaba de atravesarle el espíritu. Y, cuanto más lo piensa, más convencido está de poseer, por fin, la solución al enigma de la combinación.

Son las once y, en la planta de arriba, Mórula, Gástrula y Blástula están sumidas en un sueño profundo. Estelle también ha terminado por dormirse de agotamiento, con la cabeza bien plantada sobre sus almohadas.

Vincent espera a Penny dando vueltas por el salón y, en cuanto la oye acercarse, sale a su encuentro y la lleva hasta el péndulo. Remangándose como el prestidigitador a punto de sacar un conejo de su chistera, levanta la campana de cristal del reloj y la deposita sobre el manto de la chimenea.

—Creo que la fórmula ritual de los Delorme ha sido elaborada para servir de recordatorio —dice—. Estoy incluso seguro de que el mecanismo de apertura no se acciona con las agujas de la esfera, sino por medio de las cuatro bolas de la péndola. Pondría la mano en el fuego.

Con el índice y en el sentido de las agujas del reloj, imprime un ligero empujón a las bolas doradas hasta que la péndola efectúa seis traslaciones completas alrededor del eje fijo que constituye su muelle de torsión. Continúa con la misma maniobra siguiendo al pie de la letra las directivas de la frase ceremonial: tres vueltas a la izquierda, cinco a la derecha, dos en el sentido contrario.

Apenas termina cuando escucha bajo el suelo el gruñido sordo de un cerrojo que empieza a descorrerse. Penny se cuelga del cuello de Vincent, murmura su nombre y le besa apasionadamente.

—Démonos prisa y acabemos con esto —dice a continuación—. El tiempo es oro...

Bajan corriendo al sótano y encienden cada uno una vela para alumbrarse. Atraviesan el cuarto de la caldera con la respiración en un puño y se detienen, temblando, delante de la puerta abierta de par en par, como si estuvieran a punto de sumergirse en otra dimensión. Vincent toma entonces a Penny de la mano y, bajo un mismo impulso, penetran en la cámara verde.

Al resplandor vacilante de las llamas, las paredes son todavía más lúgubres. En el techo, las monedas centellean con un brillo malsano. Incluso el retrato de Su Majestad en ejercicio, nuestra buena reina Isabel II, parece extrañamente siniestro. El olor abrumador a óxido de cromo calcinado se les pega a la garganta, y Penny necesita unos segundos para ser capaz de emitir un largo silbido ante los fajos apilados con precisión geométrica.

—¿Estás totalmente seguro de querer renunciar a todo esto? —le pregunta—. Podrías quedarte una parte...

Con una furiosa patada, Vincent lanza por los aires una bandada de billetes.

—Este dinero está tan envenenado como el cardenillo que cubre la bóveda. Si toco un solo dólar del lote, la corrupción me embrollará el alma y no resistiré a la tentación de querer la fortuna completa.

—Entonces, ¿por qué no donarla a una obra de caridad?

—Quizá porque, en otras circunstancias y en otros lugares, los billetes de banco son papeles inofensivos, una simple moneda de cambio entre dos partes de una honesta transacción. Pero no estos. Estos llevan pudriéndose tanto tiempo en esta habitación que han absorbido la perversa concepción de la economía de los Delorme, su avaricia, su gusto por el lucro, su codicia. Por su inmovilidad han adquirido tal fuerza de inercia que resistirían cualquier tentativa de gastarlos, y, al tocarlos, se siente uno preso de una necesidad irracional de acumular y atesorar. Las mejores intenciones del mundo no podrían cambiar su profunda naturaleza maléfica.

—Eso mismo pienso yo —aprueba Penny—. Así que no nos queda otra opción que destruir hasta el último billete.

Lo primero que pienso es que está de broma, pero el aire solemne de los prometidos elimina cualquier duda sobre la firmeza de su resolución. Antes de que me dé tiempo a intentar algo para detenerlos, inclinan cada uno su vela sobre la pila de papel y retroceden a una buena distancia del fuego. Los billetes arden primero lentamente para luego pasar a escupir llamaradas de un verde encendido, que se propagan a toda velocidad por el resto del botín con un gran crepitar. El humo que se eleva de la pira es negro y espeso, y embadurna de hollín el triste retrato de Su Majestad. Bajo su bóveda teñida de una fosforescencia sobrenatural, la cámara verde se transforma en capilla ardiente mientras todo su contenido se inflama y chisporrotea como un cristal que estalla. La hoguera me hace temer un incendio, pero, por suerte, permanece confinada entre las espesas paredes del silo de antaño y se aplaca a medida que el papel de los billetes se consume. Ya apenas siento irradiar su calor venenoso.

Penny y Vincent se refugian tosiendo en el cuarto de la caldera. Sin embargo, tanto el uno como el otro parecen aliviados.

—Al fin se ha hecho justicia, ¿no? —dice Penny.

—Mi madre no lo verá de esa manera. Probablemente querrá meternos en la cárcel.

—Entonces mejor salir de aquí cuanto antes.

—No pretendo quedarme ni un minuto más. Mi maleta ya está en el vestíbulo. ¿Y la tuya?

—Solo tengo que cerrarla. Pero ¿adónde iremos?

—Para empezar, fuera del Enclave. Y, luego, ya veremos.

Había en ese tesoro dinero suficiente para construir una casa por lo menos veinte veces más grande que yo, y debo aceptar, con todo el dolor de mi corazón, que ni será mantenida ni reparada ni restaurada en un futuro próximo. Aun así, siento que me han quitado un gran peso de encima, como si los billetes de banco hubieran sido la gangrena causante de mi decrepitud y su holocausto me hubiese purificado de algún modo. Para mí, como para Penny y Vincent, hoy es un día de liberación. Pero antes de separarme definitivamente de la cámara verde que me retiene en el pasado, todavía tengo una última cuenta que saldar. Una última víctima que inmolar.

Cuando el humo alcanza la primera planta, hace ya mucho tiempo que Penny y Vincent han abandonado el lugar. Se han ido sin mirar atrás, como dos ladrones en medio de la noche. Ni siquiera me han dicho adiós. No les tengo en cuenta que me hayan abandonado... Es normal. Son jóvenes, deben vivir su vida, y no la que la familia ha decidido por ellos. Solo lamento que no puedan asistir al siguiente acto.

El olor acre no tarda en despertar a Estelle, que se levanta de un salto y llama a Vincent pidiéndole ayuda. Como este no responde, irrumpe en su habitación y ve las estanterías vacías, la alfombra recogida, el colchón enrollado. Únicamente necesita dos segundos para comprender que algo grave acaba de ocurrir.

Se apresura a bajar al salón y se da cuenta de que el reloj aniversario no tiene puesta la campana de cristal. Empieza a correr en todas direcciones, agitando las llaves de su manajo como la carraca de un leproso. ¿Acaso presiente que su fortuna acaba de bascular y que está a punto de unirse a las filas de los desheredados? Al pasar delante del lavadero, constata la ausencia de Penny y se maldice por haberla dejado introducirse en su casa. Luego se precipita hacia la carbonera, aunque ya sabe lo que la está esperando, porque ha reconocido el olor del dinero a través del humo.

A un berrido. A eso es a lo que se parece su grito de desesperación ante el reflejo rojizo de las últimas brasas sobre el suelo de la cámara verde. Ya es demasiado tarde para salvar billete alguno, pero esto no le impide a nuestra matriarca rebuscar con sus propias manos, aun a riesgo de quemarse, entre los escombros de sus veintiséis años de paciente economía, de robos desvergonzados, de extorsiones, de malversación de fondos, de avaricia viciosa. Del amasijo de fajos no queda sino una espesa capa de copos de ceniza pringosos de hollín, que va a mezclarse con la espuma que se forma en la comisura de los labios de Estelle, dejándole el mentón cubierto de negros churretes. Tengo que admitirlo: me devuelve la tranquilidad verla arrastrarse así, perdida, sin la brújula que le proporcionaba la única dirección a su vida.

En este momento se encuentra revolcándose por la ceniza, implorando la piedad de Su Majestad como una pecadora en busca de absolución, incapaz de escapar a su castigo. Pero todavía no está lista para admitir su derrota. Cuando la creo destrozada, se incorpora con un grito de triunfo. Entre los vestigios del incendio su mano ha encontrado el ladrillo que contiene la Pieza Madre de Prosper y lo esgrime como una reliquia ante el retrato mancillado de Su Majestad.

—¡No todo está perdido! —le grita a la efigie de la reina—. ¡Nuestra fortuna todavía puede renacer de sus cenizas!

Me había olvidado de la piedra angular sobre la que fui fundada y que sirvió de base fundamental para los crímenes de la familia Delorme. Con el poder de la Pieza Madre, Estelle sería capaz de encontrar fuerzas para volver a levantar su fortuna centavo a centavo. No puedo dejar que salga de aquí, y sé muy bien lo que me queda por hacer para saldar cuentas de una vez por todas.

Me basta con provocar una pequeña corriente de aire para que la puerta de la cámara verde se cierre con gran estruendo. Debido al choque, se accionan los pestillos de la cerradura y la habitación queda sellada con una perfecta estanqueidad. En este espacio restringido que ha sido vaciado de oxígeno por el humo, ¿cuánto tiempo puede sobrevivir un ser vivo? ¿Una hora? ¿Dos? Quizá más si permanece inmóvil y

controla la respiración. Sin embargo, Estelle se agota martilleando la puerta con ambos puños, gritando los nombres de sus cuñadas y ordenándoles, entre los accesos de tos, que vengan a liberarla. Incluso si las tres brujas pudieran oírla, dudo que movieran un dedo por ella.

Le falta el aliento, y sus piernas ya no consiguen mantenerla de pie. Se desploma sobre la ceniza con la determinación de alguien que ya no volverá a levantarse. Al caer, cierra los dedos sobre el ladrillo e intenta partirlo con la poca energía que le queda. El ladrillo se desmorona un poco por los bordes, pero su corazón resiste. Al igual que los Delorme, no piensa ceder su tesoro tan fácilmente. En su desesperación, Estelle se lo lleva a la boca. Abre la mandíbula todo lo que puede y comienza a roerlo a dentelladas. Sus incisivos se rompen contra la arcilla con un ruido que ofende los oídos.

—Moriré aquí, pero nadie me impedirá que me lleve mi dinero al paraíso —grita con las encías ensangrentadas.

Por fin consigue retirar una esquina de tierra cocida. Animada por su progreso, dobla su ardor royendo como un chacal un pedazo de carroña. ¿De verdad piensa que tragándose la Pieza Madre va a conservarla en su alma negra como el carbón? Le hará falta mucho más para pagar su tributo a la naturaleza. Si la justicia divina existe, a Estelle pronto la llevarán a una cámara verde no muy distinta de esta, iluminada por las llamas del infierno. Allí será condenada a mirar cómo arde su dinero por toda la eternidad y hasta el fin de los tiempos.

EPÍLOGO

Los ujieres no han tardado en dar cuenta del macabro descubrimiento a las autoridades. He aquí que llegan los coches de policía, con todo el escándalo de las sirenas, y luego la camioneta de la morgue con el instructor de policía a bordo. Los detectives revisan las habitaciones para asegurarse de que no escondo ningún otro esqueleto en mis armarios. Lo único que encuentran son los indicios de la vida disoluta que han llevado Mórula, Gástrula y Blástula desde la mañana en que, constatando que Estelle ya no estaba allí para regentarlas, se pusieron cómodas y se dejaron llevar por sus inclinaciones naturales. La mayor elaborando minuciosamente, en un improvisado alambique, esencia de vainilla adulterada; la cadete quemando sus calorías a base de cigarrillos; la benjamina encerrada en el baño y dedicándose durante horas a curar sus lesiones cutáneas.

¡Se han pasado el último año tiradas a la bartola! Como si hubieran regresado a la infancia, se trenzaban el cabello y se ponían lazos, reñían sin cesar, se retaban a desafíos imposibles, se jugaban malas pasadas tan execrables como pueriles. Sin nadie que les impusiera un toque de queda, se quedaban levantadas hasta tarde, a veces se acostaban al alba. Cuando por fin se dormían, a menudo lo hacían durante doce horas seguidas. Pronto dejaron incluso de tomarse la molestia de vestirse y andaban por ahí todo el día en camisón. Nunca pronunciaban el nombre de Estelle, de Louis-Dollard o de Vincent. Sin embargo, a menudo evocaban a «papá» y no cesaban de felicitarlo por la previsión que siempre había demostrado, la cual les permitía vivir cómodamente.

Al haber estado siempre apartadas de la gestión del hogar, ¿qué sabían ellas de las obligaciones financieras de una casa? No se preguntaban cómo iban a pagar en la tienda de comestibles una vez dilapidado el dinero de la caja menor. Creían que el agua, la electricidad, la calefacción y los servicios municipales los ofrecía el Enclave gratuitamente. Cuando les cortaron la corriente, empezaron a utilizar velas. Cuando dejaron de llevarles los pedidos de fueloil, comenzaron a calentarse quemando las puertas de los armarios. Los ujieres descubrieron, en el vestíbulo, una montaña de correo sin abrir: facturas sin pagar, estados de cuentas en números rojos, notificaciones de corte de suministros, advertencias de acciones penales, citaciones ante el juez... Las tres hermanas no se imaginaron nunca que el recaudador general del Estado, actuando en nombre de Su Majestad, se interesaría por las declaraciones fiscales de Louis-Dollard y gravaría su sucesión con un impuesto cuyo pago exigiría en el plazo más corto posible... Y cuya falta de pago les valdría, finalmente, un aviso de desahucio.

Mientras el personal de la ambulancia envuelve los despojos de Estelle y se los lleva sobre una camilla, los vecinos salen a las puertas de sus casas y observan las maniobras de la policía con curiosidad y una mezcla de indignación. La tranquilidad del Enclave no se había visto perturbada nunca por un escándalo semejante. Ayer

todavía, esta atención tan impertinente me habría hundido en la vergüenza y habría estado angustiada de ver cómo se manchaba mi reputación irremediablemente. Hoy, no. Por primera vez en mi vida no siento ninguna vergüenza, ningún miedo de lo que puedan pensar de mí. ¿Qué me importa que a partir de ahora se me asocie con una sórdida tragedia? Desde lo alto de mis dos plantas, desprecio al quídam que se atreva a tirarme el primer ladrillo.

Imagino que, cuando se vaya la policía, los ujieres enviarán a su equipo de mudanzas. Los colosos se llevarán el sofá de cuero, la cama de Estelle, la mesa de despacho de Louis-Dollard, el secreter del compartimento oculto e igualmente el reloj aniversario. El coche en el que mi venerable fundador encontró la muerte será enviado al desguace. El retrato de Su Majestad y el ladrillo con la Pieza Madre se tirarán a la basura.

Ya me siento vacía, desnuda, desposeída, y en mis habitaciones resuena el eco declinante de las voces que me han habitado. Acaba de cerrarse un capítulo de mi historia, pero esta se halla lejos de haber terminado. Pronto se instalará aquí otra familia que nunca habrá oído hablar de los Delorme y para la que los orígenes del Enclave no tendrán ningún interés. Sin duda nuevos ricos que querrán deslumbrar a los vecinos y llevarán a cabo importantes obras de renovación. Tendré una cocina nueva, un cuarto de baño moderno, un televisor en color... Ya estoy viendo las atenciones con las que me colmarán, los ricos tejidos y la bella carpintería con la que van a amueblarme. Daremos fiestas para niños y recepciones; en Navidad, mi fachada se iluminará; en verano, mis parterres se llenarán de flores... La cámara verde será por fin sellada para siempre y, con ella, todos mis recuerdos, todos mis secretos.

No pierdo la esperanza de volver a ver a Vincent algún día. Vendrá a pasearse por el Enclave con Penny. Se habrán casado. Habrán fundado una familia. Tendrán seis niños y querrán mostrarles dónde empezó todo. Pero una casa no tiene más alma que la de sus ocupantes, y apenas me reconocerán. Me habré convertido en una extraña para ellos. Les parecerá incluso que nunca han vivido aquí.

¿Puedo desearles algo mejor?

AGRADECIMIENTOS

A Antoine Tanguay, que me envió a mi cuarto a pensar y sin quien jamás habría vuelto a salir de este.

A Chloé Legault, Tania Massault y Hugues Skene, que trabajan con la inagotable energía de un reloj aniversario y para quienes las combinaciones de Alto no tienen secretos.

A Claude Aubin, que hizo la limpieza general de la casa Delorme, y a Julie Robert, que perfeccionó el lavado con la formidable eficacia del jabón Cuticura.

A Ginette Haché y todo el equipo de *L'actualité*, por su confianza y su comprensión.

Al azúcar a la crema de mis amigos: Michèle Mayrand, Gilles Jobidon, Mathieu Langlois-Larivière, Jean-Philippe Chénier, David Dorais, Isabelle Grégoire, Marc Gamelin e Ihosvany Hernández González.

A mis tesoros Catherine, Étienne, Mathieu y Mathilde, sin olvidar a Winnie, el Fox-terrier que monta la guardia delante del ordenador.

A Jean-Claude, por las palabras compartidas y las conversaciones mantenidas.

Y a Serge, que siempre está ahí.



MARTINE DESJARDINS nació en 1957 en un barrio de Montreal, Mont-Royal, donde todavía reside. Es la segunda hija de una familia de seis hermanos, y estudió italiano y ruso, además de Literatura Contemporánea. En 1997 dio el salto a la fama tras la publicación de su primera novela, *Le Cercle de Clara*, que fue un éxito inmediato de crítica y público («Un lenguaje perfecto, vigoroso y rico en matices», *Lettres Québécoises*). Ha trabajado en varias revistas, entre ellas *Elle Quebec*. En 2005 obtuvo el Premio Ringuet de la Academia de las Letras de Quebec por *L'Evocation*. Su novela *Maleficium* (2009) le granjeó el Premio Jacques-Brossard de Ciencia Ficción y Narrativa Fantástica. Y ha vuelto a recibir dicho galardón en 2017 gracias a *La cámara verde*, su quinta novela («Un estilo cincelado, teñido de poesía y brío humorístico», *Les libraires*), considerada su mejor obra hasta el momento.

Notas

[1] Bajo este sobrenombre se adivina la acomodada Ville Mont-Royal, ciudad de la periferia de Montreal y hoy prácticamente fusionada con la misma. (*Todas las notas son de la traductora.*) <<

[2] Se trata del primero de julio, día de la fiesta nacional de Canadá. <<

[3] En francés, las cifras veinte y cien pronunciadas consecutivamente suenan igual que el nombre Vincent. <<

[4] Antigua ciudad del noroeste de Montreal, actualmente un barrio de la misma. <<

[5] El *sucre à la crème* o «azúcar a la crema», como se traduce a continuación, es una especialidad de la repostería quebequesa parecida al tofe. <<

[6] Un cuento popular quebequés narra la historia de un soldado que habría perdido la pierna durante la defensa de la ciudad de Quebec, en la Guerra de los Siete Años. El soldado acumuló en su nueva pierna de madera toda su fortuna en monedas de oro, yéndose a la tumba con ellas. Como teme que lo desentierren para robárselas, el muerto se defiende con este grito cada vez que alguien se acerca demasiado al lugar donde descansan sus restos. <<

[7] «Rey y emperador de la India por la gracia de Dios.» <<

[8] Los bombones «luna de miel» están rellenos de miel y tienen forma de luna llena.
<<

[9] La anécdota está basada en un hecho real. En 1954, el Banco de Canadá emitió una serie de billetes que luego tuvo que retirar por este motivo. <<

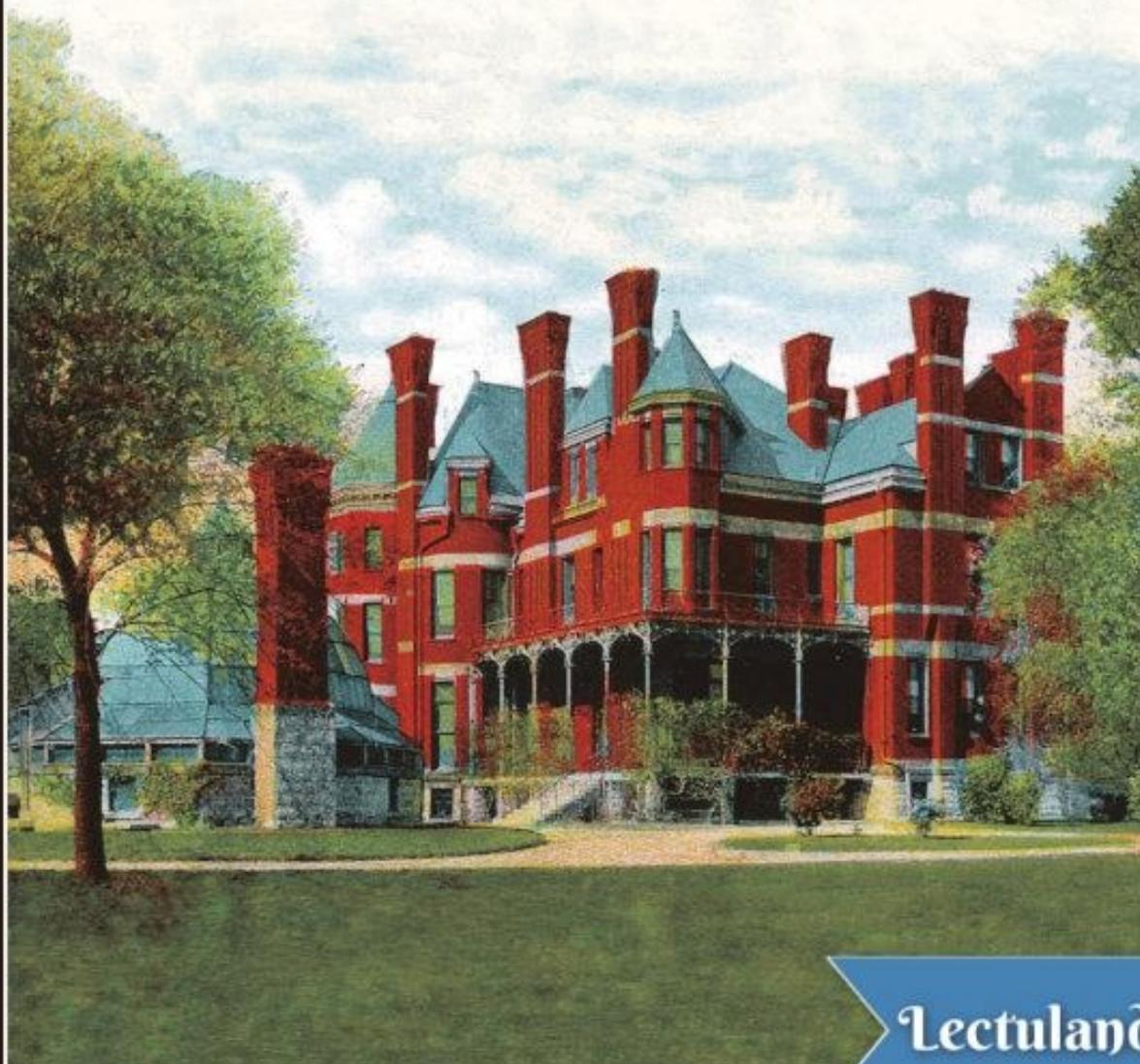
[10] Estos pastelitos en forma de «ratoncitos» y recubiertos de *fondant* están hechos de bizcocho y crema de mantequilla. <<

se

MARTINE DESJARDINS

La cámara verde

Traducción de Luisa Lucuix Venegas



Lectulandia

